



**UNI VERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

NARRATIVAS IDENTITARIAS EN PERSONAS ASEXUALES

Tesis para optar al grado de Magister en Psicología Clínica de Adultos

LILIANA MERA ADASME

Profesor Guía:

Claudio Zamorano Díaz

Profesor Co-Guía:

Carolina Castruccio Álvarez

Informantes:

Claudio Zamorano Díaz

Claudia Rojas Awad

Carolina Castruccio Álvarez

Santiago de Chile, año 2020

NARRATIVAS IDENTITARIAS EN PERSONAS ASEXUALES

RESUMEN

Dentro de los grupos que se identifican como LGTBQ+, la comunidad asexual es uno de los que goza de menos representación. Aunque en Chile la investigación académica sobre el tema es prácticamente inexistente, estudios realizados en el extranjero sugieren que se trata de un colectivo que sufre invisibilización, deslegitimación y patologización no sólo desde la sociedad en general y otros grupos de la diversidad sexual, sino también por parte de profesionales de la salud física y mental. Este trabajo pretende contribuir a abrir la investigación académica a nivel local, entregando una aproximación a las vivencias y construcción de identidad de personas asexuales chilenas a través de la exploración de narrativas identitarias construidas en diálogo con representantes de este colectivo. Para ello, se articularon Producciones Narrativas según la metodología de Balasch y Montenegro en colaboración con personas chilenas adultas que se identifican como asexuales, que luego se pusieron en diálogo con los postulados de la teoría narrativa, los planteamientos de Michel Foucault y Paul Preciado respecto de la sexualidad como dispositivo de control y las propuestas de representantes de la teoría *queer* sobre de la identidad, la orientación sexual y las posibilidades de resistencia.

PALABRAS CLAVE

Asexualidad, Narrativas, Identidad, Queer.

Para mi Alejandro.

Para mis papás.

Para la Comunidad Asexual de Chile y toda la comunidad LGBTTIAQ+.

Y para mí, años atrás.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco profundamente a las ocho personas que tuvieron la generosidad y valentía de compartir sus historias, entregando algo de sí mismxs en este esfuerzo por construir un poquito más de conocimiento.

Gracias infinitas a mis papás por su apoyo incondicional, por ser los mejores abuelos de la tierra y de esas personas que hacen del mundo un lugar mejor.

Gracias a mis queridxs Flo, Joaquín, Bruno, Pachy y Maca F. por el aguante de siempre, y más a Raúl, por permitir la invasión semanal. Gracias, como siempre, al profesor Augusto Arauco, porque sin él literalmente nada de esto sería posible, y a Mariajosé Sánchez por acompañarme a encontrar mi rumbo en el caos.

Gracias y mil gracias a lxs tremendxs colegas y compañerxs con quienes tuve el privilegio de compartir este proceso: Pía, Karina, Gus, Josefina y Estefanía, no alcanzaría este espacio para hablar de todo lo que aprendí de ustedes y con ustedes.

Mis agradecimientos sinceros a las profesoras Claudia Rojas Awad y Caterine Galaz Valderrama, por su valiosa guía en los caminos de la investigación.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento al equipo docente de la línea sistémica, en especial a los profesores Felipe Gálvez y Claudio Zamorano y a mi profesora guía Carolina Castruccio, por su acompañamiento y guía en distintas etapas del camino.

La única manera de encontrar una visión más amplia es estar en un sitio en particular.

Donna Haraway, 1995.

ÍNDICE

<i>NOTA PRELIMINAR</i>	10
I. INTRODUCCIÓN	12
II. ANTECEDENTES Y FORMULACIÓN DEL PROBLEMA	15
III. OBJETIVOS	22
3.1. Objetivo General	22
3.2. Objetivos específicos	22
IV. MARCO TEÓRICO	23
4.1. Introducción	23
4.2. Identidad y narrativas	25
4.3. Sexualidad Moderna: la encrucijada entre la normalidad y la desviación.	35
4.4. Identidad y Resistencia en la Disidencia Sexual	44
V. METODOLOGÍA	52
5.1. Posicionamiento epistemológico.	52
5.2. Enfoque: Cualitativo	54
5.3. Tipo de investigación: Exploratoria	54
5.4 Participantes	54

5.4.1. Tipo de muestreo	54
5.4.2. Criterios de inclusión	55
5.4.3. Criterios de exclusión.....	56
5.5. Técnica de producción de información.....	57
5.6. Técnicas de análisis de datos.....	57
5.7. Consideraciones éticas.....	58
VI. PRODUCCIONES NARRATIVAS.....	60
"Soy feliz como soy, y no siento que me falte nada"	60
" El problema nunca fue cómo era yo "	64
" Estás a salvo sólo mientras te mantengas invisible"	68
"Mi asexualidad no es un problema para mí, pero parece que lo es para otros" ...	71
"No niego que esto de la asexualidad aún me angustia"	75
" ¿Cuál es el sentido de una etiqueta, si no me identifica? "	79
" Me dolía y perturbaba la posibilidad de ser asexual "	83
" Y vine a entenderme a mí misma recién a los 34"	86
VII. DISCUSIÓN	92
Normalidad/Anormalidad.....	93
Culpa.....	97
Invisibilización y Patologización.....	99

Importancia de la Etiqueta.....	101
Identidad Estática	103
Identidad Performada	105
El Peso del Discurso Científico/psicológico	107
VIII . REFLEXIONES FINALES.....	110
REFERENCIAS.....	118
ANEXO.....	123

NOTA PRELIMINAR

Hay varios factores que justifican y hasta exigen el uso de lenguaje inclusivo en la redacción del texto que se expone en las siguientes páginas. En primer lugar, la base epistemológica desde la que se construyó la investigación se declara explícitamente feminista, lo que por sí invita a desafiar la instauración de lo masculino como dominante en la cultura y el lenguaje. Además, el trabajo se apoya teóricamente en autorxs feministas/*queer* que en sus obras cuestionan y pretenden desnaturalizar el concepto mismo de género como realidad inamovible. Por otra parte, al menos dos de las personas que compartieron conmigo sus historias utilizaron el lenguaje inclusivo en las conversaciones que sostuvimos, y una de ellas se define explícitamente como de género no binario. No puedo, entonces, pasar a llevar sus discursos en nombre de una pretendida pureza del idioma castellano. Hay aún un argumento más: posicionarme desde una epistemología de conocimientos situados me ha exigido hacerme cargo de mi propia identidad durante este proceso, y eso incluye luchar contra el impulso (tan de persona nacida en los 80) de ocultar mi propia anormalidad como persona asexual y de género no binario.

Sin embargo, el uso de un lenguaje alejado de las reglas del género binario presenta algunos problemas, sobre todo ligados con la incomodidad (de naturaleza más bien estética), que me produce la idea de utilizar en un documento académico una modalidad de habla que en español no está validada ni por la norma ni por el uso, y que no cuenta siquiera con una forma consensuada de escritura.

Para resolver este problema, decidí finalmente optar por un compromiso a medio camino. Los capítulos más impersonales y teóricos, que estéticamente me demandan una presentación más formal, están escritos en español corriente; en contraste, se utilizó el lenguaje inclusivo en todas aquellas secciones de carácter más testimonial y/o que impliquen directamente a los relatos de lxs participantes, reemplazando los marcadores gramaticales de género por una "x". Esto se aplicó también a toda sección que exija un posicionamiento más explícitamente personal por mi parte, como es el caso de esta nota.

I. INTRODUCCIÓN

Aunque nuestra sociedad judeocristiana se ha esforzado desde sus mismos inicios por establecer una división binaria entre lo permitido y lo prohibido en el ámbito sexual, es con el arribo de la modernidad que la sexualidad como dispositivo de control social se ha consolidado a la base de un sistema político, económico y cultural que requiere de cuerpos deseantes para subsistir. La construcción de sujetos administrables desde estos parámetros exige instalar un discurso fundamental: que todo aspecto de la experiencia humana está ligada de una u otra forma al deseo sexual. También requiere un monitoreo constante de los pensamientos, sensaciones y prácticas relacionados con el sexo, así como un estricto sistema de clasificación que permita detectar inmediatamente la presencia de lo desviado. Como herramienta de control biopolítico, la sexualidad en tanto dispositivo normativo es asimilada y reproducida por los sujetos no sólo mediante tecnologías semióticas, sino también por medio de otras que literalmente se infiltran en la materialidad de los cuerpos y pasan a constituirlos. Las identidades sexuales que surgen y se manifiestan en este contexto se forjan dentro de los parámetros de la norma, y se interpretan a sí mismas en consecuencia: se encajan dentro de una de las categorías preexistentes, entendida binariamente como normal o desviada, y su performatividad no puede sino responder a las lógicas normativas que le son constituyentes.

No es de extrañar entonces que aquellas vivencias que quedan fuera de los criterios de clasificación establecidos permanezcan invisibles o sean de plano negadas. La asexualidad, definida por las agrupaciones activistas como la orientación de aquellas personas que no experimentan atracción sexual, cae definitivamente en el territorio de lo

ininteligible, al punto de que sólo en las últimas décadas se ha construido un piso lingüístico para referirse ella. Hasta hoy, esta forma de nombrar la vivencia no está disponible para la mayor parte de la población, incluyendo a las mismas personas que podrían identificarse con ella, quedando sus cuerpos y subjetividades al margen de los significados que la cultura entiende como universales en la experiencia humana. Es por eso que la comunidad asexual se encuentra actualmente luchando activamente por incorporarse al léxico de las clasificaciones "aceptadas", buscando posicionarse dentro de la diversidad sexual como una orientación más.

La presente investigación se centra en la exploración de las vivencias de ocho personas pertenecientes a la agrupación Asexuales Chile, en lo que se refiere a su proceso de identificación con este grupo de la disidencia sexual. Esta comunidad virtual alberga posibilidades interesantes para la investigación, puesto que, pese a lo popular que se ha hecho la Teoría Queer y a la proliferación de estudios en psicología en temas de sexo y género, el trabajo académico no necesariamente logra desmarcarse de las lógicas binarias y normativas que empujan al territorio de lo excluido a los sujetos que no son administrables desde ellas. En Chile, por ejemplo, al momento de la redacción de estas líneas no existe ningún trabajo académico publicado que se centre en la asexualidad. Grupos como la comunidad asexual presentan una oportunidad de explorar cómo llega a constituirse una identidad que no tiene un lugar de significación en el mundo, y las formas en que un grupo invisibilizado intenta reivindicar una categoría que según las (pocas) investigaciones extranjeras existentes, parece condenada al desprecio y subyugación.

La investigación se centra en las narrativas identitarias de personas chilenas que se identifican dentro del espectro asexual y los pensamientos, emociones, relatos y

sensaciones asociados a su proceso de auto-identificación. Para ello, consideramos indispensable la exploración de los aspectos biográficos que emerjan en relación con el proceso, así como los aspectos relacionales que aparezcan como relevantes para su devenir identitario. Desde un marco narrativo, otra arista indispensable a abordar se relaciona con la articulación (o no) de una narrativa identitaria coherente respecto de esta vivencia marginalizada que carece de referente externo; en otras palabras, cómo se produce la articulación entre la mismidad (lo que son) y la ipseidad (la alteridad internalizada en la normal cultural).

Para aproximarse a este objetivo se utilizó una metodología cualitativa derivada de la investigación social feminista: las Producciones Narrativas de Balasch y Montenegro, consistente en la co-creación y co-edición, en conjunto con lxs participantes, de un texto que aborde su vivencia de auto identificación dentro del espectro asexual. Como derivada de la epistemología de conocimientos situados de Donna Haraway, esta metodología implica la intención declarada de disolver la jerarquía entre el conocimiento profesional y el de las personas investigadas, además de asumir explícitamente el rol de la propia subjetividad de quien investiga en la producción del conocimiento.

II. ANTECEDENTES Y FORMULACIÓN DEL PROBLEMA

La idea de que exista un grupo humano que se desmarca de la sexualidad no es nueva: ya en 1948, Kinsey, Pomeroy y Martin identificaron y designaron con la letra X a una categoría de personas que quedaba fuera de su famosa escala por declarar nulo interés en participar de conductas sexuales (en Brotto & Yule, 2017). Pese a las preguntas y posibilidades que podrían haber derivado de esta arista de la investigación, durante el resto del siglo XX el fenómeno permaneció ignorado tanto por la literatura científica como por la opinión pública. La ruptura de este silencio sólo llegó con la masificación de internet, que trajo consigo la creación de comunidades online donde muchas identidades disidentes, entre ellas los asexuales, encontraron un lugar para reconocerse, agruparse y compartir sus experiencias. Este sentido de comunidad se consolidó el año 2001 con la creación de AVEN (Asexuality Visibility and Education Network), sitio web que reúne foros de discusión, testimonios e información construida de forma comunitaria (Gupta, 2017). Esta red se ha convertido en el principal referente sobre la comunidad asexual: la gran mayoría de las investigaciones académicas sobre el tema que han surgido desde entonces se basan en material obtenido de AVEN y/o en entrevistas con sus miembros. Casi todos estos trabajos recogen la definición que allí se ofrece: "una persona asexual es aquella que no experimenta atracción sexual" (Asexuality Visibilization and Education Network, 2001-2019). A su vez, *atracción sexual* queda definida como el impulso de realizar actividades explícitamente sexuales con alguien, cosa que distinguen de la *atracción estética* (apreciación de la apariencia de otra persona), *atracción sensual* (deseo de entablar contacto físico-afectivo con otro/a, como por ejemplo besar o abrazar) y *atracción romántica* (deseo de establecer una relación romántica con

alguien). En las personas alosexuales¹, algunos o todos estos planos suelen ir alineados, aunque no necesariamente ocurre así. De igual forma, un(a) asexual puede sentir atracción romántica, estética y/o sensual por alguien aun en ausencia de atracción sexual, o puede no experimentar ninguna de las anteriores. Tomando esto en cuenta, desde la comunidad se habla de *orientaciones románticas* para distinguir a qué tipo de persona se dirige algún tipo de atracción no sexual: los miembros de la comunidad asexual pueden identificarse como *arrománticos* (no sienten atracción romántica hacia nadie) o como *homo, hétero, bi o pan románticos/as* (sienten atracción romántica hacia personas de su mismo sexo, hacia el sexo opuesto, hacia ambos o sin distinción de género).

En concordancia con el modelo de Kinsey, esta comunidad entiende la sexualidad humana como un continuo entre dos polos: asexual - alosexual. Es por ello que hablan de un "espectro asexual", que engloba a personas estrictamente asexuales y también a identidades intermedias como grisexuales (personas que no se sienten completamente asexuales pero que experimentan atracción sexual en un grado significativamente menor que una persona alosexual) y demisexuales (nombre adoptado por quienes no experimentan atracción sexual a menos que vaya ligada a un fuerte vínculo emocional).

Desde esta propuesta, el espectro asexual se posiciona como una orientación sexual más: una vivencia no voluntaria, egosintónica y no patológica. Esta distinción permite diferenciar claramente la asexualidad de otros fenómenos como el celibato, las patologías hormonales, alteraciones psicológicas como el trastorno de deseo hipoactivo y las secuelas de trauma sexual, entre otras (Decker, 2014)

¹ Palabra que la comunidad asexual utiliza para referirse a las personas que sí experimentan atracción sexual.

Desde que Anthony Bogaert publicó en 2004 la primera investigación sobre asexualidad tal como se la comprende actualmente, el tema ha ganado algo de visibilidad en el terreno de la ciencia. La literatura académica ha intentado comprender y delimitar el fenómeno y caracterizar a quienes se identifican como asexuales, empresa nada fácil, pues las definiciones que han emergido desde la comunidad asexual son intencionalmente amplias, admiten identidades fluidas y flexibles y conceden prioridad a la autoidentificación por sobre la aplicación de criterios específicos con el fin declarado de ser lo más inclusivos posible (Catri, 2016). Mucha de la investigación aún está abocada a desentrañar de qué se trata el fenómeno en términos biológicos o de categorías como parafilia, disfunción y similares (por ejemplo, Brotto y Yule, 2017; Yule, Brotto y Gonzalka, 2017). También se ha explorado la relación entre asexualidad y condiciones/trastornos como el autismo, la depresión y la ansiedad, aunque en este ámbito los últimos desarrollos más bien se enfocan en explicar los resultados de los primeros trabajos y conectarlos con las dificultades de existir en un mundo hetero-sexo-normado (MacNeela y Murphy, 2015). Otras investigaciones se han adentrado en la tarea de delimitar y caracterizar la asexualidad según diferentes parámetros (Van Houdenhove, Enzlin y Gijs, 2017). Finalmente, en los últimos años han surgido también artículos centrados en las experiencias de las personas asexuales y su identidad (Gupta, 2017) y en las aristas políticas de las demandas de este grupo (Chasin, 2017).

En 1980, Adrienne Rich acuñó el término "heterosexualidad obligatoria" para graficar que la cultura dominante posiciona la heterosexualidad como la única vivencia posible, anulando desde un principio el espacio para la diferencia. Parafraseando este concepto icónico, algunos activistas hablan de "sexualidad obligatoria" para referirse a la experiencia de invisibilización que relatan los asexuales. En efecto, su diferencia no sólo provoca el rechazo que tradicionalmente

han sufrido las minorías sexuales por cuestionar los parámetros binarios de sexualidad, los roles de género y otras premisas básicas de las sociedades heteronormadas, sino que ve negada la misma posibilidad de su existencia en un mundo donde la atracción sexual está naturalizada como vivencia universal, indispensable y central para la identidad adulta (Chasin, 2013 y 2017; MacNeela y Murhpy, 2017; Gupta, 2017). Esta imposibilidad de representarse la existencia de una asexualidad sana lleva a la población a estigmatizar y deshumanizar a las personas asexuales cuando éstas intentan hacerse visibles (McInnis y Hodson, 2012), deslegitimizando su identidad mediante explicaciones relacionadas con inmadurez, trastornos fisiológicos o mentales y/o desórdenes de la personalidad (MacNeela y Murphy, 2017). Las mismas personas asexuales llegan con frecuencia a percibirse a sí mismas como raras y defectuosas, debido a la carencia de referentes e información que les permitan considerar su vivencia como legítima (Chasin, 2017; Gupta, 2017). El descubrir la existencia de una comunidad de personas similares y la posibilidad de ponerle un nombre a su sentir se vive como algo liberador y gratificante, y la asexualidad puede ser entonces reapropiada como fuente de sentidos personales, como parte coherente y significativa de sí mismos (Gupta, 2017). Sin embargo, esta nueva identidad reapropiada no deja de corresponder a lo que el modelo narrativo (White & Epston, 1993), evocando a Foucault, denomina *relatos subyugados*: un conocimiento marginado, al que se le niega validez frente a la "verdad" normalizadora que moldea los significados del entramado social. Así, tiene sentido que la respuesta generalizada ante la develación de la identidad asexual sea de escepticismo, rechazo y discursos que denigran la vivencia de la persona (McNeela y Murphy, 2015; Gupta, 2017).

La experiencia no es diferente en la interacción con profesionales de la salud física y mental, que tienden a reproducir las mismas reacciones hostiles (Foster y Scherrer, 2014; McNeela y Murphy, 2015; Gupta, 2017; Brotto y Yule, 2017). Es un asunto que nos concierne

directamente, considerando que el discurso psiquiátrico y psicológico tiene historial de patologizar la diferencia en lo que se refiere a identidades sexuales y de género (Drescher, 2015). Debemos entonces preguntarnos cuál es la psicología que estamos dispuestos a encarnar: un dispositivo normalizador, que replica las verdades sociales dominantes a costa de anular la vivencia de las personas, o si más bien deseamos darle un lugar a aquellos sentidos que asedian desde los márgenes a los que han sido expulsados. Es posible construir una psicología capaz de mantenerse abierta a la validez de identidades divergentes y de desafiar al consultante sin convertirlo en el objeto sin voz de una verdad ajena, pero para llegar a ello es preciso que se emprenda seriamente la labor de aproximarse y conocer tanto como sea posible la vivencia de estos grupos. Aunque en los últimos años se han publicado varios trabajos enfocados en la vivencia de las personas asexuales, todavía es patente la necesidad de contar con más investigación cualitativa centrada en comprender la experiencia de habitar el mundo como asexual (Van Houdenhove, Enzlin, & Gijs, 2017). Más aún, nos resulta imprescindible abordar el fenómeno en contexto local, con la comunidad asexual chilena, algo que hasta ahora no ha ocurrido.

¿Cómo aproximarse, entonces, a la vivencia de las personas que pertenecen a este grupo minoritario? Aunque los investigadores hablan de la asexualidad como parte importante de la identidad de estas personas, la tarea no es fácil. Como señala Bruner (2004), la vivencia siempre se encuentra en constante construcción, sin que exista realmente un "yo" central e inmutable que pueda usarse como referencia. De acuerdo a este autor, el medio que usamos para navegar en el mundo no es otro que la serie de historias que vamos hilando en torno a nuestras experiencias pasadas y lo que esperamos del futuro. Para White y Epston (1993), los eventos a la base de dichas narrativas no tienen significado en sí mismos: la vivencia adquiere sentido

precisamente en el acto de relatar. Así, el relato coherente que hacemos de nosotros mismos da forma a lo que Ricoeur (1996) denominó identidad narrativa: un emergente entre historicidad (los eventos ocurridos en una secuencia temporal) y ficción (el sentido con el que se les inviste). En oposición a un concepto de identidad interno, estático y esencialista, las teorías narrativas sistémicas conciben a la identidad narrada como relacional (construida en la relación con otros), distribuida (no reside al interior de la persona), performada (se construye constantemente en el hacer con otros y ante otros) y fluida (Combs y Freedman, 2016); es decir, como un despliegue en constante construcción y actualización. Siguiendo a Ricoeur, diremos que la identidad narrativa cumple el rol de articuladora entre los aspectos dinámicos del sí mismo y aquellos que permiten reconocerlo como una unidad a través de tiempo, así como entre los elementos *ipse* e *idem* de la experiencia identitaria. Es posible afirmar que desde esta teoría la narración constituye el principal medio no ya sólo de expresión, sino también de la misma construcción de la identidad; por tanto, se yergue como nuestra propia *via regia* de acceso a la vivencia de una persona.

Considerando lo expuesto, la presente investigación cualitativa se centra en la vivencia de la comunidad asexual local, guiada por la siguiente pregunta:

¿Cuáles son las narrativas identitarias que emergen en personas chilenas adultas que se auto-identifican dentro del espectro asexual?

La investigación tiene una relevancia *práctica*. Al abordar desde la investigación académica las experiencias de esta minoría marginalizada se pretende poner a disposición de la disciplina conocimientos que permitan un abordaje informado, ético y responsable de las intervenciones

clínicas que puedan requerir las personas que se identifiquen como asexuales y/o cuya vivencia se asemeje a las de este grupo de la diversidad sexual, en lugar de caer por desconocimiento en prácticas clínicas que reproduzcan la invisibilización y patologización de los discursos dominantes.

Tiene también una relevancia *teórica*, ya que si bien no propone una teoría sobre el fenómeno, abre la investigación sobre un tema que prácticamente no ha sido abordado desde la academia en nuestro país. La investigación se enmarca en un área que ha tomado impulso en las últimas décadas, pero que aún dista mucho de verse agotada (identidades disidentes, no-binarismo). La exploración del fenómeno proveerá las bases necesarias para el desarrollo de futuros estudios centrados en aristas y complejidades más específicas de la temática. También contribuirá a entregar un piso para la realización de trabajos orientados a sistematizar y/o revisar las definiciones y categorías respecto de la asexualidad desde un marco académico, considerando que hasta el momento la ciencia se ha limitado a utilizar aquellas que emergen de AVEN.

III. OBJETIVOS

3.1. Objetivo General.

Explorar las narrativas identitarias que emergen en el encuentro con personas chilenas adultas que se auto-identifican dentro del espectro asexual.

3.2. Objetivos específicos.

- i. Reconocer hitos biográficos que las personas entrevistadas relacionen con el desarrollo de la identidad asexual, así como sus significados asociados.
- ii. Distinguir aspectos en el relato que den cuenta de la articulación entre aspectos *ídem/ipse* de la identidad en el proceso de auto-identificación asexual.
- iii. Sondear aspectos relacionales del proceso de auto-identificación como asexuales de las personas entrevistadas.

IV. MARCO TEÓRICO

4.1. Introducción

Lo que en las páginas anteriores hemos designado con el rótulo de *identidad asexual* no es realmente un "objeto" de estudio, una categoría inmóvil que se pueda poner bajo el microscopio de la psicología o las ciencias sociales. Si bien las caracterizaciones, clasificaciones y datos numéricos son necesarios para el estudio del fenómeno, no podemos ignorar que hablamos de una forma en que las personas de esta comunidad experimentan su ser en el mundo: la etiqueta de "asexual" alude a una cualidad encarnada e indeterminable. ¿Cómo intentar aproximarse a algo tan elusivo desde la vereda académica? El objetivo de esta investigación no apunta a disecar la experiencia identitaria de los participantes para exponer al ojo profesional los engranajes de un supuesto mecanismo, ni tampoco a obtener una muestra aséptica que pueda utilizarse para condensar un prototipo de lo que significa ser asexual. El foco de la investigación es el acto de relatar-se en tanto asexual, un proceso íntimo (pero no individual) en el que constantemente se construye y actualiza la significación de una experiencia que implica una disrupción a los discursos de verdad de una cultura hetero-sexo- normativa. En la intención declarada de explorar las narrativas identitarias de las personas entrevistadas está implícita la convicción de que dichos relatos no aparecen en el vacío ni existen como reflejo de un "yo esencial", sino que emergen de forma situada, en la relación con la persona que investiga, el contexto y su propósito.

En este esfuerzo resultará indispensable definir y ahondar en los conceptos clave de identidad e identidad narrativa según Paul Ricoeur, propuesta teórico-filosófica que se pondrá en relación con las premisas del modelo Sistémico Narrativo de White y Epston para establecer un diálogo que permita profundizar tanto en el aspecto social y relacional del concepto como en sus

aristas políticas; además, se introducirán caracterizaciones y miradas más recientes al relato como acción configuradora de identidad desde una perspectiva sistémico-narrativa. Lo anterior resulta fundamental para imprimirle a la investigación un acento sistémico y enfocado en una perspectiva clínica, delimitando la intención amplia de recoger la vivencia singular de la comunidad asexual chilena.

A continuación, se incluirá un apartado dedicado a problematizar los discursos de la modernidad sobre lo normal y lo anormal en la sexualidad humana, tomando como referentes principales las obras de Michel Foucault y Paul Preciado.

Finalmente, se revisarán conceptos y propuestas clave de la Teoría Queer con el fin de profundizar en el cuestionamiento de las categorías normativas respecto del sexo y del recurso del abanderamiento identitario como forma de lucha desde la disidencia sexual.

4.2. Identidad y narrativas.

Si seguimos una visión constructivista/construccionista de la experiencia humana, hemos de reconocer la complejidad que plantea la tarea de forjar un hilo conductor que organice nuestras vivencias. El concepto de una esencia monolítica y esencialista no tiene sentido si pensamos el devenir humano como un constante construir relacional (Bruner, 2004), pero pensar en abandonar la reconfortante idea de un *yo* inamovible parece arrastrarnos al terreno de las teorías reduccionistas, que ven la identidad humana como una acumulación de hechos -ya sean físicos o psíquicos- encadenados por una simple relación temporal; una serie de acontecimientos que no guardan una relación intrínseca con quien los experimenta y que por lo tanto podría, como esquema identitario, aplicarse impersonalmente a cualquier individuo (Blanco, 2006). Si nos adentráramos por estos derroteros, tendríamos que negar la posibilidad de una subjetividad y, desde luego, reconocer la futilidad de interesarse por explorar profundamente aspectos identitarios de personas particulares. Para Ricoeur (1996), el problema con este tipo de conceptualización es que reduce todo el fenómeno de la identidad a lo que es sólo aspecto de ella: la mismidad o *idem*. Este término se refiere a la unicidad del sujeto en términos numéricos y cualitativos, es decir, al hecho de que sea la misma cosa, igual a sí misma. La semejanza debe sostenerse ininterrumpidamente, pues si existiera un quiebre temporal entre lo que se percibe como los orígenes y el devenir de algo, dejaríamos de considerarlo la misma cosa. Para que se constituyan como identidad, estos atributos deben estar ligados por un sentido de permanencia en el tiempo (Blanco, 2006). La permanencia de la mismidad se expresa en lo que Ricoeur denomina carácter: el conjunto de características que permite a los demás identificar a alguien como la misma persona. El carácter no es estático, pues la interacción con el mundo genera constantes

novedades, pero éstas se acomodan y sedimentan en la línea de las disposiciones ya existentes mediante la repetición y la costumbre. El carácter muta, pero en forma paulatina y siempre en concordancia con su precedente, de modo que la continuidad temporal no se interrumpe. Así, la mismidad como tal permanece aunque los cambios provoquen rupturas en la semejanza (Kosinski, 2016). Ricoeur (1996) propone que la mismidad es un elemento de la identidad, pero no constituye la identidad en sí. Se trata de un atributo base de naturaleza pasiva, pues su permanencia depende de un proceso involuntario, una sedimentación de costumbres que no involucra intención (Blanco, 2006). En rigor, la mismidad definida en términos de unicidad numérica y cualitativa que se mantiene en el tiempo podría atribuirse no sólo a seres vivos no humanos, sino también a todas las cosas, sean orgánicas o inorgánicas.

La ipseidad, el segundo componente de la identidad propuesto por Ricoeur (1996), corresponde a la conciencia reflexiva de sí mismo. Su significado se aprecia de forma más patente en una de las palabras usadas para designarlo en inglés: *selfhood*, un vocablo que podría - de manera burdamente literal- traducirse como "yo-mismidad". Si para la mismidad basta con que exista un algo que condense semejanza cualitativa, cuantitativa y permanencia en el tiempo, en el caso de su contraparte se requiere que ese algo desarrolle un concepto de sí mismo al que atenerse. La ipseidad es producto de la capacidad humana de auto designarse, de hacerse sujeto de su propio discurso; para lograrlo es preciso pensarse a *sí mismo como un otro*, es decir, incluir una dimensión de alteridad en sí mismo para generar una relación dialéctica entre el "yo" (mismidad) y el "sí" (la "otrización" de mí mismo) (Kosinski, 2016).

Ricoeur (1996) propone que, así como la mismidad basa su permanencia en el tiempo en la sedimentación del carácter, la ipseidad se mantiene por medio de la promesa: el acto voluntario de mantenerse fiel a una visión de sí mismo, desafiando la amenaza a la identidad presentada por

el tiempo y la novedad. La promesa se forja en la incorporación de "identificaciones adquiridas", es decir, la identificación del sujeto con los valores, normas, ideales, modelos, etc. que la comunidad entrega. Por medio de la incorporación de estos elementos, lo *alter* se internaliza y funde con lo *ídem*.

Así como el carácter tiene una orientación retrospectiva -de sedimentación de lo que llega en función de lo que ha existido en el pasado-, el acto ilocutivo de prometer implica una dimensión prospectiva, cuyo objetivo es *mantener* una versión de uno mismo hacia el futuro (Ricoeur, 1996). La palabra dada es entonces una negación al cambio, un imperativo que guía la sedimentación del carácter futuro con un fin: ser fiel a aquello que he declarado que soy, aunque mi vivencia, mis circunstancias, mis sensaciones cambien (Kosinski, 2016). El ineludible aspecto moral que la promesa otorga a la ipseidad es irreductible a la mismidad: el compromiso no puede entenderse como un hecho ni como una característica pues no constituye una descripción, sino un acto lingüístico (Blanco, 2006).

El mantenimiento de sí mismo en la promesa y la conceptualización de la ipseidad como elemento constitutivo de la identidad, distinto de la mismidad e irreductible a ella, abre una brecha entre los aspectos de la vivencia que corresponden a ambos polos de la experiencia identitaria. Ricoeur (1996) resuelve este problema a través del concepto de identidad narrativa: un emergente que se construye en la constante interacción del yo y el sí, cuya principal función consiste en articular los aspectos retrospectivos de la experiencia (asociados al carácter y la memoria) y los prospectivos (relacionados con la promesa y el mantenimiento de sí) en una trama que tenga sentido en una dimensión temporal; Tal como resume Latinen (2002, p.3):

La identidad narrativa media entre ambos extremos: entre armonía y disonancia, entre lo vivido y lo dicho, entre la innovación y la sedimentación, entre el hecho y la ficción, entre lo que "lo que es" y "lo que debería ser", entre lo voluntario y lo involuntario (...), entre [yo como] lector y [yo como] autor.

Es decir, debe mediar entre todos los aspectos asociados a la mismidad y aquellos que se desprenden del despliegue de la ipseidad.

Al encontrarse en constante construcción, la identidad narrativa es necesariamente dinámica. En su rol mediador, se mueve constantemente entre lo sedimentado y la novedad, lidiando con la amenaza que esta última significa para la continuidad identitaria. El narrar constituye un acto configurador que hila los distintos acontecimientos y la atribución de intenciones, volición y causalidad en un encadenamiento temporal, incorporando la diferencia a la historia al otorgarle un sentido. La acción de relatar, entonces, mantiene el equilibrio entre la novedad y la necesidad de concordancia al "transmutar la contingencia física en contingencia narrativa" (Laitinen, 2002, p.141). Para Ricoeur (1996), la función narrativa -declarar quién ha hecho qué, por qué y cómo en el contexto de una trama temporal- no suprime las contradicciones emergentes sino que las convierte en productivas, les otorga un sentido. Como ejercicio hermenéutico, la narración no sólo tolera sino que busca activamente la introducción de variaciones imaginativas que permitan la expresión de una identidad dinámica, que varía sin llegar a permitir que el cambio la aniquile.

El aspecto innovador del modelo identitario de Ricoeur radica en la inclusión del otro en la constitución del sí mismo. Para el autor, "toda la problemática de la identidad personal gira en torno a una búsqueda de un invariante relacional" (, p. 112). La identidad, entonces, no tiene que

ver con una esencia propia inamovible, sino que se refiere a la constante construcción de aquello que los otros (y yo mismo en un plano de alteridad) reconocemos como "yo", manteniéndolo en el tiempo mediante el equilibrio entre novedad y sedimentación, entre memoria y proyección. La narración se erige como el acto que permite generar dicho equilibrio, una acción lingüística cuya función es interpretar lo que de otra forma no sería más que un cúmulo de acontecimientos, y desplegar el potencial de significado que se encuentra contraído en la sedimentación del carácter:

Dado que la narración como ejercicio hermenéutico está orientada a articular lo que es y lo que debe ser para proyectar hacia el futuro el mantenimiento de la promesa, Ricoeur nos entrega una conclusión cargada de implicancias: no existe un relato éticamente neutro. (Latinen, 2002, p. 117).

Esta declaración es probablemente el corazón del modelo terapéutico narrativo impulsado por Michael White y David Epston (1993), que comienza en consecuencia por cuestionar el discurso de la psicología como dispositivo y hacerse cargo del suyo propio. Este modelo psicoterapéutico y sus posteriores desarrollos cuentan entre sus referentes a la teoría narrativa, influencia que se observa en sus premisas y elaboraciones teóricas y técnicas. En particular, han dado rendimiento a la introducción del aspecto "ipse" de la identidad, llevándolo más allá de la ética personal mediante la inclusión explícita de la dimensión social de los relatos que construimos para narrarnos a nosotros mismos en relación con los otros.

De esta concepción política del modelo identitario se desprende la necesidad de mirar con ojo crítico el mecanismo que Ricoeur señala como el modelo de mantenimiento por excelencia de la identidad ipse, y de hecho las conceptualizaciones más recientes del modelo narrativo en psicología plantean una rebelión ante el ideal de la promesa como mandato moral ineludible. Esto

no debe entenderse como una negación de su existencia, sino más bien como un ejercicio metanarrativo en el que el sujeto toma la opción política de abrazar la identidad no como como proceso, aceptando la inevitabilidad y naturalidad del cambio (Combs y Freedman, 2016); en léxico de Ricoeur, diremos que esta propuesta busca el despliegue intencionado de narraciones que generen y seleccionen variaciones imaginativas más beneficiosas o productivas en determinados contextos:

En lugar de intentar ayudar a las personas a ser "fieles a sí mismas", podemos enfocarnos en facilitar la emergencia de diversas experiencias del sí mismo. Así, los interesados podrían escoger las relaciones, contextos, compromisos y acciones que refuercen sus maneras preferidas de existir en el mundo, o bien hacer aparecer nuevas versiones de ellos mismos en contextos donde el despliegue actual esté resultando problemático ²(Combs y Freedman, 2016, p.4)

En un giro de evidente intención clínica, el énfasis aparece puesto en la capacidad que posee el sujeto-personaje de renovar, ampliar y/o transformar la trama por medio del acto de narrar, en un potencialmente infinito ejercicio de re-autoría (White, 2002). Esta interpretación sistémico-narrativa reafirma y de hecho profundiza en la enunciada naturaleza reflexiva de la ipseidad, jugando con la posibilidad de modificar y escoger la promesa que arroja luz sobre nuestra experiencia pasada y entrega las guías para la vivencia futura.

Al hablar de la naturaleza dinámica de la identidad, Ricoeur (1996) sostiene que en el relato, la trama y el "personaje" se desarrollan entrelazados, cada uno derivando del otro. El personaje ejecuta un acto lingüístico interpretativo que dota de sentido a una acumulación de

² La traducción es mía

hechos para dar forma a una trama coherente, y de igual forma, al estar "puesto en la trama", sólo es comprensible en relación con ésta. White y Epston plantean este devenir mutuamente imbricado como un mundo intertextual producido por la narración, en constante interacción bidireccional (1993). Esta trama narrativa personal se construye en interacción y dependencia del contexto relacional, sociopolítico y cultural, por lo que alberga y se atiene a "verdades normalizadoras" -ideas co-construidas que socialmente se invisten de un status de verdad. El concepto de "identificaciones adquiridas", señalado por Ricoeur como una de las formas en que la alteridad es internalizada, es aquí matizado con tintes políticos al pasarlo por un filtro Foucaultiano, dándoles la forma de "relatos dominantes": narrativas socioculturales que tienen la capacidad de ejercer poder por sobre los relatos personales, influenciando la forma en que las personas configuran sus explicaciones sobre el mundo y sus propias experiencias. Estos discursos validados socialmente pueden emanar ambigüamente de la cultura, sin origen preciso, o ser posicionados y/o fortalecidos directamente desde instituciones como la Iglesia o el Estado en sus diversos roles. Sea cual fuere el caso, los relatos dominantes se encarnan en prácticas que refuerzan el poder normativo de dichos discursos. Junto a la trama dominante, sin embargo, coexiste la experiencia personal y las narrativas íntimas de cada individuo y/o colectividad. Estos relatos tienen desde luego menos jerarquía en el imaginario social, y continuamente son silenciados, subyugados bajo el peso de la "verdad" normativa (White y Epston, 1993).

Como hemos visto anteriormente, Ricoeur designa a la temporalidad como elemento central en el problema de la identidad: la memoria, la historia y la proyección al futuro son dimensiones indispensables para forjar algo más elaborado que el chispazo de un *yo* cartesiano, que no constituye identidad sino apenas un destello de auto-conciencia (Ricoeur, 1996). El modelo de White y Epston liga esta función articuladora de la narración al concepto Batesoniano de

diferencia: la dimensión temporal no sólo es necesaria para la configuración coherente de la trama, sino también para detectar la "noticia de una diferencia" que es lo que finalmente permite que la experiencia de la identidad sea dinámica, posibilitando la re-autoría (1993, p.20). Desarrollos más recientes se ha permitido romper con la aparente linealidad del tiempo/espacio en la lógica narrativa al introducir la noción de una identidad distribuida (Combs y Freedman, 2016). Esta caracterización hace referencia a que las historias que componen nuestro sentido de "sí" se encuentran en constante construcción y emergencia desde distintos lugares, acciones y momentos: en la memoria de otros, en historias contadas por diversos medios, en foros y fotos en internet, en documentos de distintas instituciones, en los rituales que nosotros mismos u otros han realizado, realizan o realizarán, en los distintos grupos sociales en los que nos desenvolvemos, en las hipótesis, explicaciones, diagnósticos, esperanzas y proyecciones que se elaboran sobre nosotros... todos estos fragmentos que emergen constantemente se asocian en distintas configuraciones para generar diferentes (y simultáneos) "sentidos de identidad" particulares a cada contexto. En el ejercicio clínico, pero también en la investigación, el concebir de esta forma la identidad permite evitar visiones totalizantes que reducen la experiencia de las personas a una única posible identidad, solidificada, causalista e intrínseca.

En el modelo propuesto por Ricoeur, la identidad se articula en el acto de narrar la experiencia al ponerla en diálogo con la otredad. Es través del intercambio lingüístico con otros que la experiencia adquiere sentido, al punto de que la ipseidad (el componente de la identidad que resulta más propia y exclusivamente humano) implica un ejercicio de desdoblamiento en el que el sujeto dialoga con la otredad internalizada en sí mismo para lograr definir un sentido consciente de sí. En la acción de relatar se despliega una especie de "santa trinidad" narrativa: el sujeto asume simultáneamente la postura de personaje principal, narrador y co-autor de la trama -

no de autor, pues no crea su existencia, sino que la interpreta (1996). Combs y Freedman (2016) añaden a esta conceptualización el rol de *espectador*, tanto de la propia performance identitaria como de las de los demás. Proponen también que si se considera el relatar como una acción lingüística, la consecuencia es un concepto de identidad *performada*, es decir, que se construye en las acciones que ejecutamos bajo la mirada, figurada o no, de los otros, acciones que a su vez que se moldean en el diálogo con sus respuestas y expectativas.

En lugar de concentrarnos en cada individuo como si fuera una armazón de atributos relativamente fijos, medibles y estables en el tiempo, proponemos que literalmente estamos constantemente construyéndonos los unos a los otros ³ al movernos por el entramado de nuestras vidas entrelazadas (Combs y Freedman, 2016, p.3)

Lo anterior refuerza el componente no sólo relacional, sino específicamente situado de la concepción identitaria en la analogía del texto. Si nuestra identidad se crea constantemente en nuestro despliegue relacional, el contexto en que dicho despliegue ocurre no cumple el rol de un simple telón de fondo, sino que por el contrario, participa activamente en el tejido de la trama.

La presente investigación busca explorar en la experiencia de construcción de un aspecto de la identidad que, a juzgar por los antecedentes revisados, suele encontrarse en el terreno de lo subyugado; en el caso de las personas que participaron del estudio, al pertenecer a una agrupación activista es posible hipotetizar una voluntad política de relatar y por tanto performar dicha identificación ante *lo otro*... ante lo que otros efectivamente les han comunicado y

³ La traducción es mía

también, de forma más íntima, ante el escrutinio de la alteridad internalizada. Tomaremos la conceptualización identitaria de Ricoeur, enriquecida con el acento clínico y político de los desarrollos sistémicos narrativos. Al hablar de narrativas identitarias nos referiremos en adelante a los relatos que permiten una articulación entre los aspectos de la mismidad y la ipseidad, invistiendo a las experiencias de significado y configurando así un sentido reflexivo de *sí mismo*. En el posterior análisis, la construcción identitaria emergente del ejercicio narrativo realizado será comprendida como fluida, distribuida, relacional, performada y situada, reconociendo y reivindicando la imposibilidad de generar un relato objetivo o éticamente neutro.

4.3. Sexualidad Moderna: la encrucijada entre la normalidad y la desviación.

La sexualidad es sin duda una materia que no pierde su atractivo cuando se trata de discutir, investigar y analizar la experiencia humana. El interés por las temáticas relacionadas con la sexualidad es transversal, abarcando desde la discusión académica hasta el arte y la cultura popular, por cuanto el sexo aparece investido de múltiples implicancias: morales, económicas, estéticas, identitarias, de salud... Resulta difícil pensar en algún ámbito de la existencia que no esté atravesado por ese factor; más aún, autores como Paul Preciado proponen sin ambages que el sexo constituye el motor de la actividad social, política y económica a partir de la modernidad (2008).

En su Historia de la Sexualidad, Michel Foucault (2008a) nos lleva en un recorrido en el que desmantela con ojo crítico la forma en que la sociedad moderna se relaciona con el sexo. Ya desde las primeras páginas se desnaturaliza nuestra *verdad* normalizadora respecto de lo sexual, mostrando que nuestros ancestros intelectuales y sociales más cercanos como sociedad occidental, los antiguos griegos, pensaban en el sexo guiándose por lógicas muy diferentes. Así es como introduce el concepto de Aphrodisia, tan distante de nuestros propios parámetros que de hecho Foucault no le encuentra una traducción directa. A diferencia de la *sexualidad*, la idea de Aphrodisia no puede ser diseccionada para distinguir entre sus elementos lo normal de lo desviado, lo natural de lo perverso; si bien llevaba implícita una dimensión moral, ésta tenía que ver con la posibilidad del exceso, de perderse a uno mismo en el desenfreno y hacerse esclavo del uso indiscriminado de los placeres, en oposición a la deseada virtud de la templanza. En el fondo, lo que se debatía no tiene que ver con el carácter intrínsecamente moral/inmoral de las

prácticas sexuales o eróticas, sino con el debido cuidado de sí (Nilson, 1998). Los antiguos griegos y otras sociedades produjeron lo que Foucault denomina un *ars erotica* (2008a): una aproximación a comprender y generar verdades sobre el sexo centrada en el placer en tanto práctica y experiencia, no en relación con leyes (mundanas o divinas) y criterios externos sino consigo mismo. Por lo mismo, el *ars erotica* constituye un saber secreto, una verdad íntima y difícilmente objetivable que no puede divulgarse. Un buen ejemplo lo entregan los estudiosos de la antigua cultura japonesa, que, a diferencia de la sociedad judeo-cristiana, "es una cultura de la vergüenza, pero no del pecado" (Vallejo-Nájera, 1987). En el Japón pre-moderno las prácticas sexuales en sí no conllevaban implicancias morales, pero su expresión estaban sujeta, como todo otro ámbito del comportamiento, a estrictos convencionalismos. Cuando existe vergüenza, su causa no radica en la naturaleza del acto, pues entonces estaríamos más cerca de la noción de pecado, sino en la transgresión de las formas sociales adecuadas (que acarrearía igual oprobio si se cometiera en relación con cualquier otro ámbito de la vida).

En contraste, nuestra sociedad judeocristiana ha implementado desde sus albores una *scientia sexualis* (Foucault, 2008b), dispositivo para construir la verdad sobre el sexo que se enfoca en extraer y poner bajo el microscopio las narrativas de los sujetos para ser analizadas, explicadas y normadas. De la confesión a la sexología, la *scientia sexualis* como modelo de administración de lo sexual exige la develación absoluta y constante de prácticas, sensaciones, deseos y pensamientos para construir sobre ellos discursos de verdad que las personas encarnarán en la realidad. Contra lo que suele pensarse, hablar sobre sexo no ha estado nunca censurado o reprimido; antes bien, existe una constante conminación a hablar de él, aunque exclusivamente en el contexto de dispositivos que lo interrogan, analizan, decodifican y separan en inagotables categorías, cada vez más específicas y estáticas, que faciliten la administración

política y económica de los cuerpos. Esto sigue vigorosamente vigente en la modernidad, que ha construido además dispositivos idiosincráticos a la medida de su paradigma "cientificado". A través de ellos, lo sexual se ve investido como centro de la identidad individual y la función social humana, regidor de prácticamente todos los aspectos de la experiencia. El concepto de *sexualidad*, encarnación de este modelo que engloba el deseo, sus objetos, el comportamiento sexual, el género, la función reproductiva y la salud mental y física, es un producto característicamente moderno (Halperin, 1998).

El surgimiento del sujeto sexual moderno parece estar ligado a la industrialización y el auge del capitalismo, que, tras la caída de las certezas teológicas, requería solidificar el carácter natural y obligatorio de la división sexual del trabajo por razones político-económicas (Brunet y Santa María, 2016). Desde ahí se construye una de las características más distintivas del esquema moderno de gestión de la población: una lógica de clasificación binaria que tipifica y convierte en identidades fijas los deseos y las prácticas, permitiendo así reconocer al instante la divergencia de la norma. En el siglo XIX, la instauración de distinciones binarias como heterosexual/homosexual, natural/antinatural, normal/patológico permite implementar dispositivos disciplinarios centrados en el control de los cuerpos desde el exterior, algo que Preciado denomina "ortopedias políticas" (2008). La ciencia, y en particular la psiquiatría, cumplió sin duda un rol importante en la implementación de estos artefactos de vigilancia y disciplinamiento, de la mano de la ley penal. Los discursos psiquiátricos sobre la conducta sexual dejaron de lado en buena medida a la actividad sexual "normal", es decir, heterosexual y dentro del matrimonio, para centrarse de lleno en la exhaustiva creación de lo desviado (Foucault, 2008a). Manuales como *Psicopatía Sexual* de Richard Von Kraft-Ebbing se entregan con entusiasmo a desmenuzar y categorizar desde el podio de la criminología y la medicina todas

aquellas conductas, deseos y pensamientos que se deslicen hacia el dominio de lo anormal, desde el fetiche o la masturbación hasta la violación y la necrofilia (Bercher, 1973). Alienistas como el mencionado -ícono de la investigación sexual en la era victoriana- no sólo analizan y condenan las prácticas, sino a los mismos individuos: la sexualidad de los niños, de los ancianos, de los locos y otros grupos resulta de por sí sospechosa, patológica (Foucault, 2008b). La ciencia como productora de subjetividad construye así la idea de lo *perverso*, término que condensa oscuramente reminiscencias médicas, legales y morales, y que sigue implantado en los discursos sobre la normalidad y la desviación en lo sexual hasta el día de hoy.

En este escenario, la irrupción del psicoanálisis marcó sin duda un quiebre con la lógica de una división absoluta e insalvable entre normalidad y anormalidad. En su teoría sexual, Freud da un paso revolucionario al afirmar que las llamadas perversiones pueden ser muchas veces parte de la vida sexual del "hombre normal", y ahonda aún más en esa dirección en su estudio de la sexualidad infantil al concluir que en sus etapas iniciales toda sexualidad tiende a la "perversidad polimorfa". También declara abiertamente que la homosexualidad no se relaciona con anormalidades en la inteligencia, cultura, salud ni otros ámbitos (Freud, 1948), rompiendo con la imagen de monstruo foucaultiano (2007) que habita en manuales como el de Kraft-Ebbing. Freud dio además el paso de pensar la sexualidad desde la biografía y la experiencia de las personas, desechando la mirada de esencialismo fisiológico que era la norma en psiquiatría hasta el momento (aunque algunos psicoanalistas post-freudianos han vuelto a descansar en ese tipo de explicaciones, como se señala en Suzter, 2009). Esto no significa, de todos modos, que el psicoanálisis se desmarque de la dicotomía de lo normal/patológico. Se trata de un modelo inserto en el paradigma moderno, y es indudable que Freud siguió "el discurso hegemónico de la imposición de la heterosexualidad obligatoria, monogámica y reproductora como paradigma de

la sexualidad *normal*" (Suzter, 2009 p. 160). Donde Kraft-Ebbing dividió a los perversos en fetichistas, homosexuales, sádicos y masoquistas (Brecher, 1973), Freud los clasificó dependiendo de si lo "desviado" era el objeto de su deseo -homosexualidad, fetichismo, zoofilia, etc.- o sus actividades sexuales - cualquier acto que persiguiese el placer sexual por un medio distinto del coito: masturbación, exhibicionismo, sadismo/masochismo, etc. (Szuster, 2009). Con el arribo del psicoanálisis, la *perversión* se humaniza y se acerca a la experiencia cotidiana. Se aleja del monstruo y del criminal, para encarnarse más bien en la figura del enfermo. Es posible que este movimiento, a primera vista benéfico, haya enraizado aún más profundamente el anhelo de normalidad y el horror a la desviación en las subjetividades: la "cura por la palabra", dispositivo productor de realidad basado en la confesión, infiltra en el imaginario colectivo el temor a lo anormal entendido no ya como alteridad radical, sino como un peligro que acecha en personas de bien, en nuestros semejantes y aun en el abismo de nuestro propio inconsciente.

A medida que el capitalismo evoluciona, los mecanismos de control y producción de subjetividad también mutan. Según la narración de Foucault (2008b), el control disciplinario da paso a la era del bio-poder, un tipo de administración que se vale de diversos artefactos no ya para controlar en términos punitivos, sino para gestionar a la población a través de un manejo de los cuerpos más sutil, pero con mucho mayor alcance. El poder así ejercido, afirma el autor, es un poder esencialmente normalizador que persigue el máximo adiestramiento de los sujetos-cuerpo en pos del orden político y la producción económica. Preciado (2008) afirma que Foucault deja de lado un elemento clave: esto que él llama biopolítica correspondería, al menos desde mediados del siglo XX, a lo que Donna Haraway (1995) denominó tecno-bio-poder, un aparato que construye subjetividad por medio de la tecnología. Tecnologías de la representación (televisión, libros, publicidad, recursos en línea) y tecnologías de corrección del cuerpo que ya

no operan como órtesis disciplinarias externas, sino que literalmente se fusionan con la materialidad orgánica (psicofármacos, hormonas, implantes, cremas antiarrugas, etc.). Los discursos sobre lo normal y lo anormal se crean no sólo desde el mandato teórico de una sexualidad natural, sana y prolífica, sino desde la producción de cuerpos que se construyen e intervienen para encarnar a las distintas identidades sexuales que el sistema requiere. Si seguimos el análisis de Preciado, el sistema económico no sólo se mueve en base a la fuerza reproductiva de la población para generar trabajadores y consumidores, sino que más bien se impulsa de la energía sexual de los cuerpos, potencial que bautiza como "fuerza orgásmica": la disposición humana a perseguir el placer sexual. La sexualidad como fuente de poder se vuelve entonces un elemento esencial de la gestión tecno-bio-política, al servicio de la capitalización de la fuerza orgásmica. Se constituye así un "capitalismo farmacopornográfico" (Preciado, 2008, p.40), atravesado y en última instancia constituido por la sexualidad. Es interesante notar que este diseño, tal como su autor lo presenta, no sólo necesita de sujetos normales. Con la misma ansia requiere y monetiza lo *perverso*, y necesita por cierto gatillar la compulsiva confesión señalada por Foucault para generar mercados cada vez más dirigidos y específicos. El mercado de lo normal y el mercado de la desviación: ambos cumplen un rol en el aparato capitalista, *siempre* que se alimenten de cuerpos deseantes, de fuerza orgásmica disponible para ser invertida.

Foucault (2008a), por su lado, concuerda en que a partir de la era moderna el sexo se erige como pilar fundamental del aparato de gestión biopolítica, por ser el punto de más fácil acceso a la materialidad de los cuerpos y la vida. La sexualidad como dispositivo de poder permite la administración eficiente de un cúmulo de elementos que no serían de otro modo fácilmente asibles, como los deseos, las características biológicas y anatómicas, las sensaciones, la

atracción, la identidad, el género... El poder biopolítico necesita de la sexualidad, y en el afán por afirmarla en los cuerpos y las subjetividades, despliega como estrategia la producción de una verdad central: el deseo de experimentar el sexo en diversos niveles (tener acceso a él, mirarlo, hablar sobre él, estudiarlo) como requisito ineludible de la experiencia humana. Así, los cuerpos y subjetividades forjados desde estos dispositivos nos hemos construido con el sexo como punto obligado de referencia para reconocer y descifrar nuestro propio cuerpo, como piedra Rosetta de nuestra identidad, nuestras sensaciones, nuestra relación con los otros. "La sexualidad", dice Foucault, "se ha convertido en significante único y significado universal (...) ha llegado a ser más importante que nuestra alma, que nuestra vida" (p. 166). Normal o desviada, virtuosa o perversa, los discursos que nos construyen exigen un perpetuo examen y constante declaración de lo que somos y hacemos bajo los parámetros del dispositivo de la sexualidad, para ubicarnos en el mundo y pensarnos como sujetos administrables.

En este contexto, la materialidad de cuerpos que no se reconocen como sexuales resulta indescifrable para los parámetros dominantes. Al carecer de "fuerza orgásmica", los cuerpos, las sensaciones y subjetividades de un sujeto asexual aparecen como una imposibilidad ilegible, como un *bug* en el sistema que no se puede integrar ni codificar desde el mecanismo de poder de la sexualidad. Aparece con fuerza la teoría foucaultiana de la confesión como estrategia para incitar la centralidad de lo sexual: si el sexo fuera, realmente, objeto de represión, ¿por qué la posibilidad de un cuerpo asexual habría de generar resistencia? La asexualidad ha sido sometida al mecanismo de la censura-negación, tal como la define Foucault (2008b): al aparecer como informulable en los términos del poder, es inexistente y por lo tanto no tiene derecho a la enunciación. Así, la reacción habitual que las personas asexuales obtienen al "salir del closet" es la negación de su identidad: "eso no existe, eso no es posible" (MacNeela y Murphy, 2017). No

está demás señalar en este punto que la castidad y la abstinencia, así como el celibato involuntario, pertenecen sin duda a otra categoría: su "fuerza orgásmica" existe y se administra de una forma u otra, mientras que el cuerpo asexual no tiene un lugar en la dinámica económica y política de la retroalimentación poder-placer (entendido el placer como un concepto cooptado por el dispositivo de la sexualidad). Desde esta perspectiva, no resulta extraño que la experiencia de ese grupo que Kinsey clasificó con una X haya permanecido invisible en una era que incita a registrar obsesivamente cada forma, arista e implicancia del sexo.

En el caso de la asexualidad, la lucha por reivindicar su existencia se libra en los únicos términos disponibles, en los que hemos construido nuestra forma de ser en el mundo. Al reclamar su derecho a una nominación y definición, las personas que se autoidentifican como asexuales se encuentran con instituciones que, ante la irrupción de su discurso, intentan integrarlo asimilándolo al espectro de lo patológico (Yule, Brotto y Gonzalka, 2013). La lucha que libran, entonces, tiene como fin rehuir esta clasificación e integrarse al acervo de lo normal; el activismo asexual intenta incorporarse al terreno de lo administrable posicionándose (paradójicamente) como una orientación sexual más (Decker, 2014).

El esfuerzo por integrarse al dispositivo de la sexualidad recuerda la tendencia que Foucault (2008b) señala en los grupos que buscan liberarse del control y la percibida represión precisamente a través del sexo, de levantar las prácticas y los deseos sexuales como banderas centrales de su saber, identidad y relación con el mundo. El autor advierte contra este afán engañoso, que sólo profundiza el dominio del dispositivo biopolítico de la sexualidad. En lugar de centrarse en lo que éste manda, el punto de resistencia estaría puesto en relacionarse con el cuerpo no ya en términos de sexo y deseo, sino como *cuerpo y placeres en tanto tales*, tarea que

implica situarse fuera de la lógica binaria normalidad/perversión que constituye la base del sistema sexopolítico que hoy habitamos.

4.4. Identidad y Resistencia en la Disidencia Sexual

Originalmente, la palabra inglesa *queer* ("raro") se usaba para designar todo aquello que se considerara *anormal*. Judith Butler define su uso como una práctica lingüística excluyente, "cuyo propósito fue avergonzar al sujeto que nombra o, antes bien, construir al sujeto estigmatizado *a través* de esa interpelación humillante" (2010, p.318). La autora considera el uso insultante de este vocablo como una expresión *performativa*, es decir, un acto de habla con fuerza ilocutiva que en su repetición encarna la sanción normalizadora de los discursos dominantes emanados de lo que ella identifica como matriz cultural heterosexual. Butler afirma que el eco de esta interpelación articula significados (acusación, patología, insulto) y comunidades (las que quedan dentro de lo "anormal" y aquellas que, aplicando a otros el epíteto, se incluyen dentro de lo "normal") a través del tiempo. En el grito de "*Queer!*", entonces, existe una construcción lingüística de identidad mediante la narración de un otro abyecto, estigmatizado y excluido.

En lugar de defenderse de él, algunos de los así designados comenzaron a autoaplicarse el epíteto, reivindicando su desviación, y el término pasó a nombrar a un grupo inespecífico que reúne a toda clase de marginados y excluidos en lo que se refiere a prácticas e identidades sexuales y de género. Esta inespecificidad es una característica central, pues el evitar deliberadamente una definición cerrada le permite conservar su espíritu elástico y crecientemente inclusivo. Su fuerza de oposición colectiva radica precisamente en la resistencia a que el apelativo se cierre; Butler (2002) señala que, a diferencia de etiquetas identitarias específicas como *lesbiana* o *gay*, se trata de un término que nunca fue

completamente apropiado por algún grupo particular y que existe en constante movimiento, desviándose hacia objetivos políticos cambiantes y cada vez más amplios. El considerarse *queer* privilegia el sentido de comunidad por sobre la identificación, y se centra no en representar a un colectivo, sino en visibilizar múltiples exclusiones (Marcus, 2005). En las últimas décadas, lo *queer* ha agrupado sobre todo a los grupos marginalizados que no encajan en la visión aséptica de homosexual hombre, joven, blanco, de clase media o alta, monógamo, no demasiado afeminado y con gran sentido del estilo que el mercado ha integrado y cuyo cuerpo y despliegues le resultan inteligibles al discurso normativo. Las personas racializadas, las personas con VIH, los pobres, los transgénero, travestis, locas y camionas siguen siendo considerados una anomalía social y se encuentran sometidos a una doble exclusión, expulsados también de una "identidad gay" que, en el intento de acoplarse a la heteronorma, rechaza a todo sector que pueda poner en entredicho su respetabilidad (Sierra, 2009).

Cuando hablamos de Teoría Queer nos referimos a un movimiento intelectual, explícitamente activista, que se centra en relevar el carácter construido de las identidades de género y las sexualidades. Desde su perspectiva teórica se sostiene que las manifestaciones de dichas identidades constituyen una forma de discurso, que son actos cuya repetición cumple una función lingüística ligada a la perpetuación de las tramas de poder y dominación que rigen el mundo (Butler, 1993). Uno de sus textos fundacionales es el libro *Gender Trouble* (1990), donde Judith Butler acuña el término "performatividad" para señalar que el género no es una característica interna y natural de las personas, sino más bien un rol cultural que constantemente estamos desplegando y poniendo en juego mediante la repetición no voluntaria de la norma heterosexista. Frente a la famosa cita de Simone de Beauvoir, Butler acotaría que en realidad tampoco se llega a ser mujer, sino que más bien actuamos

continuamente las prácticas y discursos normativos de la construcción social "mujer", sin que nadie llegue jamás a encarnarla por completo. La autora postula que el género y las orientaciones sexuales no constituyen entidades en sí, que no son características intrínsecas de los sujetos ni estados permanentes; los conceptualiza más bien como actos discursivos cuya materialidad depende exclusivamente de ser constantemente reproducidos por los cuerpos. En consecuencia, deduce que -en tanto construcción social- su carácter es inherentemente flexible, susceptible de ampliarse y transformarse. No se debe entender por esto que la identidad que *performaremos* se puede elegir a voluntad, como escogeríamos un traje. Butler (2018) aclara que la performatividad incluye no sólo los procesos de actuación y la constante actualización de la identidad, sino también los discursos sociales normativos que nos construyen desde lo lingüístico. Estos últimos tienen efectos en la misma materialidad del cuerpo y en las condiciones de posibilidad para su despliegue, y al ser constitutivos se encuentran en un plano "anterior a cualquier posibilidad de volición" (p. 35). Hablando en lenguaje ricoeuriano, podría decirse que incorporamos el contenido *alter* de la matriz socio-cultural en la que existimos; éste se fusiona con lo *ídem* en el mismo proceso de formación de nuestra identidad, generando una promesa sostenida ya no sólo desde el control social externo sino desde la internalización de la norma. A la dimensión *performada* de la identidad descrita en el primer capítulo se suma entonces una dimensión *performativa* que le es anterior: la reiteración ritualizada y no voluntaria de la norma, con sus prescripciones y prohibiciones, en un acto discursivo con fuerza ilocutiva que habilita y produce la construcción de un sentido de *sí*.

Si forzosamente actuamos la norma una y otra vez, produciendo un *sí* mismo acorde a sus mandatos, podríamos preguntarnos cómo es que emerge la divergencia. La respuesta de Butler

es que la posibilidad de la desviación aparece en los espacios o fisuras que deja la constante iteración performativa (2018); diremos entonces que la posibilidad de la diferencia ronda en el inagotable proceso de *articulación narrativa* que dota de sentido al espacio entre lo sedimentado y lo novedoso, entre la mismidad y la ipseidad que mantiene, mediante nuestros actos discursivos, una promesa forjada en contextos y normas sociales determinadas.

Los desarrollos de la Teoría Queer no se limitan a los estudios relacionados con la homosexualidad. Fiel al origen social de la palabra, los estudios *queer* se consideran post-gay en tanto engloban, pero también superan, las identidades definidas desde una lógica binaria (homo-hétero / hombre-mujer) (Sierra, 2009). Tiene sentido que el escaso activismo asexual que existe en la esfera académica se enmarque mayoritariamente en este terreno teórico (Chasin, 2013), tomando en cuenta que las múltiples dimensiones de la atracción, el ambiguo espectro del impulso sexual y las distintas orientaciones afectivas/románticas que identifica la comunidad asexual (y las muchas combinaciones que pueden darse entre todos esos factores) hacen prácticamente imposible mirar el fenómeno desde una posición conservadora que requiera de definiciones binarias, claras y fijas. Pese a ello, una parte importante del activismo por la diversidad sexual, incluyendo a las personas asexuales, ha optado por blandir la bandera identitaria con el fin alzarse políticamente en busca de visibilidad y aceptación. En la batalla de la legitimación de su vivencia, la categoría con la que uno se identifica en cuanto a género y preferencias sexuales se vuelve crucial. Gay, lesbiana, transexual, asexual... con estas palabras, las minorías organizadas erigen y defienden políticamente significados con los que se narran a sí mismos y se definen ante el mundo. Se trata de términos que estos colectivos luchan por posicionar y que con mayor o menor éxito se integran al imaginario social, que a su vez genera distintos guiones respecto de qué son y qué no: cómo deberían verse, qué deberían

hacer, cómo pueden sentir. Desde el feminismo posmoderno, esencialmente crítico, este tipo de activismo despierta cierto recelo. Se le considera como un ejercicio lingüístico que sigue las reglas de los discursos dominantes, que introduce nuevo vocabulario pero se apega, por así decirlo, a la gramática de la heteronorma y los roles de género. La crítica principal es que, al definir su posibilidades de ser y sentir en esta clave, los oprimidos se estarían constituyendo voluntariamente en *lo otro*, en lo que debe ser tolerado exclusivamente porque no puede ser cambiado, reafirmandole a las identidades privilegiadas su jerarquía superior (Chasin, 2013). A cambio de normalizarse y ser incorporados al discurso sobre el mundo, se contribuye a fortalecer las lógicas binarias que oprimen y suprimen las narrativas alternativas. Por una parte, la necesidad de narrarnos a nosotros mismos en una identidad coherente con el otro social internalizado puede conducir a la trampa de aceptar la sanción de lo normativo, encarnando una identidad percibida como definitiva y definitoria en los términos depreciados del modelo hegemónico; por otro lado, al posicionar una identidad como forma de resistencia se corre el riesgo de reforzar el binarismo sexual y de género, reivindicando una posición esencialista y estática de la identidad, el sexo y el género ("soy gay, esa es mi verdad interior inmutable", o bien "mi cuerpo dice otra cosa, pero internamente yo soy una mujer") (Errázuriz, 2017).

En el caso de la comunidad asexual, este conflicto se hace evidente por cuanto su lucha empieza en un estadio anterior a la de otros grupos de la disidencia sexual: para ejercer resistencia, primero es necesario existir. Y para lograr aparecer siquiera en el discurso, parece ineludible plantear una identidad en términos que resulten digeribles para los dispositivos de administración de la subjetividad, aunque se trate, en principio, de una identidad estigmatizada.

Varias décadas y ríos de teoría después, nuevamente nos hallamos ante el dilema planteado por Foucault: ¿es posible generar una resistencia que desafíe las lógicas de los discursos dominantes infiltrados en nuestra construcción como sujetos? En el terreno que ahora nos compete, las teóricas de lo *Queer* han convertido este dilema en una pregunta específica: ¿es posible movilizarse políticamente para luchar por la justicia social sin la base firme de una identidad inteligible en la que apoyarse? (Khayatt, 2002).

Aunque otras autoras feministas han criticado a Judith Butler por considerar que su representación del sujeto lo reduce al mero producto lingüístico de una estructura normativa, concediéndole escaso espacio para la auto-determinación y una muy limitada capacidad de producir transformaciones (Dow, 2006), ésta no niega la posibilidad de generar prácticas y discursos que desafíen el binarismo hétero-normativo. Lo que afirma es que, si bien es posible apropiarse del emerger de la desviación para convertir la performatividad en una forma de resistencia al discurso dominante, esta capacidad de agencia performativa "no puede sobrepasar las dimensiones de normatividad social que le son anteriores y constitutivas" (2018, p. 37). Según su conceptualización, la performatividad constituye la encarnación de la relación entre los cuerpos y las condiciones estructurales de su existencia, y en esto radica la posibilidad de la agencia: cuando se produce la desviación y nuestra *performance* se aleja de las narrativas binarias dominantes de sexo/género, nuestra dependencia de las condiciones materiales y sociales estructurales es precisamente lo que puede gatillar el surgimiento de una agencia orientada no a superarlas, sino a asegurar nuestra propia subsistencia singular en ellas, resistiendo su fuerza normalizadora. Para Butler (1993) lo más problemático de un activismo basado en el abanderamiento identitario es el riesgo de que conduzca a la creación de categorías rígidas, replicando la lógica de construirse en una relación de poder respecto de un otro excluido

e instaurando en consecuencia un mecanismo normativo que incluya vigilancia y castigo para regular la desviación -por ejemplo, la exclusión o sanción social que las personas bisexuales a menudo sufren dentro de comunidades LGBT por no ser "suficientemente" gay). La autora advierte que esto puede suceder a pesar de la intención inicial de los colectivos que alzan una categoría, pues el devenir que espera a los significados y usos de un término es imposible de controlar. (Butler, 2018) De todas formas, considera la construcción de categorías identitarias como un "error necesario" que permite a los sujetos subvertir el ejercicio de poder al tomarse la prerrogativa de nombrarse a sí mismos o, como en el caso de la palabra *queer*, torcer las condiciones bajo las cuales se ha usado el nombre que se les da y la realidad que construye, interviniendo así de forma material en el dominio de las leyes, la política pública y lo que se tolera en la vida pública y privada (1993). La clave para disminuir al máximo las desventajas de esta acción radica, según la autora, en hacer un esfuerzo activo para impedir que el término se cierre. Para ello, considera imprescindible cuestionar constantemente los fines políticos a los que las identidades levantadas están apuntando, cómo se articulan con otras identidades (raciales, de clase, étnicas, etc.), a quiénes está representando y quiénes se están viendo excluidos, etc., para así propiciar que se mantengan como esferas de sentido maleables, capaces de torcerse y desplegarse en diversas direcciones en lugar de petrificarse en un significante-significado estático.

Pensar en una performatividad subversiva no exige entonces la tarea monumental (y para Butler, imposible) de renunciar a apoyarnos en herramientas basadas en lógicas estructurales. Se apunta más bien utilizar estos recursos bajo un constante proceso de reflexión crítica, orientándolos hacia la desnaturalización de los discursos normativos para evidenciar su carácter construido. Es así como se logra abrir espacio a la divergencia desde un lugar distinto de "lo

abyecto" que sólo es visible como la contraparte estigmatizada que reafirma lo "normal" (Butler, 2010).

En el caso de esta investigación, lo que interesa no es la identificación en sí. Lo que se busca no es delimitar el fenómeno, establecer clasificaciones ni hipotetizar relaciones causales, sino aproximarse a la experiencia vívida y particular de las personas, a las articulaciones narrativas con las que van entretejiendo un sentido de ser "yo mismo/a" ligado a su forma de experimentar la (a)sexualidad en la relación con *lo otro* en un mundo sexonormativo. Se necesita contar con participantes que se identifiquen en algún grado con la denominación -bastante abierta, por lo demás - de "perteneciente al espectro asexual" por razones metodológicas, para circunscribir una forma de experimentar el mundo más o menos común, pero no porque nos interese disecar, clasificar y circunscribir esta experiencia en términos de la lógica binaria dominante. Como afirma Errázuriz, el habitar la ambigüedad absoluta y resistirnos a toda delimitación conceptual nos pondría en grave riesgo de "caer en el escepticismo posmoderno que anula el impulso para una acción política" (2017, p.110). Haciendo eco de estas palabras y de las propuestas de Judith Butler, sostendremos que la reivindicación de una categoría identitaria no debería ser tabú en el activismo académico por la diversidad sexual y de género, siempre y cuando se la entienda como un instrumento político-discursivo cuyo carácter construido debe permanecer siempre a la vista.

V. METODOLOGÍA

5.1. Posicionamiento epistemológico.

Este trabajo pretende centrarse en profundidad en la vivencia de lxs participantes en su calidad de miembros de la comunidad asexual chilena, con el fin aproximarnos a la construcción relatada de su identidad asexual en términos personales y relacionales (con su contexto familiar, social y cultural). El trabajo con la experiencia singular sensible de un persona o colectividad significa necesariamente alejarse de un marco positivista que busque producir una representación fiel de la realidad para describir el mundo desde un punto de vista neutral (Bassi, 2015); cabe pensar entonces que la alternativa natural se encuentra en una epistemología construccionista, que permitiría abordar la identidad como un proceso que se desarrolla en constante co-construcción con el mundo al conceptualizarla "no como una estructura cognitiva privada y personal sino como un *discurso* acerca del yo, como el desempeño de los lenguajes disponibles en la esfera pública" (Gergen, 1985, p. 153). Sin embargo, como señala Haraway (1995), la visión construccionista cae en "el mismo mito seductor, pero ficticio, que sostiene al positivismo" (p. 329): al situarse en el relativismo, lo que se promete es una visión total y desencarnada, capaz de ver todas las estructuras y construcciones, que está a la vez en todas partes y en ningún lugar. Ante este ojo omnisciente del construccionismo, que arranca las sensaciones y experiencias de los cuerpos para situarse exclusivamente en el ámbito de un lenguaje creado desde la academia, Haraway posiciona una epistemología de conocimientos parciales y situados, donde lxs investigadorxs se relacionen con el fenómeno desde su propio lugar, sus propios cuerpos complejos y

contradictorios. Una epistemología de conocimientos situados exige hacerse responsable del lugar que ocupamos y de las implicancias éticas de la investigación que desarrollamos: el colectivo, sujeto o territorio investigado se posiciona como un agente, "nunca como el esclavo del amo que cierra la dialéctica en su autoría del conocimiento" (p. 341). El reconocernos como entes *situados*, conscientes de las categorías semióticas que nos constituyen, implica asumirse en tanto investigador como "siempre construido y remendado de manera imperfecta, y *que por lo tanto* es capaz de unirse a otros, de ver junto con el otro sin pretender ser el otro" (p.332). Esto último permite adelantarse a la tentación de apoderarse de las voces de los otros subyugados y arrogarse el derecho de hablar por ellos desde un lugar de privilegio y con un discurso victimizante o normalizante (Prasad, Segarra, y Villanueva, 2019) reproduciendo así, aunque sea con la mejor de las intenciones, patrones opresivos de dominación (Balash y Montenegro, 2003).

La decisión de situarse desde el marco epistemológico propuesto por Haraway exige una constante reflexividad crítica respecto de cómo nuestras prácticas se acomodan o no a las dinámicas de poder. La objetividad que Haraway propone no es más que el resultado de un esfuerzo por desarrollar una investigación lo más honesta, consciente y crítica posible; es por eso que la epistemología de los conocimientos situados no constituye una abstracción académica, sino que implica también una política y una ética con consecuencias concretas (1995).

5.2. Enfoque: Cualitativo

En este contexto nos resulta epistemológicamente incoherente delimitar variables medibles y calculables, como exige un enfoque cuantitativo (Bassi, 2015). Lo que tiene sentido para los objetivos de esta investigación es arrimarse al encuadre cualitativo, es decir, a un marco comprensivo que permita la emergencia de significados idiosincráticos de la relación particular investigador-colaborador(a), donde se asume que el conocimiento es una construcción dinámica, un tejido de teorías, visiones, experiencias y discursos que nos incluye como investigadores (Gordo y Serrano, 2008).

5.3. Tipo de investigación: Exploratoria

Considerando la escasez de estudios previos centrados en el espectro asexual en nuestro país y la ausencia de investigación sobre el tema desde el área de las ciencias sociales, el presente proyecto corresponde a un trabajo de carácter exploratorio.

5.4 Participantes

5.4.1. Tipo de muestreo

Se utilizará un muestreo por conveniencia o de voluntarios, en el que se espera que los participantes se presenten por sí mismos (Martín-Crespo y Salamanca, 2007). La convocatoria se realizará mediante avisos difundidos en las redes sociales de la comunidad asexual chilena. Con el fin de alcanzar la diversidad deseada, si es necesario posteriormente podría practicarse un muestreo en avalancha, en el que los mismos participantes ya involucrados/as se contacten con otras personas que respondan a los parámetros requeridos (Martín-Crespo y Salamanca,

2007). Se incluirá a no menos de 5 interlocutores/as, con el fin de recoger cierta diversidad en cuanto a identidades de género, orientaciones románticas y edad; por otra parte, el número de participantes no superará los 10, considerando que la metodología específica a aplicar no pretende que el grupo de participantes constituya una muestra representativa de una realidad objetiva, sino que más bien los concibe como hablantes situados que participan en una construcción particular con el investigador (Balasch y Montenegro, 2003). Así, si bien la diversidad es deseable para nutrir el proceso dialógico, no tiene sentido perseguir la amplitud numérica con el fin de representar al fenómeno.

5.4.2. *Criterios de inclusión*

Bassi (2015) define los criterios de inclusión como "las condiciones que deben cumplir las unidades de información para poder ser objeto de la investigación de que se trate" (p.387). En este caso, para cumplir con los objetivos del proyecto y explorar en la mayor profundidad posible los distintos aspectos la vivencia de construcción identitaria de la comunidad asexual chilena, se buscarán:

-*Personas*, sin distinción de género. Se considera deseable incluir tanto hombres y mujeres cisgénero como a identidades trans, *queer* y no binarias en general.

-*Chilenas*, ya que los objetivos de la investigación apuntan a la comprensión de las narrativas identitarias construidas en la relación con el contexto local.

-*Adultas*, pues si bien vemos la identidad como un fluir que se actualiza momento a momento en nuestra relación con el mundo (Combs y Freedman, 2016) sin llegar a "solidificarse" en ninguna etapa vital particular, para los fines de este proyecto se considera adecuado centrarse en la experiencia de personas que hayan tenido la posibilidad de experimentar y actuar su

identidad asexual durante un período de tiempo relativamente prolongado de tiempo y durante más de una etapa vital.

-Que se auto-identifiquen como pertenecientes al espectro asexual, ya que la arista de su construcción identitaria que nos interesa detenernos a explorar es su identificación con este grupo de la diversidad sexual. Ante la ausencia de criterios científicos que permitan evaluar externamente la pertenencia a este grupo, se seguirá la norma de AVEN, según la cual la auto-identificación es la única manera de determinar si la experiencia de alguien corresponde al espectro asexual. Esto permite además darle poder y centralidad a la vivencia de los/as participantes.

Se buscará alcanzar dentro del grupo la mayor diversidad posible en cuanto a identidades de género, edades y orientaciones románticas.

5.4.3. Criterios de exclusión

Respecto de los criterios de exclusión, quedan definidos por Bassi como "la información (persona, documento, evento, contexto, caso, etc.) que, *cumpliendo los criterios de inclusión*, el/la investigador/a quiere dejar fuera de su investigación por alguna razón". (2015, p.387).

En el caso de esta investigación, se han establecido los siguientes:

- Personas con diagnóstico de trastornos psiquiátricos severos o discapacidad intelectual: Se considera que estos casos aportarían una complejidad que excede los alcances de una primera aproximación al fenómeno; las vivencias de personas asexuales con estos diagnósticos constituyen una arista específica del tema, que podrían abordarse con profundidad en investigaciones futuras una vez que se cuente con la base teórica para ello.

- *Personas que hayan pasado su adolescencia o parte importante de su vida en el extranjero:*

Dado que la investigación se centrará en generar conocimiento respecto de la construcción identitaria de las personas asexuales específicamente en el contexto chileno, se considera adecuado excluir del estudio a personas que hayan pasado en el extranjero períodos prolongados de su vida o años considerados clave para el desarrollo psico-sexual.

5.5. Técnica de producción de información

La investigación se realizará a través de la generación de Producciones Narrativas, técnica propuesta por Balasch y Montenegro (2003) que consiste en un texto co-construido y co-editado por investigador y participantes a partir de encuentros de conversación y discusión sobre el tema a abordar. La finalidad de la Producción Narrativa no es recopilar hechos, sino facilitar un proceso de reflexividad conjunta a partir del evento relacional. Por tanto, el texto resultante no persigue reflejar una realidad interna o externa, sino que constituye un diálogo en el que ambas partes se sitúan como sujetos productores de conocimientos (Biglia y Bonet-Martí, 2009) para exponer interpretaciones y tensiones sobre los temas tratados (Troncoso, Galaz y Valderrama, 2017). Esta aproximación permite desafiar la posición jerárquica tradicional entre investigador e investigado (García, & Montenegro, 2014); a la vez, resulta coherente con la visión del relato como performance relacional, ya que necesariamente implica una conexión situada, localizable y encarnada entre participantes e investigador (Balasch y Montenegro, 2003).

5.6. Técnicas de análisis de datos

Los textos obtenidos mediante la metodología de las Producciones Narrativas no se consideran como el reflejo de un proceso individual de organización de significados, sino como una construcción colectiva compleja que articula distintas posiciones localizadas en un contexto sociocultural particular, en un momento dado (Pujol y Montenegro, 2013). La Producción Narrativa no se considera material empírico, es decir, no son datos que deban ser sometidos a algún tipo de codificación sino un texto interpretativo, un producto en sí mismas. El trabajo que se realiza a partir de ellas consiste más bien en un ejercicio reflexivo en el que le investigadorx construye relaciones y conexiones a partir de las distintas posiciones de sujeto, incluyendo conscientemente la narrativa propia, con el fin de ampliar la comprensión del fenómeno (Gandarias y García, 2014). Esta disposición implica considerar las producciones narrativas como textos que se articularán y dialogarán en igualdad de condiciones con los discursos de la bibliografía teórica utilizada (García y Montenegro, 2014). En el caso de este trabajo, el proceso reflexivo sobre las narrativas se apoyará en una variación del método de Análisis Narrativo de Fraser (2004), siguiendo lo realizado en otras investigaciones basadas en la metodología de las Producciones Narrativas (Gandarias y García, 2014; García y Montenegro, 2014). Ésta consiste en la búsqueda de temas comunes y puntos contrastantes que emerjan en las narrativas a ojos del investigador, facilitando el diálogo entre las producciones narrativas y los planteamientos expuestos en el marco teórico. Este proceso no busca reducir las narraciones a unidades académicas administrables, sino más bien articular diversas posiciones de sujeto, elaboraciones e interpretaciones (tanto de la teoría como de las narrativas) con el fin de ampliar la visión del fenómeno.

5.7. Consideraciones éticas

Además de las consideraciones básicas de confidencialidad (consentimiento informado y uso de seudónimos si la persona así lo desea), el hecho de trabajar desde un abordaje narrativo obliga a reconocer la imposibilidad de posicionarse como una presencia neutral; el uso de la metodología de las Producciones Narrativas aborda este dilema al incorporar y apropiarse de la parcialidad del investigador, de los participantes y del conocimiento que se produce en la relación. (Balasch y Montenegro, 2003). También permite abordar y disminuir la disparidad de poder entre el investigador y los sujetos a los que acude para generar conocimiento, ya que en esta propuesta la persona no queda situado como objeto de un análisis ajeno sino como colaborador en una creación conjunta (García y Montenegro, 2014).

Finalmente, el texto de la Producción Narrativa será puesto a disposición de la Comunidad Asexuales Chile (con la aprobación de sus autores) para los usos que estimen convenientes.

VI. PRODUCCIONES NARRATIVAS

"Soy feliz como soy, y no siento que me falte nada"

Sofía (23, mujer cisgénero, estudiante).

(Converso por primera vez con Sofía en el patio de su universidad. Mi primera impresión fue que se trata de una niña alegre, simpática y extrovertida (aunque más adelante ella me dirá que se define como "ambivalente", a veces extrovertida y otras más reservada). Durante este y otros encuentros comparte sus vivencias y opiniones con gran desenvoltura y seguridad. Me da la sensación de que nada de lo que conversamos es tema nuevo para ella, que son cosas sobre las que ha pensado mucho y ya tiene un relato formado. Se toma muy en serio el proceso posterior de edición y hace varias modificaciones. Sigo viéndola a menudo en las redes de la comunidad, donde participa activamente).

La palabra asexual la conocí en internet como a los 15 o 16. Algo a vi en Tumblr, pero en ese momento no me identifiqué con ella, porque eso de la atracción sexual no era tanto tema para mí. Igual, cuando chica quería que me pasara, quería que me gustara alguien, y a veces me lo cuestionaba, porque había harta presión... digamos que había un compañero que me caía bacán, así que nos juntábamos, conversábamos hartito, y entonces mis amigas empezaban a decir "¡uhhh, te gusta!". Eso me confundía un montón, y empezaba a pensar "¿me gusta? capaz que me guste. ¿cómo sabe una que le gusta alguien? Si te cae bien un niño, ¿significa que te gusta?". Me hacía un enredo. Pero a mí por mi cuenta nunca se me hubiera ocurrido... era más bien el resto que machacaba con que alguien me tenía que gustar.

Como a los 20, ya en la U, empecé a pensar... ¿seré yo asexual? En realidad, no fue un proceso racional. Siempre estuvo ahí como una duda latente, hasta que me reencontré con esa palabra en un momento determinado de mi vida, decidí pensarme a mí misma desde ahí y simplemente hizo click, me hizo sentir bien. Esa palabra fue como un lugar donde me sentí auténtica, libre, cómoda, y dije "esto es". Fue rico encontrarme con la comunidad asexual, siempre me he sentido bien y cómoda ahí. Me siento afortunada de haber podido conocer desde joven la

existencia de la asexualidad, porque me ha facilitado forjar mi identidad. No me imagino cómo habría sido si no hubiera sabido que esto existía... yo nunca me sentí "defectuosa", ni que algo me faltara. Quizás sin ese conocimiento sí habría sentido que algo estaba mal conmigo, porque no hubiera tenido cómo validar lo que sentía ante el mundo. Pero tampoco es que me haya hecho esclava de esta etiqueta. La uso para validar mi experiencia en un mundo sexo-heteronormado, pero no voy a cerrarme en reglamentos sobre cómo tengo que sentir o mostrarme. Es súper tonto oprimirse una misma o a otros por una palabra que debería servir para todo lo contrario, para flexibilizar, para hacerle un espacio a una identidad particular, que es algo que siempre está mutando. La asexualidad no es un tatuaje, es solamente una categoría que habitamos como un lugar que nos hace sentir bien. El día en que ese lugar ya no me acomode voy a mutar, voy a avanzar hacia otra cosa.

Cuando decidí identificarme como asexual quise salir del closet y compartirlo con los demás. Para mí esto era muy importante, porque la gente asume por defecto que eres hétero y cis a menos que demuestres lo contrario. Bueno, a menos que asocien tu falta de pareja con la homosexualidad. Yo no quería que dejar que otros pensarán que soy hétero cuando no lo soy, lo sentía un poco como traicionarme. Necesitaba poner mi identidad en el mundo, porque quiero que los demás me entiendan como yo me entiendo a mí misma. Soy de las que cree que las palabras construyen realidad, y la palabra asexual me sirvió para poder narrarme a mí misma en lugar de verme sujeta a que otros me armen con palabras ajenas que no me representan. Si tengo palabras para explicarme mi vivencia de una forma que me acomode, también significa que puedo presentarle mi identidad a los demás en mis propios términos. Entonces quise hacer mía esta etiqueta y poder mostrar mi identidad: me compré el anillo negro⁴ como para declarar ante a mí misma y ante el mundo mi identidad asexual, y decidí contarle a mis cercanos. Con mi hermano ya había hablado, porque hacía un tiempo, cuando yo aún me estaba cuestionando, salió el tema y me preguntó "Y tú, ¿qué eres?". Le dije que quizás era asexual, y él asumió al tiro que así era. Con mi papá no hubo drama tampoco, solamente me preguntó que significaba eso. Se lo expliqué, me dijo "ah, ok" y nada más. Con mi mamá, en cambio, ha sido un tema. A mis papás se lo dije sin haberlo planeado, porque pasó que un día a la hora de la comida ella se puso a comentar un segmento que había visto en la tele donde hablaban de asexualidad. Empezó a ridiculizar la idea, diciendo que cómo va a haber gente que no necesita sexo, que sí o sí son personas traumatizadas, que de chicos algo les deben haber hecho, porque eso no es normal. Yo me enojé, y sin pensarlo mucho le dije que yo

⁴ En la comunidad asexual algunas personas usan un anillo negro en el dedo medio para señalar su identidad.

soy asexual, que no tengo ningún trauma y que nadie me hizo nada de chica. Y mi mamá... se fue como en negación. Ni siquiera lo racionalizó, no me dijo lo típico de que es una etapa o aún no llega la persona adecuada, simplemente hizo como si yo no hubiera hablado. Es una escena que se ha repetido en muchas ocasiones. Cuando he ido a actividades de la comunidad, o a la marcha del orgullo, es siempre lo mismo: "¿Y con quién te vas a juntar? ¿y esta gente es gay?", "No, mamá, son asexuales". "¿Y por qué te vas a juntar tú con ellos?", "Porque yo también soy asexual". Y así cada vez. Es como que me obliga a salir de closet una y otra vez, como si pensara que en algún punto el resultado será diferente. Creo que hay dos cosas que ella no puede aceptar: una, que no sea "normal", es decir, heterosexual. Es una persona muy conservadora, cualquier cosa que se salga del estrecho esquema de lo que considera aceptable la perturba en su ser. Y segundo, que no sólo no soy hétero sino que soy esta cosa rara que ni siquiera tiene un lugar en su mundo de significado. De hecho, creo que le habría costado menos aceptar que fuera lesbiana, porque aunque es algo "desviado" por lo menos es *algo*, está en su imaginario, está dentro de la lógica que ella puede concebir.

Ahora estoy en... algo con un chico, alguien de mi grupo de amigos. Me pasó lo mismo que cuando era chica: a mí nunca se me habría ocurrido nada más allá de la amistad, ni lo había pensado, pero un día un amigo de él me preguntó si a mí me gustaba, y eso me hizo cuestionarme si él andaba detrás mío. Yo seguí igual que siempre, pero él tomó la iniciativa, en un momento me dio un beso y pensé "por qué no, a ver qué pasa". De mi asexualidad estoy súper segura, pero con la orientación romántica ha sido más confuso. Antes pensaba que era arromántica; ahora me defino como gris. Ese proceso fue mucho más duro, porque ahí sí que me sentí defectuosa, como que hay algo muy importante que los demás tenían y a lo que yo no podía acceder. Si te defines como arro hay algo que dejas ir, una esperanza que sueltas; la idea del amor romántico, que está tan enaltecida en la cultura. Se supone que el amor romántico es sublime, que es superior a otros sentimientos y sensaciones. Se supone que es algo tan poderoso y noble que puede o debería ser superior a otros tipos de relación, como la familia o los amigos; moralmente se lo presenta de hecho como superior al sexo. Y eso me llevaba a sentirme... incompleta, como que me hacía falta algo que es maravilloso, superior, noble, una de las experiencias más importantes del ser humano. Identificarse como arro⁵ cuesta, se siente como aceptar un diagnóstico, porque conlleva el miedo a quedarse solo. Me costó caleta llegar a pensarme así, sobre todo porque siempre he sido muy de piel, de abrazos, de andar con les amigas de la mano o abrazada. Pero finalmente me di cuenta de que no estaba

⁵ Arromántica

sola, que mi necesidad de contacto humano estaba plenamente satisfecha con mi grupo social, mis amigas y amigos. Y ahora que ya le he dado una vuelta, pienso... ¿qué es esto tan importante que supuestamente me estoy perdiendo? Sólo el "fantasma cultural" de este discurso del romanticismo como algo superior que necesitas. Aun estando actualmente en una relación romántica, para mí sigue sin tener sentido la norma de que esa relación "tiene" que ser más importante que otros tipos de vínculo. No lo siento así, para nada.

Yo, con pareja o sin ella, soy feliz tal como soy y no siento que me falte nada.

" El problema nunca fue cómo era yo "

Emil (hombre cisgénero. 33, artista gráfico)

(Emil me pareció amable cuando lo conocí, pero también serio y con un aire algo melancólico. Tiene una voz suave y agradable, y habla de forma pausada, como eligiendo con cuidado las palabras. Mis notas de estas conversaciones son algo caóticas, pues el tema principal se mezclaba con largas digresiones en las que conversábamos sobre literatura o manga. Emil fue el único de mis coautores que, de forma muy natural, me fue preguntando por mi propia experiencia y opiniones. Me sentí muy cómodo con él. Al finalizar el proceso de edición le pedí escoger un seudónimo, y luego de pensarlo un tiempo escogió el de Emil, por el filósofo Emil Cioran).

Pasé mucho tiempo de mi vida asumiendo que era alosexual, en una posición muy, muy incómoda. Relacionándome desde la necesidad de ser normal, desde la carencia afectiva, y la idealización de las relaciones de pareja. Que en realidad no me llamaban la atención, pero por otro lado anhelaba. Eso era lo que siempre aparece en todas partes: en el anime, en las películas, la publicidad; los personajes se enamoran hasta las patas. Yo siempre quise que me pasara eso, pero nunca me he sentido así. Y entonces empecé a fingirlo, o más a bien a tratar de convencerme de que estaba enamorado. Pero no lo pasaba bien, y las personas con quienes estaba tampoco, porque no... no sentían desde mí esta sensación de enamoramiento, por mucho que yo trataba de transmitírselo. Aprendí a mentir y ocultar mis emociones gracias a mis modelos cercanos de masculinidad, y durante años me fue imposible hablar incluso pensar profundamente en mi desinterés sexual y romántico.

Como no me atraían sexualmente las mujeres, asumí que era gay y mi primera pareja fue un hombre. Estuvimos "juntos" intermitentemente desde mis 14 hasta mis 17 años, aunque no éramos pareja abiertamente porque vivíamos en un pueblo chico y creo que no entendíamos qué nos pasaba. Aun así, no nos libramos de sufrir un ataque homofóbico bastante brutal por parte de un hombre adulto. Después de eso me dije que quizás sí me gustaban las mujeres, porque me parecían lindas, aunque ahora he entendido que luego de esa situación traumática encontré en la heterosexualidad una zona "segura". Estuve 10 años manteniendo relaciones heterosexuales con distintas personas, pero la constante transversal es que eran malas relaciones, dramáticas, algunas muy tóxicas, sin que yo entendiera qué salía mal. En primer lugar, creo que porque en ese momento era incapaz de ahondar en lo que yo realmente sentía y me pasaba, no era capaz de autoanalizarme, de pensar en mí mismo porque cuando lo intentaba aparecían tantas cosas que tienen que ver con mi infancia en

un hogar violento, con mis años de depresión... entonces era demasiado doloroso. Tampoco tenía muchxs amigxs, o no sabía profundizar en la amistad. No tenía con quién hablar de estas cosas, no tenía un refugio.

Hace tres años terminé mi última relación de pareja y otra vez me dije no, parece que en verdad lo que pasa es que me gustan los hombres, por eso no logro tener una relación sana con mujeres. Volví a salir con varones cis y trans, y tampoco me sentía cómodo. Ya en ese tiempo había leído algo sobre asexualidad, pero no sabía que era un espectro tan grande, por ende lo había descartado.

Por esa época empecé a andar con un niño que me atraía intelectual y visualmente. En un momento dado, él me dijo: "yo creo que no estás enamorado de mí". Y tuve que reconocer que no sabía si había estado enamorado alguna vez en mi vida. Fue un momento doloroso. Pero gracias a eso me puse a buscar en internet y encontré esto del arromanticismo, y ligado a eso, la asexualidad. Me dije, ah, diablos... ¿será eso? Fue un alivio, porque me entregó una respuesta que necesitaba para calmar esa constante necesidad de definirme... en teoría no me gustan mucho las etiquetas, pero es algo que parece tan natural para los demás: yo soy lesbiana, soy heterosexual... y yo no calzaba con nada. Para mí era como una urgencia, algo de verdad muy importante. Ahora en retrospectiva creo que necesitaba nombrar mi experiencia para poder relacionarme interpersonalmente sin hacer daño y sin forzarme. Pensaba todo el tiempo, en cómo podía salir con alguien y expresarle cómo me siento sin que esta persona tuviera que averiguar de la peor manera que soy así o así. Creo que quería poner una especie de advertencia antes, poder decir "sabes qué, me pasa esto"... Era la sensación de saber que voy a estar contigo un mes, y al siguiente probablemente me voy a alejar porque no quiero contacto físico, que eso no me gusta, o que el interés se me quita pero no es que sea un trauma, ni locura, es sólo que... no sé. Yo sabía que era algo más, y necesitaba poder ponerle un nombre.

En la mayoría de mis relaciones, mi falta de interés por las relaciones sexuales fue tema. No es que no tenga deseo, puedo de vez en cuando imaginarme algunas cosas, fantasear y hablar de eso y quizás sentir ese deseo. Pero en la práctica, ahí, con una persona, no siento esa atracción o necesidad. No necesito el sexo, pero meforcé a asumir que así debía ser. Y es un problema, porque en las relaciones de pareja el sexo es sinónimo de cariño; que no me interesara se interpretaba como "no te importo". Y cuando logré decir que nunca había sentido atracción romántica por una persona y que nunca siento tampoco una atracción sexual, me hizo súper bien. Fue muy liberador poder hablarlo con mi última ex pareja. En esa relación me pasó mucho sentirme fome, penca, defectuoso. Ella no lo pasaba bien en lo sexual y me decía "necesitas cambiar, tienes que tomar la

iniciativa". Yo sabía que en el fondo no me nacía, pero intentaba hacer lo que se suponía que debía. Después, cuando pude hablar con ella y decirle que me considero una persona dentro del espectro asexual y arromántica, me preguntó de inmediato si en algún momento me había dañado, si me había sentido forzado o presionado por ella. Ella misma se respondió y dijo "es obvio que sí". Le respondí que sí, pero que no era su culpa. Yo tampoco sabía, no podía explicarle lo que estaba sintiendo, en ese momento no podía ni explicármelo a mí. Terminamos la relación, pero seguimos siendo los mejores amigos, seguimos viviendo juntos, conozco a su pareja actual y lo pasamos muy bien. Me siento más tranquilo. Poder nombrar esa vivencia y conversar sobre ella me ha facilitado un montón las relaciones de todo tipo, la vida en general. Hoy en día tengo, muy de vez en cuando, encuentros sexuales con algún amigo... es algo muy conversado, simplemente yo sé que la otra persona lo disfruta y estoy feliz de hacerle sentir bien. A mí no me repele, no tengo nada en contra, pero tampoco es un acto que disfrute particularmente. Entre sexo y ver una película, prefiero mil veces la película. Pero a veces lo hago como demostración de afecto a esa persona, amigos que me conocen y lo entienden. Es súper distinto porque es mi decisión, no estoy presionado a nada. Para mí no es tan distinto de acompañar a un amigo, no sé, al cerro, o al mall. La asexualidad ya no me complica.

El arromanticismo fue más duro, porque era muy doloroso pensar en no poder sentir ese vínculo amoroso intenso que sabía que otros sentían, que de hecho otros habían sentido por mí y que no podía corresponder. Sentía que me faltaba algo imprescindible. Durante años me sentí defectuoso. Era terrible pensar que nunca iba a sentir eso que otros sentían, que nunca iba a alcanzar algo que yo creía que necesitaba, lo que experimentaban los personajes de los anime y manga con los que había crecido. Eran historias que me parecían tan hermosas y eso era lo que yo quería, porque todo a mi alrededor me decía que eso era la vida. Con el paso de los años esa sensación de estar dañado o incompleto incluso se incrementó, porque siempre me han gustado la literatura, la novela rusa entre otros, y ahí también aparece todo ese drama del amor sublime.. Creo que no sólo para nosotros, sino también para las personas asexuales hay una especie de... de obligación histórica que nos lleva a perseguir un tipo de relación de pareja muy tradicional, aunque te lleve a sufrir, aunque sea doloroso. Y se asume que así son las relaciones. Se asume como una certeza, bueno, voy a estudiar, voy a enamorarme y me voy a casar. Y cuesta asumir que quizás tu vida va por otro lado. Hay una ficción que la gente se ha sentido obligada a seguir. Nos sentimos obligados a amoldarnos. Y nosotros, los diferentes, en particular los asexuales, terminamos sacrificándonos por nuestras parejas, o mejor dicho por encajar en esa normalidad... y a cambio entregamos nuestra tranquilidad, nuestra felicidad.

He vivido mucho tiempo con depresión, y he ido a varios terapeutas y psiquiatras. Y sí, fui patologizado por ser parte del espectro asexual, hasta que decidí que quería una profesional que supiera de estas cosas, o que al menos le interesara entenderme. Encontré una psicóloga LGBTTIAQ+, y ella fue la primera que normalizó esto, que me dijo que no tiene nada de malo, es parte de mi identidad. Ahora me atiendo con otro psicólogo que también es parte de la diversidad sexual, y ha sido bueno, muy empático. Con ellos descubrí la tremenda diferencia que hace una psicología más versátil, más abierta, más dispuesta a aprender y más empática.

Hoy me siento más cómodo conmigo y contento de no tener esos dramas. Disfruto la tranquilidad de ser más honesto. El problema nunca fue cómo yo era en ese aspecto, sino el haber tratado tanto tiempo de hacerme encajar a la fuerza en algo que no tenía nada que ver conmigo. Si en este momento conociera a alguien con quien me lleve muy bien, que fuera interesante, que le tuviera cariño, y esa persona quisiera tener una relación conmigo, yo no tendría problema en probar, aunque no es algo que esté buscando. Tendría que estar todo bien conversado, eso sí, habría que hablar de esto, porque no estoy dispuesto a lidiar con el drama de mantener una relación incómoda.

Me duele un montón haber sufrido tanto durante tanto tiempo y también haber hecho sufrir a otras personas, sólo por no haber sabido antes cómo ser más honesto. Por qué no pude buscar mejor la información, por qué no me esforcé por buscar un psicólogo que pudiera ayudarme con esto. Por qué me demoré tanto en algo que era tan importante. Perdí muchos años de tranquilidad y le quité tranquilidad a otros por no hacerme cargo, por esperar a de verdad hacer crisis. Todo ese tiempo lo pasé tratando de acomodarme a las etiquetas que conocía, buscando en ellas un lugar para mí: parece que soy gay, no, heterosexual, soy bisexual, en realidad parece que soy pansexual. Este camino fue tan largo y tan difícil, y me seguía faltando algo... que es la piedra fundacional de mi identidad, finalmente.

Es tan extraño mirar atrás y pensar que cuando más joven me sentía incompleto, defectuoso, como si me faltara la capacidad de sentir lo que se suponía que era la cúspide de la experiencia humana. Hoy veo que como artista, como lector, al escribir yo mismo y también en otro tipo de relaciones no sexuales y no románticas, he experimentado auténticas, intensas y hermosas conexiones con otros. Y eso no lo cambiaría por nada.

" Estás a salvo sólo mientras te mantengas invisible"

Dante (hombre cisgénero, 23, ingeniero)

(Dante fue el primero de los participantes con el que me reuní. Es amable y parece algo tímido. Su apariencia concuerda con su edad, pero se expresa con una formalidad poco común para sus años (al menos, en mi experiencia). Muy articulado, cuenta que le gusta estar informado y siente curiosidad por varias áreas del saber. Aunque al principio se ve algo tenso, terminamos conversando con bastante soltura.)

Aunque siempre fui retraído, de chico no me sentía diferente al resto. Pero en la adolescencia el tema del sexo empieza a salir en todos lados con tus pares, y a mí no me pasaba nada. Me di cuenta también de que lo esperado era que uno tuviera relaciones. Y no creo que me afectara, pero sí me causaba curiosidad eso de que el resto pensara que si no tenías sexo eras menos que el resto. Lo encontraba raro, pero nunca me importó. supongo que porque desde chico nunca me ha importado mucho lo que piense el resto de mí.

A la edad en que otros se definían, yo no tenía en realidad las palabras, los significados para hacerlo. No tenía idea de que se podía ser asexual, no sabía que eso existía. Nunca lo vi en la tele, nunca me pasaron en el colegio ni vi en ninguna parte algo que no fuera uno de dos polos opuestos: homosexual o heterosexual. Eso sería todo. Sabía que a mis compañeros les importaba tanto que ocupaban de su tiempo y energía física o mental en eso, pero a mí no me interesaba. Yo juego mucho en línea, y también me di cuenta de que en esas comunidades el tema del sexo es potente. Por ejemplo, usan mucho el término virgen como insulto, lo peor que te pueden decir. Hasta entonces a mí nunca se me hubiera ocurrido que eso fuera algo malo.

Por suerte, nunca me ha importado mucho el qué dirán, entonces el saber que era diferente nunca me afligió. Pero me causaba curiosidad, me preguntaba por qué eso que le pasaba a todos los demás no me pasaba a mí. Así fue como encontré un artículo online que hablaba de distintos tipos de orientaciones, y encontré términos que nunca había oído y que para mí tenían mucho más sentido que la simple división homosexual/heterosexual. Entre ellos, la asexualidad y todos los grados intermedios del espectro, como la grisexualidad. También hablaba de los distintos tipos de atracción, y de todo esto que afortunadamente no es sólo blanco o negro.

Así me incorporé a la comunidad, porque me gusta la ciencia, me gusta leer para informarme. Sabía que todo esto es un campo relativamente nuevo del conocimiento y no podía quedarme con "ya, leí esto en internet y debe ser cierto". Quería conocer otras personas asexuales, conocer sus experiencias para validar que efectivamente esto era así como lo había leído, una orientación y no una patología o algo malo. Aunque en realidad, incluso si alguna ciencia lo catalogara así, esto no es algo que me afecte en mi vida diaria o me cause malestar.

La única vez que mi asexualidad me ha hecho sentir mal fue cuando estuve en una relación con otra persona. Nos llevábamos súper bien en todo lo demás, aunque éramos muy distintos, pero ella era... ni siquiera simplemente alosexual, sino ya con tendencia a la ninfomanía. Bueno, eso. Yo le dejé claro muchas veces que era *ace*⁶, porque en ese momento ya tenía clara mi identidad. Ella ni sabía qué era eso y nunca logró entenderlo. Tenía la expectativa de que algo pasaría igual, de que yo cedería o me darían ganas. Y lo intenté, de verdad lo intenté, pero no puedo. No sé por qué, pero simplemente no puedo tener relaciones con otra persona, no es que me dé repulsión, simplemente no me pasa nada. Como a la cuarta vez que dormimos juntos y no pasó nada ella se enojó, se puso a llorar. Se sentía fea, poco deseada, y yo me sentí pésimo. Obviamente eso deterioró la relación. Luego de eso, decidí que la próxima vez que me involucre con alguien voy a cortar la relación de inmediato si empiezo a darme cuenta de que la otra persona no entendió lo que implica que sea asexual. Porque no es la idea hacerle daño a una persona... yo me sentía así. Sé que no hice nada malo, pero igual siento que fui yo quien le hizo daño.

Llegar a identificarme como asexual fue súper importante porque encontré una comunidad y pude leer los testimonios de otrxs, ver que sí hay gente que se siente oprimida. Afortunadamente nadie nos va a pegar o matar en la calle por ser asexuales, pero hay muchas microagresiones que se viven día a día. A mí no me hacen sufrir, pero puede ser difícil no poder presentarte ante el mundo tal como eres porque la reacción es de burla, de ridículo, de que eres inferior por no "ponerla". Estás a salvo sólo mientras te mantengas invisible. En el momento en que sales a la luz te expones a la burla, la incomprensión o los insultos. A la gente le enoja que seas diferente, que digas que eres algo que no entienden.

Para mí, el problema de las etiquetas es que muchas personas que se identifican con ellas dejan de ser ellos mismos, se limitan como personas porque se sienten obligados a calzar en esa definición. Lo mismo con otras personas, corres el riesgo de que te reduzcan a esa etiqueta. "los alo, los hétero"... son grupos gigantes de gente, cómo vas a ponerlos en categorías rígidas. No soy muy

⁶ Ace equivale a decir asexual

fan. Pensarme como asexual me ayudó mucho a entenderme a mí mismo, pero creo no es bueno sobreidentificarse con esa etiqueta ni ninguna otra, porque es permitir que se conviertan en prisiones. Lo que se necesita es un término abarcativo que nos permita reconocernos y darnos a conocer, enseñarle al mundo que nuestra experiencia existe, que la gente sepa lo que es, que es el problema que tuvimos muchos. Que sea algo que se pueda nombrar. Por eso intento también educar, explicar de qué se trata esto a mis parejas, amigxs, familia... pero en general piensan que es una etapa, o que estoy confundido. Mi mamá no me antagoniza, aceptó la explicación que le di la primera vez que salió el tema, pero aun así cada vez que salgo me dice que use condón. Con mi papá no me dan ganas de hablar porque es conservador, machista y homofóbico; sé que no importa lo que le diga, es terco y su opinión sería que esto es malo, que no es natural, que no es de hombre. No lo va a entender. Con otras personas, por ejemplo en internet, sí tengo la disposición de explicar, de educar, pero siempre que sienta que vale la pena. Hay *settings* tóxicos en que uno sabe que esa persona en verdad no le interesa entender. Y en verdad, yo no siento que necesite declararle a todo el mundo lo que soy. No sé, creo que mi identidad, la idea que yo tenía de mí mismo, no cambió por poder ponerle nombre a mi experiencia. Fue como... satisfacer una curiosidad, decir: "ah, así que esto existe, es algo".

Yo creo en la ciencia, en el método científico, en los datos y los hechos. Sin embargo, en cosas como ésta veo difícil que se pueda demostrar con datos duros, científicamente, que la experiencia de alguien en algo tan personal sea o no "normal" o "válida". Al final mi criterio es que, si no hago daño a nadie, el resto debería respetarme. Pero la gente reacciona con rabia, exigen que tú te adaptes a los límites de su mundo. Como que les da miedo salirse de los parámetros rígidos de la lógica binaria, de lo conocido, lo que consideran "normal". Por eso me gustaría que hubiera más educación sobre la diversidad, que le enseñaran a uno desde el colegio que no hay sólo dos extremos posibles, hétero u homosexual; ni siquiera digo que profundicen tanto, solamente que se abra la idea de que esas no son las dos únicas posibilidades, de que hay gente que puede identificarse de muchas maneras diferentes. Que no hay sólo hombres y mujeres, que existen identidades que se escapan de esas dos categorías cerradas. Si se hiciera así la reacción ante alguien de la disidencia sexual o de género sería distinta, más natural, porque todos sabrían que es una posibilidad. Pero tal como son las cosas, creo que a los grupos como el nuestro les sirve agruparse en esta etiqueta para poder ponerse en el discurso, para poder validarse ante sí mismos y decir "esto me pasa", para reconocerse y también decirle al mundo que nuestra experiencia existe. Que no es un invento, ni una moda, ni una etapa, ni un defecto.

"Mi asexualidad no es un problema para mí, pero parece que lo es para otros"

Mariana (23, mujer cisgénero, estudiante)

(Mariana, una niña menudita de mirada intensa, fue directo al grano desde el primer momento. Me llamó la atención desde el principio la energía que ponía al hablar, la forma apasionada en que se refería a su carrera cuando le pregunté por ese tema. Como más tarde ella misma me confirmó, pensé que al parecer esa misma pasión le pone a todo lo que le interesa. Y le interesaba contar su historia. En las conversaciones con ella intervine pocas veces: daba gusto escucharla, y eso fue lo que hice.)

En el colegio siempre fui la nerd, la friki. Me hacían bullying porque no encajaba: era la mejor del curso y no tenía interés en arreglarme, ni en hablar de minos, que era lo que dominaba las conversaciones de mis compañeras. Sentía que a ellas les enojaba que no intentara encajar, que no tratara de ser como ellas. Siempre trataban de llevarme para ese lado, me presionaban para que me maquillara, para que me alisara el pelo, especialmente para que me depilara. A mí no me interesaba, y también había en eso un acto de resistencia. Cuando veían que frente a su insistencia yo me aislaba más aún, más hostiles se volvían. Era algo así como: "si no eres como nosotras pagarás las consecuencias". Me decían "lesbiana" como si fuera un insulto, me decían "la niña mono" por no depilarme. Con los hombres del colegio tampoco me gustaba relacionarme, porque eran súper brutos. Vivían pegándose, escupiendo al suelo, como una caricatura de la masculinidad.

De chica nunca me gustó nadie, ni hombre ni mujer. Una vez recibí una carta de amor muy bonita, que venía de una compañera. Me gustó mucho, pero le contesté que estaba enfocada en otras cosas. En realidad yo vivía en un mundo aparte, me gustaban los idiomas, la historia, el estudio, soñaba con irme a vivir a Alemania. Nunca me creí mejor que mis compañeros, como ellos quizás pensaban, pero sí diferente. Hasta los profesores me decían constantemente que tenía que "adaptarme al curso". Alguna vez pensé que hasta cierto punto el resto fingía interés en el sexo para hacerse los bacanes, porque era algo que no entendía en absoluto.

Conocí la palabra asexualidad googleando, cuando aún estaba en la media. Creo que googlé "no me interesa el sexo". No pensaba que hubiera algo mal conmigo, en realidad, porque a esas alturas ya tenía compañeras que estaban embarazadas o eran mamás. Estaba en un colegio

vulnerable y sabía que estaba en desventaja, así que le dedicaba toda mi energía al estudio y no veía mi falta de interés en lo sexual/romántico como algo malo. Pero sí me intrigaba un poco no ser como el resto... en un aspecto que además es omnipresente, la cultura te bombardea por todos lados con el romance y el sexo para hacerte saber que todos "deberíamos" querer alcanzarlos.

En mi familia son muy conservadores, moralistas y machistas. Con mi mamá era cercana cuando niña, pero desde la adolescencia me alejé por eso mismo. Mi papá es un hombre de campo, no tengo la confianza para hablar de estas cosas con ellos. En la casa nunca se habló de educación sexual, ni diversidad, ni nada por el estilo. Cuando tuve la menstruación a los 11 años mi mamá me dijo: "ahora ya no puedes bajarte los calzones". Eso fue todo. Nunca hablé de mi asexualidad con ellos ni pienso hacerlo... ¿para qué? Para ellos eso no existe. No me interesa explicarles ni lo creo necesario. No lo entenderían, creería que tengo un problema, o dirían que estoy mintiendo para ocultarles lo que "realmente" hago. Su mayor temor en la vida es que quede embarazada. Una vez, siendo ya universitaria, un amigo me ofreció que alojara en su casa para poder ir a un concierto. Se me ocurrió pedir permiso en la casa y quedó la escoba. Mi papá se indignó y me trató de prostituta; mi mamá me dijo "cuida tu prestigio de mujer". Esas palabras nunca se me olvidaron. "Cuida tu prestigio de mujer". Esa frase inició un proceso de deconstrucción tremendo: me di cuenta de muchas cosas, repensé todo lo que me habían enseñado en la casa.

Mi primer pololeo fue a los 19, duramos como 2 meses y terminamos porque lo único que él quería era tener sexo y me presionaba mucho. Yo sí siento atracción romántica, pero tiene que ser alguien que conozca, tiene que haber un vínculo previo. Mi pareja actual es mi segundo pololo, llevamos un par de años juntos. El no es asexual, y desde el principio le conté cómo eran las cosas para mí. Una vez intenté tener sexo, pero me sentí muy mal, muy, muy incómoda. Y en eso quedó. Soy pegote, me gusta regalonear, abrazar, lo lleno de besos, le hago masaje, caricias... somos bien de piel. Nos proyectamos juntos, tenemos intereses comunes, podemos hablar de todo. Y como que al resto le cuesta creer que somos felices... un amigo me dijo una vez "¿cómo puedes negarle el sexo, cómo puedes hacerle eso?". Me dejó atónita. ¡Yo no le estoy haciendo nada! Él está conmigo porque quiere, desde un principio le conté que soy asexual y él me aceptó así. Si en algún momento le complica, no está amarrado.

En otra ocasión, fui al psicólogo porque estaba viviendo una situación muy compleja con mi familia y a la pasada mencioné que soy asexual, sólo como ejemplo de las cosas que mi mamá no sabe de mí... y el terapeuta se quedó pegado en eso, no le cabía en la cabeza que fuera asexual y menos que tuviera pololo. Me dijo que obligatoriamente tenía que tener algún grado de "pulsión" porque no tenerla era patológico para el organismo, a nivel genital, de hormonas. Me preguntó mil

veces si mi pololo estaba de acuerdo, quería mandarnos a terapia de pareja. Y yo quería decirle ¡Oiga, no vine por esto! La estaba pasando mal, tenía un tremendo problema familiar, y él insistiendo en cosas que para mí no son problema. No volví a ir, pero me hizo sentir pésimo y logró durante un tiempo instalarme algo así como una duda... si te lo dice un profesional, alguien que se supone que sabe de lo que está hablando... ¿sería que de verdad había algo mal conmigo o con mi relación? Por un momento dudé que mi pololo fuera feliz conmigo.

De todas formas, puedo empatizar con las personas que no logran entender la asexualidad, incluso con los que reaccionan mal, los que nos ridiculizan y nos niegan. La idea de que todo gira en torno al sexo, de que lo necesitas para ser feliz, para ser exitoso, para amar y ser amado es algo que está tan presente en nuestra cultura. Pero si a cada rato aparece en internet o en la tele difusión de supuestos estudios, de los que nunca citan la fuente, que aseguran que tener más sexo te hace vivir más, que las personas con más actividad sexual son más felices... al final te ponen la idea de que el sexo es lo que te hace humano. Entontes la posibilidad de que haya asexuales hace que se te derrumbe el mundo. Esas reacciones son una defensa, porque si lo admitieran tendrían que replantearse hartas cosas... cosas en las que quizás han basado su construcción de identidad.

Para mí fue súper bueno haber encontrado esta etiqueta: me permitió encontrar un comunidad, gente que tenía la misma experiencia que yo. Desde ahí podemos tratar de hacer oír nuestra voz, mostrar que existimos, buscar un poco de representación. Actualmente no hay nada. Apenas empieza a haber representación en los medios de la disidencia sexual más clásica, los gays, los trans. Y sigue siendo problemático, hay harta gente que se enoja y dice que es "agenda". Pero es simplemente reflejar la normalidad del mundo, estas personas existen. Nosotros también.

Lo malo es que no sé cómo se podría representar la asexualidad sin caer en estereotipos... la de una persona fría, "autista", que no se relaciona con nadie. Nuestra visibilización es más difícil porque se trata de algo que NO sentimos. No tengo una respuesta, en verdad. Solamente sé que somos personas normales, y en esta sociedad hetero-sexista eso significa que todo el mundo asumirá que somos heterosexuales y cisgénero a menos que digamos algo... e incluso si lo decimos, puede que no nos crean. ¿Y cómo uno demuestra algo que no siente o no hace? Mi asexualidad no es un problema para mí, pero parece que lo es para otros. A otros le complica y tengo que ponerme a explicar y defender mi vivencia.

Yo soy lo contrario del estereotipo que otros podrían tener: súper amistosa, alegre, extrovertida. Con mis amistades y la gente que quiero soy muy intensa, cariñosa, vivo pendiente de ellos. Con amigos hetero he aprendido a moderar eso, y a tener en cuenta que no siempre puedo ser tan libre con mi afecto porque puede malentenderse. Con un amigo tengo lo que en la comunidad

asexual llaman arrobamiento, es decir, un afecto muy intenso pero no romántico hacia una persona. Es algo que creo que a otros les cuesta entender, rompe con las lógicas de cómo "debería" ser una amistad. Quizás el psicólogo tenía razón y mi pulsión sí existe, pero está puesta en mis amigos y mi pega, que me apasiona.

Creo que el amor está banalizado y manoseado. Se ha convertido en algo súper maqueteado, "tienes que sentir esto, tienes que hacer esto otro". Hay un guión súper rígido sobre lo que se supone que debes sentir, cómo se supone que debe ser. Para estar enamorado deberías sentir mariposas, fuegos artificiales, deberías sentir pasión incontrolable. Pero cuando estoy con la persona que amo yo sólo siento paz, calor, me siento segura... siento que todo va a estar bien. ¿Lo que siento por él no es amor? Somos felices juntos, tenemos planes para el futuro, nos entendemos como nadie. Él va a todas conmigo, me dice "si tú quieres viajar, estudiar afuera, yo voy donde estés". ¿Y eso no es amor?

"No niego que esto de la asexualidad aún me angustia"

Sebastián (hombre cisgénero, 28 años, ingeniero mecánico)

(Intenté conservar aquí lo mejor posible la forma de hablar de Sebastián, muy espontánea y característica. Me reí cuando en algún momento dijo "yo soy un weón muy normal", porque a primera vista lo parece; pero a poco andar aparece una capacidad de apertura muy poco comunes en los hombres de su edad, y también una gran capacidad de mirarse a sí mismo. Si pienso en una imagen para Sebastián, lo veo en el límite entre dos planetas diferentes, con un pie en cada uno. No editó mucho cuando llegó esa etapa del proceso; me dijo que le gustó el texto que redacté, y añadió: "lo leí y dije puta, sí, así hablo yo").

Hasta hace dos años yo tenía una vida "normal", como te predicaban desde chico: tenía mi pega, mi mujer con la que estuve en pareja 7 años, mi hija que hoy tiene 6. Trabajo, pareja, familia. Con mi ex desde hace tiempo casi no teníamos relaciones o eran medio obligadas, como porque se suponía que había que hacerlo, no más. Yo creo que a ella le debe pasar algo similar, debe ser medio asexual, o no sé, al menos cuando estaba conmigo. Como ella era la que se levantaba más temprano, yo dormía con nuestra hija. Fue hartito tiempo, y en verdad no me importaba nada, yo estaba feliz de dormir con mi niña.

Nos separamos, y ahí cambiaron hartas cosas. Me ha costado volver a ser soltero siendo papá, además de que la relación con mi ex empezó cuando yo tenía 18 y fue muy larga, así que ahora soy otra persona súper distinta. Empecé a conocer gente y me di cuenta de que no me atraía lo que le atrae a la mayoría de los hombres, que es conocer a alguien sólo para sexo, algo de una noche. Pensé que a lo mejor estaba enfermo, que tenía un problema, porque tenía esta idea medio animal de que uno como hombre tenía que ir a buscar eso no más. Pero resulta que yo no era así. Fue una sorpresa porque antes nunca me lo había planteado, no me había cuestionado si yo quería o no. De adolescente creo que sólo cumplía con cómo se supone que debía ser un hombre, estaba como configurado para eso sin pensarlo mucho. Eran acciones que no tenían que ver con mi esencia, era algo construido porque me dejaba llevar por los amigos y esas cosas. Y tampoco sabía que hubiera posibilidad de ser diferente.

Fui al psicólogo porque después de la separación me sentía apagado, estuve súper bloqueado emocionalmente porque mi ex pareja estuvo a punto de irse a vivir lejos con mi hija y esa weá... uf, me partió, me partió. Y yo soy de guardarme las cosas, entonces fue tanto lo que reprimí

que me bloqueé y mejor no sentía nada. Y bueno, esa psicóloga me ayudó a enfocarme en mí y a conocerme. Empecé a hacer cosas que antes no me atrevía a hacer por weón, o por lo que fuera. Empecé a teñirme el pelo, cosas así. No llegamos a tocar el tema de la sexualidad. Pero el padrino de mi hija es gay y también gracias a él seguí abriendo más la mente, pude pensar que había otras cosas. Él me habló de otras cosas, como la pansexualidad. Y así googlé y me di cuenta de que claro, po, hay muchas cosas más.

Otra cosa que empezó desde antes a facilitar ese proceso de autoconocimiento es que a los 24 empecé a fumar yerba. Desde hace tiempo fumo todos los días. Eso me permitió darme cuenta de algunas cosas... me concentraba, hacía introspección. Y me di cuenta de que yo no disfrutaba de mí, que estaba muy volcado a depender de los otros, a vivir para afuera. Y eso afectó también mi vida de pareja, empecé a mirarme más, a cambiar algunas cosas, a querer mi tiempo. Y bueno, siento que la marihuana también me deja más calmo hormonalmente. En ese tiempo iba a al psiquiatra, y los psicofármacos me hicieron pésimo. Cuando empecé a fumar hierba me di cuenta de que me hacía mucho mejor que los medicamentos. No me dejaba aweonao, no me alteraba el sueño. Me da lata contar esa parte porque es como que todos van a atribuir lo de la asexualidad a eso. Yo... mmm... siento que hay parte que no tiene que ver con eso y parte que puede ser. Es cierto que la yerba me calma, es cierto que me apaga un poquito, aunque en el buen sentido, me agrada. Pero hay un montón de gente que fuma tanto o más que yo y no es asexual.

Bueno, en esto de sentirme diferente después de la separación y querer reflexionar también empecé a explorar con otras drogas. He consumido hongos, LSD... y todo eso me ha ayudado a pensar que existe otro tipo de relaciones... he podido cuestionar esto tan incrustado que tenía de que todo tiene que terminar en sexo. Ahora si salgo a bailar salgo solamente a eso. Antes yo no tenía incorporado que uno puede buscar otro tipo de contacto, un abrazo desinteresado en la buena onda, acercarse simplemente porque el otro es un ser humano, sin buscar algo más. Eso como que se desbloqueó, o se creó, no sé, con esas experiencias.

Aunque descubrir la asexualidad me hizo sentir libre, porque ya no es a mí no más que me pasa esto y ya no es necesariamente algo malo o un problema, también me da lata tener que encasillarme en algo para sentirme normal. En verdad le he dado hartas vueltas, me di el trabajo de decir, a ver, ¿a lo mejor es que me gustan los hombres? por no, en verdad no va por ahí. Puedo apreciar la belleza de un hombre pero tampoco me pasa nada. Y sobre otras posibilidades, tampoco tengo mucho tiempo de salir, probar y explorar qué me pasa con esto y con esto.

Por el momento, creo que he logrado romper con este mandato del macho que no entiende que te juntes con una mujer y sólo vayan a tomar un helado como amigos. He dejado amigos por

eso. La mayoría de mis amigos no sabe nada de estas cosas, de la diversidad, qué sé yo. Vivo en una comuna que siempre ha sido rural, puros huasos, donde es difícil explicar estas cosas. Trato de irlo proyectando en las conversaciones para que cachen que soy un poco distinto a lo generalidad... pero es raro andar mostrando el currículum, yo soy así o asá. Me cuesta encontrar otro que se parezca a mí. Y no niego que lo de la asexualidad aún me angustia... siento que de parte del género femenino igual está expectativa de que si uno sale tiene que terminar en sexo. Y no sé cómo abordarlo, no es algo que uno debería andar explicando, pero está esa tensión. No sé cómo explicarlo, cómo decirle a una mujer que soy una persona que necesita un vínculo antes de empezar a pensar en pasar a otra cosa.

Estoy arriesgándome un poco a identificarme como asexual por el momento porque no me gusta estar así, sin definirme. Me considero un weón concreto, no me gusta estar en el aire sobre qué quiero, quién soy... pero a la vez me cuesta comprometerme. No tengo idea de por qué puede ser, pero me cuesta decir ya, esto es, me voy a juntar contigo esta fecha y a esta hora... con esto es lo mismo, me cuesta decir "esto soy" y me incomoda andar así en el limbo porque siento que no avanzo, y con eso le dejo un mensaje a mi hija también. No me gusta no saber bien la weá que quiero. Por ejemplo, si una amiga me quiere presentar a su prima... puta, quiero pero no quiero. Por una parte ya sé cómo termina eso y no, po, qué lata. No me gusta perder el tiempo. Pero por otra parte sí me gustaría tener una relación. Algo distinto sí, no quiero esa relación culiá heterosexual normal... quiero compañía, cariño, poder conversar, que no se centre todo en el carrete, en el sexo. Pero por otro lado para eso necesito que la persona me encante y eso no me pasa hace uf, mucho tiempo. Tengo una barrera con las personas, me doy color, no hablo mucho de mis cosas. Pero me di cuenta de que para estar con alguien necesito confianza, vínculo, tener una conexión para abrazar y para conversar.

Quizás estoy medio bloqueado, quizás no me doy la oportunidad. Al principio era por recién haber salido de mi relación, pero han pasado dos años. Siento que eso ya está saneado, no es mucho tema, pero no he encontrado alguien con quien me haga sentido intentar algo, que me haga sentir algo diferente. Creo que cuando era más chico iba directo a buscar lo hormonal, la excitación, pero hoy ya eso no... no me llama la atención y mi cuerpo tampoco lo pide. Puedo ver una niña muy linda y no me provoca nada sexual. Antes sí, o creía que sí... en realidad no sé, no sé si era algo que realmente me pasaba o que yo me convencía de que me pasaba porque se suponía que tenía que ser así. Pero ahora así como algo mío algo interno... no, ahora no. Creo que antes era un poco forzado, como ya, tengo que estar con alguien.

Me agrada el romanticismo, pero es algo que confunde, igual. O sea, para mí no todo tiene que terminar en sexo, pero si das esas señales, si haces cosas románticas, como que creas una expectativa, po. En eso yo creo que las mujeres lo tienen más fácil para poner un límite, pueden decir : "a ver, no, hasta ahí". Pero un hombre, ¿cómo hace esa weá? Yo al final también muchas veces me he visto en posición de decir ya, ya estoy ahí, llego hasta el final. Pero quedo... quedo como pucha, al final las cosas fueron así y yo no quería. Y ahí siento que me estanco de nuevo, o que retrocedo... no sé, no tengo claro cómo me siento con eso. Igual no es que pase tanto, evito esas situaciones. Con una compañera sí han pasado situaciones bien románticas que no han terminado en sexo. Y puede ser que haya sentido esa sensación de... de que bien en el fondo quizás sí quiero. No sé. Pero por otro lado no, estoy tan bien así. No sé si me da miedo... pucha, quizás un poco. Hay algo como... miedo a abrirse a alguien, porque eso siempre es una apuesta. Quizás tengo problemas con las confianzas. También, quizás me da miedo fallarle a mi hija. Nunca, nunca le he fallado, siempre he estado ahí para ella. Y siempre tengo la sensación de que no puedo poner mi 100% en nada de lo que hago, ni la pega ni nada, porque mi energía y mis pensamientos están con mi hija. Por ahora mi necesidad de cariño está súper llena con ella, pero claro, eso no va a ser para siempre.

También pasa que yo soy como...no sé, de esas personas bien rígidas y terminantes; antes decía, si me separo de mi pareja nunca voy a volver a tener una relación. Y esas palabras me pesan, recién ahora lo estoy deconstruyendo. Pero me pesan. Hay una parte de mí que dice... ya po, yo dije esto, y es como si tuviera que cumplirlo. Por eso también me angustia pensar en definirme de alguna forma, no sea que después se transforme en una sentencia.

Me siento distinto a la gente del grupo de asexuales, no sé bien en qué... pero no me identifico con la gente que habla en la comunidad. No en el tema de la asexualidad, sino en cómo son, en las cosas que les gustan. Como que todos son otakus, hay otros que son muy aislados... yo soy un weón más normal po, no respondo a ese estereotipo. A veces me sentí medio marginado en el grupo por el hecho de tener una hija. De todas formas me ha servido bastante para saber que hay más gente en esta parada respecto del sexo, y que hay muchas posibilidades diferentes de relacionarse. Trato de meterme a informarme, leer las categorías, que los demis, que los grises. A veces me marea un poco tanta subdivisión, pero trato de entender para explorar y descubrir lo que yo realmente quiero, más allá de la etiqueta.

No sé si esto será como una etapa... no sé.

"¿Cuál es el sentido de una etiqueta, si no me identifica?"

Max (persona de género no binario, 21, estudiante)

(Esbeltx y de apariencia andróginx, puedo imaginarme fácilmente a Max como un personaje de videojuego. Al redactar la producción narrativa lamenté no tener más arte para poder plasmar su manera peculiar de expresarse, la forma en que usa las expresiones faciales y las inflexiones de su voz para dar énfasis o intención a las palabras. Desde el feminismo hasta el anime, la impresión general que me llevé de Max durante todo el proceso es la de alguien divertidx e interesante, que tiene mucho que decir y nada de pelos en la lengua).

Empecé a conocer todo el tema de la asexualidad por el Tumblr, típico, como a los 16. Creo que el internet y el inglés te abren harto las puertas para encontrarte con este tipo de contenido, porque en lo virtual es donde más se están hablando estas cosas. Yo me encontré con el tema por casualidad, no es que haya andado buscando explicaciones ni nada porque en verdad para mí esto no era un problema. No me gustaba nadie, no me interesaba estar con nadie, yo vivía feliz así, no pasaba nada. Obviamente a veces sí decía "ah, sí, sí, me gusta ese niño", porque todo el mundo espera que te guste alguien y hay que decirlo para que no te molesten más, pero no era más que eso. No pensaba mucho en eso, a lo más como "bueno, ya me tocará", porque eso es lo que dice la gente, no sé, pero no me aproblemaba. Creo que la he tenido súper fácil, nunca me han acosado ni me sentido forzadx a estar con alguien, ni me he visto en situaciones malas. Sí me he sentido diferente, obvio. A mí muy joven me dijeron que era asperger, y no me gusta nada etiquetarme, pero hay rasgos de ese diagnóstico que siento que sí me representan, entonces, bueno... será por eso, no será por eso... supongo que nunca me ha parecido taaan raro sentirme un poco diferente de los demás.

El año anterior yo había tenido temas de salud mental, un episodio depresivo cuático, una crisis, y fui al psicólogo, alguien muy bacán que pertenecía a la Escuela Transdisciplinaria de Sexualidad. En ese momento mi tema era el género, en realidad. Aún no me identificaba como no binarix, era súper complicado, me estaba cuestionando hartas cosas. Entonces, hablando de eso, me

preguntó por la sexualidad. Yo le dije bueno, en realidad no sé, nunca me ha gustado nadie, no me ha pasado. Ahí él me dijo que había visto una charla de alguien de Asexuales Chile y me contó un poco. En ese momento quedó ahí, pero un día me encontré en uno de estos post de Tumblr con esta palabra, asexual... los típicos post del tipo " ¡uy, hicimos banderitas!" o videos donde explican de qué se trata. Y dije "ah, mira... como que me suena".

Hay un punto en que todos los demás adolescentes a tu alrededor están súper preocupados de a quién le gusta quién y quién se ha acostado, pero para mí no era drama. La gente con la que yo interactuaba en el colegio en el colegio no eran los niños "populares" que pololeaban y que ya se habían acostado. Con mis amigos hablábamos de juegos, de monos chinos, ese tipo de cosas. Era un mundo un poco diferente, aunque igual entre ellos se daba eso del típico niño gamer, "UwU, ¡no tengo polola, a las niñas no les gusto porque no soy popular!". A ellos sí les preocupaba el tema, lo que pasa es que no les resultaba mucho. Yo en el liceo sí usaba falda, no me reconocía todavía como no binarix, pero tampoco era la persona más femenina del mundo, así que supongo que tampoco entraba en esa ecuación para ellos.

No es que yo carezca en absoluto de deseo, porque el *drive* quizás está, pero de pensar yo en acostarme con alguien... no, eso no me pasa. No siento esa atracción sexual hacia otras personas. No es que el sexo me parezca asqueroso, me da lo mismo, pero simplemente no... no me nace, qué paja. No es algo necesario para mí, sería un tremendo esfuerzo. Supongo que si apareciera alguien que me interesara lo suficiente podría valer la pena hacer ese esfuerzo de intentarlo, pero no es algo que me salga natural. Es como... ir a esquiar. Demás que es agradable, que hay gente que le encanta, y si se diera quizás sería una buena experiencia, pero yo puedo vivir perfectamente feliz sin haber ido nunca a esquiar. Para el resto de la gente es como un *savepoint*, uno de los puntos obligados y obvios que tienes que ir pasando en tu trayectoria de vida: tienes pololo, te acuestas con el pololo, etc. Es algo que la gente hace... Les resulta tan natural, que creen que nosotros nos esforzamos por NO tener sexo, que es un asunto de voluntad. No les cabe en la cabeza que no nos interese o que lo veamos como un esfuerzo. Pero lo es, es hartito el esfuerzo que hay que hacer, sobre todo si tienes un cuerpo... *assigned female at birth*, es un leseo. Que preocuparse del peso, los rollos, que los pelos, qué paja. Pero para los hombres también corre, hay que estar pensando en la higiene, en los preservativos... No es algo como "pasé por delante de una tienda y se me ocurrió entrar", es algo que requiere preparación. Sé que para otras personas en un fenómeno tipo una cosa llevó a la otra y pasó, pero no sé... a mí me suena como un proceso más bien engorroso.

Atracción estética sí siento, puedo apreciar la belleza, el estilo de alguien, encontrarlx hermosx. Sobre todo en lo visual, como *eye candy*. Pero eso no me lleva ni a algo romántico ni

sexual, no está conectado con una necesidad o deseo de actuar al respecto. Lo disfruto como uno puede disfrutar una hermosa pintura, pero eso es. No soy muy de piel, si pienso en besos me da como *yiuk*. Es que un beso es como... baba, y... ¡dientes! Y bueno, nunca me ha gustado nadie, entonces cuál es la gracia... Creo que si no tienes esa conexión erótica o sentimental con alguien, el acto en sí en verdad es medio asquerosito

Para mí el poder pensarme fuera de la matriz binaria y sexo heteronormativa se dio como un proceso, no sé si hubo un momento particular de epifanía. Primero fue con el género, al principio pensé que quizás soy un hombre trans, algo así... pero en realidad no me encontraba en esa definición tampoco. Empecé a conocer otras etiquetas dentro de lo no binario, *demi-boy*, *demi-girl*, *gender fluid*...Y mmmm, no, porque pensarlo de cualquiera de esas formas implica primero establecer dos polos opuestos muy definidos, masculino/femenino. Yo no creo que esto esté tan dividido tan claramente. Para mí *gender* es *performance*, si las etiquetas no calzan con mi *performance*, no las uso. Si los géneros establecidos no me definen como persona, entonces para qué usarlos, no me puedo andar forzando a decir "sí, bueno soy mujer, pero no me gusta tal y tal cosa"... Cuál es el sentido de esa etiqueta, si no me identifica... es como una ficción. Por eso prefiero declararme como no binarix, no me identifico con los roles de género que aquí y ahora se le asignan a hombres y mujeres. Me gusta decir no binarix, como me gusta decir *queer*, porque es súper amplio, súper inclusivo.

Con la asexualidad creo que me cuesta más hablar de *performance*, porque en realidad... es una ausencia de algo. Lo alosexual está en todas partes de la cultura, entonces a menos que explícitamente lo declares... tampoco tiene que ver reaaaalmente con la presencia o ausencia de relaciones sexuales en específico, hay gente que no tiene sexo sin ser asexual y hay personas asexuales que sí lo tienen por la razón que sea. Es difícil pensar en la *performance* de una ausencia de sensación, se hace muy difuso. Y eso lleva a que nos veamos tragados por la cultura dominante y nos volvamos invisibles. Da la impresión de que uno no existe, o si existes es por algo malo. O estás agarradx con tu ex, o tienes un problema hormonal, o algo te pasó. Nunca es simplemente porque así eres y ya.

No soy muy fan de encerrarse en una nomenclatura demasiado específica, de clasificar hasta el más mínimo detalle. Estudio una carrera relacionada con la palabra, entiendo la importancia del lenguaje y toda la tontera... pero creo que es como un trauma, porque luego de haber aguantado tantos años las etiquetas encima, en el tema de género, de salud mental, ahora soy esa persona que dice "no que necesito estas etiquetas me determinen". Así que me defino como asexual, pero eso es, no necesito ninguno de esos otros apellidos. De todas formas, me gusta haber encontrado a la

comunidad porque es bueno saber que no soy un bicho raro, que esto no sólo me pasa a mí, no es algo que yo esté inventando, ni pura moda, sino que es algo que existe. Esos rollos me lo pasé a veces, con esto y con lo binarix también. Para eso me ha servido, me ha dado esa comodidad, esa *reassurance*... esa validación. O sea, una validación personal, porque lo que digan los otros me da lo mismo, que se vayan a la cresta, pero me sirvió para yo no pasarme más dramas pensando en qué pasaría si después resulta que conozco a alguien, etc. Y eso es todo lo que importa. Hay gente que por X razón nunca ha sentido la necesidad de cuestionarse estas cosas, y sé que yo no las voy a cambiar, así que mientras a mí me haga sentido, bien. Por supuesto que tampoco voy a aguantar transfobia ni malos tratos, pero no necesito que ellos me validen. Creo que eso viene de que nunca he sentido presión ni me he sentido juzgadx en mi círculo. En mi familia, mi mamá siempre trató de no presionarnos ni obligarnos a nada, nos deja ser, nos crió así.

Por lo mismo, no siento la necesidad de andar declarándole al mundo que soy asexual. Tampoco es que salgan mucho estos temas con la gente que me relaciono. La mayoría son gente parecida a mí, con ideas y prioridades similares. Me conocen y les interesa relacionarse conmigo por mí, no hay necesidad de andar explicando cómo unx es y no es.

" Me dolía y perturbaba la posibilidad de ser asexual "

Jasmine (mujer cisgénero, 28, traductora)

(Conocí a Jasmine el día 18 de octubre de 2019, cuando el caos empezaba anunciarse. pero ni ella ni yo sospechábamos lo que se venía. Llegó acompañada de su polola, que prefirió esperarla un poco más lejos, con los audífonos puestos, mientras conversábamos. Fue la única vez que la vi en persona, pero recuerdo su voz suavcita y un aire general de fragilidad y ternura. Ese día, en la noche, en medio de lo que parecía el fin del mundo conocido, me preguntó por whatsapp si había llegado bien, y creo que en ese acto queda retratada la impresión que me quedó de ella).

Conocí a mi polola cuando tenía 21. Ella es maravillosa, nos conectamos en un nivel súper profundo y especial. Me acompaña en todo, me entiende, y yo también quiero estar siempre ahí para ella. Fue mi primer beso, mi primer todo. Antes de conocerla nunca me había interesado pololear con alguien, en realidad. No pensaba que fuera diferente a los demás; yo siempre imaginé que mi deseo sexual era normal, porque mi libido está ahí, siempre estuvo. Nunca pensé que era asexual hasta que me di cuenta de que en verdad no me interesa tener sexo. Sé que es difícil de entender, pero es como que a alguien le guste el olor a café, le guste ir a las cafeterías a comer pastelitos porque hay rico olor a café, pero que a la hora de realmente tomar café no le guste el sabor. Algo así.

Aunque hasta entonces nunca me había gustado nadie en concreto como para pololear, sí sabía que me podía sentir atraída por hombres o por mujeres. Como a los 14 me definí como bisexual, y eso no fue tema, no me produjo ningún malestar pensar que me podían gustar las niñas. Mi mamá, en cambio, no lo aceptó. A los 20 le dije que era bisexual y ella lo bloqueó, como que borró que yo había dicho eso. Luego volvió a salir el tema y se enojó mucho, me dijo que eso era de gente confundida y promiscua. Y que si yo andaba con una mujer, no quería saber. Por eso nunca le he dicho de mi polola. Llevamos siete años juntas y mi mamá ni sabe que existe.

Al principio de nuestro pololeo, yo pensaba que quería tener sexo. Pensaba que me iba a gustar, pero a medida que nos íbamos involucrando más, había algo que no entendía... pensé que a lo mejor no lo estábamos haciendo bien, pensé que a lo mejor después de todo no me gustaban sexualmente las mujeres... fue terrible. Me cuestioné muchas cosas. Lo único que sabía es que en teoría algo me tenía que pasar, algo tenía que sentir, y no me estaba pasando nada. Sabía que tenía que querer, pero en verdad no me pasaba. Si estábamos en una situación que iba para allá, prefería

ver tele o conversar abrazadas. Pero como nunca antes había estado con nadie, entonces... era muy confuso, como que desde la cabeza y la racionalidad lo intentaba, de verdad quería que me gustara, trataba de querer. Creo que me costó aceptarlo, y durante un tiempo seguí intentando que esto fuera parte de mi vida, pero se fueron distanciando las veces en que intentábamos tener sexo por otras razones: estábamos estudiando, cada una vive aún con su familia de origen... no era fácil. Nos veíamos poco y yo prefería que pasáramos nuestro tiempo juntas haciendo otras cosas.

No fue sino hasta dos o tres años después que vi en Tumblr un post sobre asexualidad. Alguien que yo seguía en esa plataforma declaró que era asexual y explicó lo que significaba. Y se lo mandé a mi polola, no como forma de decir que yo era asexual, sino simplemente porque siempre que algo me llama la atención se lo mando. En ese momento no lo asocié conscientemente a mí. Quizás estaba un poquito en negación, porque trataba de no pensar en el sexo y en lo que en pasaba con eso. Hasta que un día me cayó todo de golpe y dije: a lo mejor sí soy asexual. Quise leer al respecto, pero no pude... empezaba a leer y me ponía a llorar. Y eso fue por meses. No podía, no podía leer sobre eso o hablarlo con nadie, ni siquiera con mi polola. Me dolía y me perturbaba la posibilidad de ser asexual. Era una sensación tremenda de culpabilidad, de mucha, mucha culpa al pensar en mi polola, porque entramos en esta relación sin saber esto, porque me dolía pensar en fallarle. No es que lo haya superado por completo, aún me pasa. Para mí es un ejercicio diario, de verdad tengo que hacer un esfuerzo consciente por no odiarme. Por eso me uní al grupo de Asexuales en Facebook. Necesito bombardearme constantemente de mensajes positivos que me digan está bien ser como soy, que no tiene nada de malo... Pero es muy difícil sentirlo y creerlo cuando se te rompen las expectativas de cómo se supone que iban a ser las cosas, de cómo son todas las relaciones y cómo tenía que ser la tuya. Ahora resulta que no podrá ser así y es por tu culpa, no es algo externo sino interno, es algo tuyo y no lo puedes cambiar.

Mi polola jamás me ha presionado a nada, siempre, siempre me ha apoyado y me ha ayudado a no odiarme, porque a ella no le importa que yo sea asexual. Y yo sé que es así porque me pasa lo mismo. Yo la apoyaría en todo, estaría con ella en todo, en lo bueno y lo difícil, jamás la dejaría sola. Pero no ha sido fácil. No es que nadie me diga que soy defectuosa en verdad, soy yo misma quien me lo digo. Tampoco es algo que converse con nadie, no me interesa andarle declarando al mundo lo que soy. Si lo miro desde afuera, en realidad el sexo es una cosa más de tantas, no me parece algo esencial... pero toda la gente le da tanta importancia. Y lo ligan a la libido, al amor, a la autoestima, como si estuviera todo necesariamente relacionado y no, hay gente que lo experimenta diferente. Pero te transmiten el mensaje de que todos debemos aspirar a eso, de que

todos debemos querer tener sexo y que sin eso estás incompleta. Mi hermano, por ejemplo, que no tiene ni un rollo con la diversidad, no me cree mucho que sea asexual. Como que algo le pasó con eso, pero no sé qué. De entrada, me preguntó si mi polola sabía de mi asexualidad desde el principio, casi como implicando que entró en la relación engañada. Y fue terrible, porque le apuntó directo al peor de mis miedos.

Haberme unido a la comunidad ha sido de mucha ayuda para sentirme mejor conmigo misma. A lo mejor no participo activamente, pero me hace sentir mejor el sólo saber que existen, que muchos son felices, ver que tienen banderas y que van a las marchas del orgullo, leer que se aceptan y que no sienten que tengan algo malo. Igual no falta la persona negativa que está en contra de todo, que se enoja y cree que todos tienen que opinar igual en todo, pero en general es una comunidad positiva. Y bueno, esas personas existen en todas las comunidades, como con las lesbianas, que si una alguna vez han estado con un hombre, no faltan las que dicen que no es lesbiana de verdad. Y no, cada una tiene sus experiencias. No es como que uno se ponga una etiqueta y "uh, dije que era lesbiana, dije que era asexual, así que fregué, ya no puedo sentir o pensar tal cosa". Por eso me gusta la etiqueta de *queer*, porque es más amplia, simplemente quiere decir que soy distinta a lo normativo.

Sé que en la comunidad LGBT a veces pasa que a los asexuales no nos miran bien, pero yo me rodeo de cosas positivas, no interactúo con esas personas. Nos dicen ¿quién los oprime a ustedes? Y es verdad que no se nota, estamos invisibilizados. A mí lo que me causó drama con mi mamá fue el ser bi, el que me gusten las mujeres. Lo de ser asexual nunca se lo dije, porque ¿para qué? Creo que me diría las cosas que yo me dije a mí misma en los peores momentos. Y probablemente también diría que es porque nunca he estado con un hombre. Bueno, eso fue lo que me dijo cuando le dije que era bisexual. No se lo contaría. He ido intentando lidiar con eso, pero mi mamá fue y es súper castigadora, y desde chica me ha reprochado mucho el "no ser normal". Yo no me siento tan distinta al resto, pero es algo que siempre me ha dicho. Y que las cosas malas que me han pasado, por ejemplo, cuando me hicieron bullying en el colegio, eran mi culpa por no ser normal, por no ser como los demás.

Nunca he sentido mucha necesidad de que la gente sepa mis cosas, pero sí me importa conocerme yo. Poder ponerle nombre a mi vivencia me dio herramientas para no odiarme, para pensarme de una forma más positiva. Para mí es un tremendo esfuerzo hablar de esto, abrirme y contar lo que me pasa, pero quise hacerlo porque así como existe la homofobia internalizada también pasa con la asexualidad y quiero liberarme. Tengo mucha vida por delante y estoy tratando de deshacer todo eso, porque quiero ser feliz.

" Y vine a entender entenderme a mí misma recién a los 34"

Varinia (mujer cisgénero, 38, técnico en enfermería).

(¿Cómo describir a Varinia? quizás diciendo que fue la única de mis coautorxs que en vez de café me propuso tomarnos un schop. Nos tomamos el schop, ella fumó, conversamos como si nos conociéramos de siempre. Me habló de su vida, de sus estudios inconclusos de filosofía, de su trabajo paralelo como poeta y editora en una editorial independiente. Más adelante leyó con cuidado el texto que le envié, pero finalmente no le hizo muchas modificaciones; me dijo que no quería que se perdiera de vista mi voz, "porque este no es mi relato, es tu relato de mí". Cuando le pedí un seudónimo, solamente me dijo que le gustaba su nombre, y que ya había perdido hace rato la capacidad de sentir vergüenza.)

Me han pasado hartas cosas en la vida; unas malas, otras más malas todavía. Este, en particular, ha sido un año bien de mierda. El pasado julio murió el que fue mi pareja intermitente por varios años.

Crecí en un patriarcado muy duro, con un papá que aunque no se diera cuenta, era muy misógino, y con una mamá que también tiene el machismo muy interiorizado. Hace poco me dijo: "estás así porque te falta pico". Mamá, lo que me pasa se llama depresión. ¿No te das cuenta? Perdí a la persona que amaba, aparecieron miles de problemas cuando se enfermó, parece que tenía otras personas igual que yo... al final, cortó comunicación conmigo. ¿De verdad crees que estoy mal porque "me falta pico"? ¿*En serio?*

Mi mamá piensa que una mujer nunca estará completa sin una pareja, y tiene que ser una pareja "tradicional". Ella no cree que yo sea asexual. Piensa que tengo vida sexual activa, sólo que secreta, que hago cosas turbias pero me hago la cartucha. "Las calladitas son las peores", dice. Hasta ahora piensa y dice que mi vida es un desperdicio. Porque no tuve hijos, porque no seguí el guión que estaba trazado para mí: que me casara a los 20, que

me quedara en la casa, que tuviera cabros chicos y estuviera con el mismo tipo *forever*. Ella dice que quería que yo fuera feliz... pero parece que sólo si lo era de la forma que a ella le parece correcta. Aún me dice cosas como "un día vas a encontrar a alguien". Como si yo nunca hubiera tenido pareja y nunca hubiera tenido momentos felices con ellos. Con mi marido, que fue mi primera pareja, fuimos muy felices, muy amigos. Con mi última pareja, también, pero para ella es como si eso no contara. Soy una mujer adulta que hace tiempo se las arregla sola, y siguen intentando imponerme un molde que no es para mí.

Curiosamente con mi marido me pasó que él era más asexual que yo, por decirlo de alguna forma. Estuvimos 10 años juntos... a mí me pasaban cosas, pero sólo con él. Aunque en ese tiempo no lo habría podido poner así, soy demisexual. Y ahí era yo la que pensaba, "pero si nos queremos, pero si se supone que le gusto, ¿por qué él no se acerca sexualmente? Si es hombre, y se supone que los hombres quieren sexo cuando les gusta alguien". Eso me generó como una herida de ego. Terminé poniéndole el gorro -qué estupidez- por un tema histérico de sentirme ignorada, no querida y qué sé yo, no realmente por deseo insatisfecho. Es que nos criamos así, cuesta sacarse esos moldes. Podría haber evitado hacerle y hacerme tanto daño, pero en ese momento no tenía las herramientas.

Esa fue la única vez que experimenté "el otro lado". Con otras personas siempre el tema fue que la gente quería ir "a la papa", como si no hubiera otra cosa que hacer. El sexo siempre terminaba siendo problema. Y ahí empecé a dar bote, sin entender qué pasaba conmigo. Sabía que quería tener un vínculo en algún momento... no es que lo anduviera buscando, pero si se daba, si veía que podía interesarme alguien, pensaba "bueno, ¡habrá que tirar, po! Y bueno, en volé lo disfruto". Y sí, lo podía disfrutar, pero igual que podría disfrutar dormir cucharita, caminar de la mano, leer un libro, hacer proyectos, viajar juntos. Y la compatibilidad intelectual, política, artística para mí es más gratificante y estimulante que pegarse un polvo. Recuerdo esta relación con un hombre mayor que para mí era ideal, él no era un tigre, ya no tenía tanto apetito sexual, entonces los sábados en la mañana en vez de estirar las manos me decía "tomemos café, leamos el diario, vamos a cachurear a la feria..."

Hubo en particular una relación muy traumática, con mucha violencia, que me marcó. Fue con una mujer trans... alguien que había sufrido mucha exclusión, que se había intentado suicidar, que fue reprimida por su familia. ¡Podría haber sido algo tan bueno y sanador para las dos! Al principio era la mejor amiga, nos fuimos a vivir juntas, nos acercamos harto... pero pronto salió a la luz que este tipo era alcohólico y violento. Me sometió a un abuso físico brutal, casi me mató. Muchas veces sus explosiones tenían que ver con mi asexualidad: “que si ya no te gusto, que tú no me amas, que por eso no quieres estar conmigo”. En ese período pasé por distintas explicaciones sobre qué pasaba conmigo, traté de decodificarme... de entender por qué todos los demás funcionaban de una manera que me era extraña. Mi experiencia no me llevaba para allá, para mí todo este tema era chino. Me sentía ajena, aislada, desfasada... A veces esas explicaciones que me daba tenían que ver con pensamientos propios, otras se basaban en lo que me habían dicho los demás. ¿Tendré yo algo malo, una lesión cerebral...? ¿algo mal con las hormonas? Pasé por esa patologización. Otras personas también me lo dijeron: "¿No será que tienes algo...? Anda al médico, puede que tengas un tumor". Mi pareja de ese momento, esta persona que me maltrataba, me decía que era demasiado ñoña, que era frígida, inmadura o traumada. Le daba mucha rabia cuando yo no quería tener sexo.

Me costó mucho, mucho salir de ahí. Lo único positivo que saqué de esa relación fue prometerme que si volvía a tener otra pareja tenía que partir por aclarar eso... lo que me pasaba con el sexo. Me puse a investigar y así fue como di con el concepto de asexualidad. Recién ahí, en esa crisis, a mis 34 años. Nunca pensé que hubiera más personas como yo, que esto fuera un "algo". Fue un momento como de epifanía. Seguí leyendo, vi lo del espectro y tuvo más sentido aún. Eso de no tener libido de base, sólo sentir deseo con una persona con la que tienes un vínculo emocional... es exactamente así, si eso falta yo soy una ameba. La atracción sexual es sólo posterior al vínculo. Cuando me preguntaba por qué no sentía esa necesidad que para los demás era tan fuerte, las voces de afuera me decían "es que has andado con puros weones feos". Pero no, anduve con tipos bien malos. Tuve hartos *flashbacks* en ese momento, de pololos que se sacaban la polera para mostrarme músculos

esperando que me derritiera, sin resultado, de exes que se quejaban de que no los pescara, de hombres que intentaron sacarme celos. Y vine a entender todo eso, a entenderme a mí misma, recién a los 34.

A muchas personas mi asexualidad les parecía algo extraño, e algunos incluso lo vivieron como violencia por mi parte hacia ellos. Hubo gente que se sintió despreciada, infravalorada, no querida. Les costaba entenderlo, porque además yo tengo un comportamiento y aspecto físico que se sale del estereotipo que la mayoría de la gente podría imaginarse al pensar en alguien asexual: soy pechugona, me arreglo, me gusta la ropa. Juego con eso, es una de las tantas máscaras... o formas de presentarse que uno busca en la vida. Entonces supongo que se sentían engañados, de cierta forma.

A la gente le enoja la disidencia en general, porque les llega como un insulto al equilibrio, al status quo. Para muchos soy como un punto negro en una mesa blanca. Ser minoría, mujer, morena, de baja estatura, de extracción social baja, sin títulos universitarios, sin estatus social... y más encima, asexual. Es como ser el colmo de bicho raro. Así que pensé: o me encierro *forever*, o me hago más selectiva y advierto desde el principio que soy del espectro asexual. Y así, a cada persona que he conocido que tiene intenciones conmigo les he dicho eso. Ayer mismo se lo expliqué a un amigo de forma bien estructurada, bien simple y clara. Y lo primero que me dice es que quizás sea un efecto de la sertralina que tomo por la depresión. En fin...

Con mi última pareja tuvimos momentos muy, muy felices, pero no es que nunca hayamos tenido un problema por esto. Al día de conocerme ya quería que fuera a su casa. Pero yo no accedí a juntarme con él hasta varios meses después, cuando ya conocía su historia, cuando ya me enganché... Si la persona no me parece interesante, si no me gusta intelectualmente, nada que hacer. Este gallo me ganó por ahí, porque era una persona fascinante. Así que le conté que era del espectro, quise dejarlo claro altiro. Y fue la primera persona que tuvo la actitud de decir "bueno, no lo entiendo, pero quiero entender. Cuéntame". Con nadie más me ha pasado eso. Estuvimos unos días con el arrumaco, pero

pronto empezó con el "ya, po, cuándo". Y eso que él tenía 62 años en ese momento. Esto me ha pasado con gente menor que yo, de mi edad, mayores... la misma cosa. En general con él no había problema, pero alguna que otra vez sí se puso demasiado insistente. Recuerdo una vez en particular que yo me sentía mal y le dije que mejor no. Y él seguía insistiendo. Nosotros teníamos una palabra de seguridad, que quería decir que hablábamos en serio. Se la dije y él se enojó, me tironeó, me dijo "nada de esas weás". Ahí de inmediato me levanté y le dije que se fuera. Me pidió disculpas, dijo que a veces "a uno se le desconecta la cabeza". Así que al final... aunque haya cariño, aunque las cosas estén súper claras, igual pasan estas cosas. Yo le hablé desde el principio con sinceridad, teníamos una palabra de seguridad acordada, e igual nomás pasó. Creo que al final somos víctimas de este discurso que nos exige "lo normal". Los demás dicen que el sexo es central para la vida, indispensable en una relación, que biológicamente el organismo lo necesita... yo no sé, desconfío de que sea así, casi como tomar agua, que lo necesites para funcionar. A mí eso nunca me pasó. Yo como demisexual sí tengo apetito sexual cuando estoy enganchada de alguien. Pero es con *esa* persona, y si no se puede, no, nomás. No me voy a morir ni es una necesidad terrible, no me voy a desesperar.

Es vital la socialización, conversar de estas cosas, porque si no, ¿cómo vas a saber lo que le pasa al resto, o incluso lo que sientes tú misma? Te construyes en relación con un otro, desde otros y con otros. Al principio asumía que todos eran como yo. Que si alguien me hablaba o se me acercaba era porque yo le interesaba como persona... y no entendía que hay gente a la que sólo le interesa sacarse las ganas contigo, y que a su vez da por hecho que eso es lo que tú andas buscando también. Entonces, cuando te encuentras con esa diferencia el choque es traumático, te pones paranoica y crees que nadie quiere nada más. Después ya vas conociendo personas, aprendiendo, y vas encontrando un equilibrio.

Yo de más chica, a los 20, a los 30 incluso, no habría podido decir las cosas que estoy diciendo ahora. No entendía lo que me pasaba, no entendía nada. No es que ahora lo entienda todo, pero sé más o menos dónde estoy. Para mí la asexualidad no es una etiqueta, sino una cierta pertenencia... más intuitiva que racional, porque no se trata de tener argumentos para tomar una decisión, sino de experimentar alivio y sentir que por ahí va la cosa. Necesitamos esta palabra para poder desenredar nuestra experiencia y poder

compartirla con otros, para empezar a pensar en qué es lo que queremos y qué es lo que no. Antes, de más chica, una hace cosas que en verdad no siente o no quiere simplemente porque no sabe decir que no, o porque se siente defectuosa y presionada para tratar de ser "normal". Y claro, al tener una orientación *queer el* mundo te hace sentir que estás haciendo algo mal. Pero ahora sé que yo no tengo la culpa de ser humana y de ser como soy, aunque el resto no comprenda lo que me pasa. El sistema en muchos sentidos te obliga a cumplir con un estándar pasándole aplanadora a lo que tú realmente sientes. Tienes que rendir, tienes que cumplir, aunque te duela, aunque no quieras. A los alosexuales también les pasa, por supuesto. Tengo amigos que se han metido con mujeres aunque no tenían ganas porque "la mina estaba ahí, cómo iba a decir que no, si no capaz que piense que soy fleto". Entonces el sexo no es sólo una necesidad biológica. Hay un tema grande de presión social y cultural.

A mí me gustaría no tener que ser disidencia, que a nadie le importara nada y pudiéramos respetarnos sin etiquetas. Pero por ahora, creo que es necesario reivindicar nuestra identidad y pelear por ella... pelear para que llegue un momento en que no sea necesario clasificarnos, que no tengamos que clasificarnos para que el del lado nos respete y nos valide. La nuestra es una marginalidad sutil, que no es inmediatamente visible, pero que implica estar fuera de cosas que para todo el resto son deseables e imprescindibles. Y eso es percibido como agresivo por el mundo "normal". Ahí sí se nota. Cuando no quieres ir a la disco a que tipos extraños te tomen de la cintura, cuando no te interesa comerte al mino y tus amigas no entienden, cuando todos conversan de sus experiencias sexuales y tú quedas como la persona rara, o cartucha, o infantil. Ahí es donde sí nos notamos, y no precisamente de forma positiva.

Necesitamos visibilizarnos para que por último por machaque, por cansancio, el ser asexual sea una identidad como las otras. Necesitamos la etiqueta todavía.

VII. DISCUSIÓN

Para facilitar este ejercicio recurrimos a la propuesta de análisis narrativo de Fraser (2004), que permite procesar y pensar las narrativas sin someterlas a un análisis que las subordine a una teoría "superior". Más que una metodología de análisis propiamente tal, la propuesta consiste en un conjunto de lineamientos para orientar la reflexión, tomando como eje central los elementos comunes y divergentes que le investigadorx ve aparecer en los relatos, con el objetivo de favorecer un intercambio entre las Producciones Narrativas, el marco teórico y mi narrativa propia bajo la guía de los objetivos de investigación.

Luego de definidas las temáticas que al investigador se le aparecen como recurrentes a través de las narrativas, se discutirá cada una de ellas estableciendo un diálogo entre los la Producción Narrativa y la teoría, guiada por una serie de preguntas sugeridas por Heather Fraser (¿qué emoción/sensaciones evocan los relatos en quien investiga? ¿qué tensiones percibe dentro de cada relato, y entre ellos? ¿Qué conexiones se le aparecen con otras relación a los referentes teóricos, otras temáticas, o con respecto a estructuras sociales y culturales?). Es importante recalcar que el diálogo entre los autores y las narrativas co-construidas con lxs participantes deben desarrollarse en pie de igualdad, en lugar de la práctica académica habitual de analizar las palabras de lxs investigadxs bajo la teoría de un autor o autora a quien le otorgamos el status académico para posicionarse por sobre quienes hablan. Se trata de una tarea difícil, y que a mi entender es prácticamente imposible concretar del todo debido al sistema en que se ha desarrollado la subjetividad, habilidad reflexiva e incluso el estilo de redacción de los investigadores; sin embargo, aunque no sea

posible apuntar a la perfección, considero que bastan con tomar la decisión ética de realizar el ejercicio con la intención consciente de tomar dicho camino, implementando además una revisión crítica constante de la forma que va tomando la argumentación.

Normalidad/Anormalidad

Uno de los nudos de tensión que aparece de forma transversal en todas las narrativas es la relación de lxs protagonistas con la diada normalidad/anormalidad. Es posible que mi presencia como interlocutorx haya acentuado la relevancia que adquirió este tema, debido al encuadre teórico de la investigación y a mi propia relación compleja con el mandato social de "ser normal"; de cualquier forma, todxs los participantes dan cuenta de una elaboración propia -una internalización, con diversos matices- del relato dominante que posiciona la existencia de una dicotomía normal/desviado en el ámbito sexual. Algunxs se relacionan con mucha dificultad con la noticia de su propia diferencia, erigiéndose en agentes castigadores abocados a disciplinar su propio cuerpo y sensaciones: es el caso de Emil, que por una parte trata de "convencerse de que está enamorado" y por otra, más concreta, "intentaba hacer lo que se suponía que debía", de la misma forma que Varinia exclama con resignación: "¡Bueno, habrá que tirar, po!". La centralidad de la sexualidad como dispositivo de control aparece con fuerza en el sufrimiento que ocasiona en ellxs el reconocimiento de su propia experiencia coporal, para la que entonces no tenían palabras. Cuando Jasmine dice "Sabía que tenía que querer, pero en verdad no me pasaba (...) lo intentaba, de verdad quería que me gustara", oigo a Ricoeur respondiéndole que indudablemente debe haber sido angustioso ver abierto ante sus ojos el abismo entre su vivencia, lo ídem, y las expectativas que tenía de sí misma con base en las voces

internalizadas de lo Otro, lo ipse, sin una narrativa identitaria que los conectara de forma satisfactoria. En palabras de Emil, "hay una ficción que la gente se ha sentido obligada a seguir. Nos sentimos obligados a amoldarnos. Y nosotros, los diferentes, en particular los asexuales, terminamos sacrificándonos por encajar en esa normalidad." Varinia se refiere a este movimiento como "sentirse obligada a pasarle aplanadora a lo que siente", forzándose a performar una identidad "normalizada" a costa de negar sus propios deseos, incluso hasta el punto de volcarse a patologizar y castigar el "insuficiente" deseo sexual de su ex marido. La persistencia de la "desviación" es experimentada con dolor y frustración, pues el fracaso en adaptarse a la norma significa faltar a la promesa adquirida desde la identificación con el mandato social.

Por otra parte, varixs participantes ya habían construido con anterioridad una narrativa identitaria que de una u otra forma abordaba el "no ser normal", surgida en la relación con su entorno. Las experiencias personales previas donde la desviación de la norma (en cualquier ámbito) fue castigada y depreciada por los otros -por ejemplo, la escena en que la madre de Jasmine la culpa del bullying sufrido "por no ser normal", o el violento ataque homofóbico sufrido por Emil- facilitan la formación de una identidad narrativa basada en el defecto, y abonan el terreno para que una (a)sexualidad alejada de lo "normal" se sedimente en concordancia con los significados anteriores. Esta acomodación de la vivencia asexual en el carácter también es conceptualizada y proyectada en la promesa de mantener esa identidad "defectuosa" reconocible, que resulta coherente además con la identificación adquirida con el mandato de la sexualidad obligatoria. La fidelidad a la promesa de defecto, en contradicción insalvable con la promesa de normalidad, produjo

en estos casos mucho sufrimiento y relatos saturados de culpa, autodesprecio o intentos de autodisciplinamiento.

Desde luego, esto no quiere decir que toda experiencia similar tenga que derivar forzosamente en un resultado similar. Por ejemplo, en el caso de Mariana la experiencia de rechazo social que sufre debido a sus intereses y manera de ser parece más bien articularse en una narrativa identitaria de resistencia. Así, mientras la distancia de la sexo-heteronorma genera que su entorno escolar la aisle aún más, a ella no le causa un conflicto interno. Una identidad narrativa anclada en su confianza académica y en el desafío hacia la presión de los demás le permitió vivir su experiencia como coherente y sostener su propia promesa, en contra de la maquinaria de lo normativo: "En realidad yo vivía en un mundo aparte, me gustaban los idiomas, la historia, el estudio. Nunca me creí mejor que mis compañeros, como ellos quizás pensaban, pero sí diferente (...)No pensaba que hubiera algo mal conmigo, en realidad, porque a esas alturas ya tenía compañeras que estaban embarazadas o eran mamás, estaba en un colegio vulnerable y sabía que estaba en desventaja, así que le dedicaba toda mi energía al estudio y no veía mi falta de interés en lo sexual/romántico como algo malo". En su contexto particular, Mariana posiciona su anormalidad como una trinchera de resistencia performativa (Butler, 2012) no sólo en lo que respecta a la sexualidad y el género, sino también en el frente socio-cultural. Algo similar sucede con Max, quien señala explícitamente que en su familia el respeto por la diferencia siempre se practicó y se inculcó como valor fundamental. Desde esta lógica, la vivencia relacional con su familia le habría posibilitado interpretar sus experiencias con la anormalidad (la salud mental, el género, la (a)sexualidad), en una narrativa identitaria que reivindica el resistirse a las clasificaciones convencionales.

Para cerrar este apartado vale la pena detenerse un momento en Sebastián, el único de mis colaboradores que nos cuenta de un quiebre identitario, desde un "yo normal" a un "yo desviado". Si el espíritu de Ricoeur me hubiese acompañado, quizás se me habría ocurrido en ese momento preguntarle si se sentía *el mismo* Sebastián de años atrás, ese que describe como alguien con "una vida normal, como te predicaban desde chico" y que en lo sexual "cumplía con cómo se supone que debía ser un hombre" sin cuestionárselo, para pasar luego de su separación por un proceso personal que lo dejó más bien del lado de la anormalidad. En esta ruptura de la continuidad identitaria emergieron posibilidades que antes no estaban disponibles para él, y conscientemente tomó la decisión de abrirse a ella, cuestionando y desarmando premisas que en su vida previa daba por sentadas. Se trata de una revolución de la que está orgulloso, y con razón. La angustia de Sebastián, la aparente contradicción entre "me cuesta decir 'esto soy'" y "no me gusta no saber bien la weá que quiero" tiene en realidad mucho sentido si lo pensamos como un tránsito desde la seguridad de las verdades dominantes hacia un territorio incierto. La falta de una promesa identitaria lo deja en un lugar incómodo, inestable, pero del otro lado están los conflictos relacionales, culturales y sociales que dificultan "casarse" con la etiqueta de asexual, sobre todo tomando en cuenta que en otros momentos de su vida se ha sentido atado por las promesas adquiridas, algo de lo que es plenamente consciente.

Culpa

Otro tema común en las narrativas es la culpa, ya sea como sensación interna o como acusación directa desde lxs otrxs. Dante, por ejemplo, se culpa de que su ex polola se haya sentido "fea y poco deseada" pese a haber hablado previamente con ella sobre su identidad asexual, que en ese momento ya tenía clara. Él nunca se sintió defectuoso ni atribulado por su asexualidad: "nunca me ha importado mucho el qué dirán" relata, "entonces el saber que era diferente nunca me afligió". Y sin embargo, al asumir por defecto la carga de la responsabilidad por las expectativas no cumplidas de ella, está tomando el rol de la parte que está en falta. A Dante no se le escapa esta contradicción: "Sé que no hice nada malo" -dice- "pero igual siento que fui yo quien le hizo daño". En el caso de Jasmine, la sensación de culpa es mucho más explícita y abrumadora. Ella señala que nadie en concreto la ha acusado por su asexualidad en el mundo visible, pero las voces del juicio a la desviación (presentes no sólo abstractamente en la sociedad e instituciones, sino de forma muy concreta en su familia y en episodios biográficos traumáticos) está entrelazado en el tejido de su identidad; tal como se enunciaba hace unos párrafos, quizás sea el fallo en cumplir la promesa de las identificaciones adquiridas lo que gatilla la culpa y por ende el castigo. No digo aquí nada que Jasmine no sepa, pues ella identifica claramente su malestar como el equivalente asexual de la homofobia internalizada, especialmente cuando habla sobre el dolor que le causa saber que su relación "no es como tenía que ser, y

es por tu culpa, no es algo externo sino interno, es algo tuyo y no lo puedes cambiar". Al igual que cuando Emil se siente culpable de haber dañado a sus ex parejas, pareciera que en el discurso dominante lo "anormal", tal como dijera Foucault (2007), aparece señalado en su doble acepción de enfermo y criminal: como persona portadora de un defecto interno que la separa del género humano, y a la vez como culpable de dicho defecto, que ofende con su sola existencia la estabilidad de lo normal.

La noción de lo desviado como una transgresión moral, como un ataque que vulnera a la sociedad, es encarnada por lxs otrxs en caso de que la persona "falle" en interiorizar la culpa. Dice Varinia: "Algunos incluso lo vivieron como violencia por mi parte hacia ellos. Hubo gente que se sintió despreciada, infravalorada, no querida". A Mariana se lo representan en forma de acusación directa, al decirle "¿cómo puedes hacerle eso a tu pololo?". Desde luego, toda esta dimensión de la culpa está fuertemente atravesada por implicancias de género que escapan al alcance de esta investigación, pero que no puedo menos que señalar (por ejemplo, sobre lo que un hombre tiene que desear y lo que una mujer debe proveer, por nombrar sólo lo más evidente).

En medio de este panorama opresivo, hay un relato de enternecedora resistencia que se quedó conmigo: la escena en que Emil le cuenta a su entonces pareja que es asexual, y todo lo que eso significa para él. Ella, que sin saberlo encarnó en su momento la fuerza normalizadora, lo libera del la culpa al reconocer su vivencia como válida y cuestionarse la presión que ejerció sobre él. Pienso que aquí ella despliega algo muy cercano a lo que para Foucault (2005) constituye la máxima forma de resistencia frente al dispositivo de poder de la sexualidad: ver al otro cuerpo no ya como objeto de los constructos de sexo y deseo (es

decir, desde el mandato de la sexualidad), sino como *un cuerpo en tanto tal*, y a sus sensaciones como reales y válidas en sí mismas.

Invisibilización y Patologización

En concordancia con lo que relatan las investigaciones realizadas en otros países, en varias de las voces resuena el choque con la incapacidad de otrxs de representarse la asexualidad como una experiencia válida. El discurso normativo sobre el sexo está tan enraizado como única posibilidad, la diferencia tan oprimida en los márgenes, que las personas asexuales sólo logran interpretar la diferencia desde ese marco normativo. Max se hace eco de la experiencia de invisibilización y patologización que declaran las personas asexuales en estudios extranjeros (MacNeela y Murphy, 2017), resumiéndolo de forma precisa: "Da la impresión de que unx no existe, o si existes es por algo malo. O estás agarradx con tu ex, o tienes un problema hormonal, o algo te pasó. Nunca es simplemente porque así eres y ya". Así, la madre de Varinia afirma que "las calladitas son la peores", y la de Sofía simplemente se niega a registrar lo que no está dentro de su posibilidad de sentido, obligándola a "salir del closet" una y otra vez. Dante le explicó a su ex polola y a su mamá su identidad como asexual, pero la primera de todas formas tenía la expectativa de que hubiera actividad sexual, y la segunda sigue recordándole que use condón cuando sale. En lo que respecta a la patologización, aparecen explicaciones patologizantes bastante concretas y biologicistas (distintas personas le sugieren a Varinia que puede tener un problema hormonal, o sufrir efectos secundarios de los medicamentos, o incluso le hablan

de la posible existencia de un tumor) y otras de naturaleza más bien psíquica (la madre de Sofía cree que la asexualidad se debe a un trauma sexual en la infancia, y la ex pareja de Varinia la acusa de inmadura y mojigata).

En otra arista del problema, identifiqué también distintas formas de invisibilización/patologización indirecta. Por ejemplo, Dante explica que no le dan ganas de hablarle de su asexualidad a su padre "porque es conservador, machista y homofóbico; sé que no importa lo que le diga, es terco y su opinión sería que esto es malo, que no es natural, que no es de hombre. No lo va a entender." Él y varixs otrxs evitan visibilizar su identidad en determinados contextos y ante determinadas personas, según cómo se han ido integrando las experiencias relacionales con ellas. Por otra parte, la patologización e invalidación de su vivencia puede, tal como señalaba al hablar de la culpa, venir desde la identificación adquirida con los discursos dominantes sobre el rol central del sexo en la experiencia humana (es decir, desde la *ipseidad* como parte de su misma identidad). Sebastián piensa al comienzo que "a lo mejor estaba enfermo, que tenía un problema, porque tenía esta idea medio animal de que uno como hombre tenía que ir a buscar *eso* no más"; Varinia se pregunta si no tendrá una lesión cerebral, e incluso en Dante y Max, que se manifiestan muy cómodxs con su identidad, aparecen las ganas de cerciorarse de que esto no sea una patología ni un capricho.

Importancia de la Etiqueta

No hay ningún misterio tras el hecho de que mis ocho coautorxs le conceden algún valor a la etiqueta de asexual, dado que identificarse como tal fue literalmente el primer criterio de inclusión para buscar participantes. Sin embargo, vale la pena detenerse en la relación que cada unx de ellos establece con la categoría, así como en los significados con que la invisten.

En primer lugar, la idea foucaultiana de la confesión como mecanismo para la administración de lo sexual (2005) se me aparece ligada a la necesidad que varixs de ellxs sienten de autonombrarse no sólo para poder ser transparente con otrxs (y casi literalmente confesarse como quien confiesa un crimen, como es el caso de Emil y Jasmine), sino también, como lo pone Max, para validarse ante unx mismx (y yo agregaría: ante sí mismx *como otro*), y para aplacar al juez interiorizado que les causa sufrimiento. Por otra parte, la posibilidad de ponerle palabras a su vivencia la vuelve inteligible para sí mismxs y para los demás; tal como señala Varinia, la identificación con la etiqueta entrega la posibilidad relacional de poner límites desde un lugar concreto, "para empezar a pensar qué es lo que queremos y qué no". Pienso que la categoría identitaria de *asexual les* permite generar una narración de sí mismxs donde antes existía un vacío; una narrativa coherente que logra articular lo ídem, la sensación, lo que es, y la ipseidad, con una promesa propia que exorciza la incertidumbre y el miedo a la desviación. De hecho, Sofía lo expresa con mucha claridad: "Me siento afortunada de haber podido conocer desde joven la existencia de la asexualidad, porque me ha facilitado forjar mi identidad. No me imagino cómo habría sido

si no hubiera sabido que esto existía... yo nunca me sentí "defectuosa", ni que algo me faltara. Quizás sin ese conocimiento sí habría sentido que algo estaba mal conmigo, porque no hubiera tenido cómo validar lo que sentía ante el mundo". Ella le atribuye a la etiqueta "la posibilidad misma poder narrarme a mí misma en lugar de verme sujeta a que otros me armen con palabras ajenas que no me representan. Si tengo palabras para explicarme mi vivencia de una forma que me acomode, también significa que puedo presentarle mi identidad a los demás en mis propios términos". Varinia también apunta directamente al factor relacional en la construcción de identidad cuando afirma "es muy importante conversar de estas cosas, porque si no, ¿cómo vas a saber lo que le pasa al resto, o incluso lo que sientes tú misma? Te construyes en relación con un otro, desde otros y con otros". En su propia experiencia, la ausencia de referentes y palabras le hizo muy difícil interpretar sus sensaciones (o su vivencia *ídem*, si se quiere), lo que a su vez la dejó abierta a incorporar ejercicios interpretativos externos, generalmente invisibilizadores y patologizantes. En el caso de Sofía, en cambio, el haber podido forjar tempranamente una identidad narrativa como asexual le permitió filtrar los discursos que no tenían sentidos para ella. En esa línea, es interesante pensar que precisamente aquellos participantes que no han padecido un sufrimiento interno causado por su "anormalidad" son precisamente los más jóvenes (Max, Sofía, Mariana y Dante), que crecieron en una cultura más abierta a la diversidad sexual no binaria y tuvieron la posibilidad de conocer tempranamente no sólo la asexualidad, sino muchas otras etiquetas y comunidades; en cambio, quienes se ven/vieron más afectadxs por la culpa, negación y patologización interiorizada de su experiencia son lxs mayores (Jasmine, Sebastián, Emil, y Varinia), que sólo conocieron el concepto de

asexualidad *después* de haber adquirido una promesa identitaria insostenible y tras haber sufrido intentando infructuosamente acomodarse a las categorías que estaban disponibles

El descubrimiento o apropiación de la asexualidad como categoría identitaria también se asocia a la validación y posibilidades que entrega el sentirse parte de una comunidad. Varias voces se refieren al alivio de "no ser bicho raro" (Max), saber que "ya no es a mí no más que me pasa esto " (Sebastián); Jasmine, en particular, se apoya mucho en las vivencias positivas de otrxs miembros de la comunidad como aliciente para deconstruir su sentimiento de culpa y de ser defectuosa. Varinia y Mariana se refieren también a la comunidad como posibilidad de ejercer resistencia. Esta última, que desde muy joven pudo apoyarse en una narrativa identitaria basada en otros aspectos relevantes para ella (especialmente académicos), se centra en el rol de la comunidad como plataforma para " tratar de hacer oír nuestra voz, mostrar que existimos, buscar un poco de representación." Por otra parte, Varinia se hace eco de Judith Butler (2018) al situar la posibilidad de resistencia en flexibilizar los límites de las estructuras sociales a través de las categorías lingüísticas: "A mí me gustaría no tener que ser disidencia, que a nadie le importara nada y pudiéramos respetarnos sin etiquetas, pero por ahora creo que es necesario reivindicar nuestra identidad y pelear por ella".

Identidad Estática

Lxs participantes se posicionan desde el uso de la etiqueta "asexual", pero todxs rechazan explícitamente la subordinación a ella. En la reflexión de Dante, el

sobreidentificarse con una categoría la convierte en una prisión que limita el carácter fluido de la identidad; de forma similar, Sofía reconoce la ventaja de la etiqueta como herramienta "para validar mi experiencia en un mundo sexo hetero-normado", pero advierte a renglón seguido que las distintas denominaciones no existen para oprimir, sino para ampliar los significados disponibles y así dar cabida a nuevas experiencias e identidades que están en constante mutación. Jasmine también señala lo absurdo que resultaría limitar su conducta o sensaciones sólo por haberse identificado con una categoría particular; tal como Butler (2012), destaca la inespecificidad y apertura del vocablo *queer*, que solamente indica distancia con lo normativo.

Sebastián es el único coautor que habla de una relación compleja con la asexualidad como concepto. Por una parte, comparte el alivio y reafirmación de identificarse con algo, apaciguando así la incomodidad de faltar a la promesa del estereotipo del hombre heterosexual; por otro lado, la sombra del riesgo al que hacen referencia lxs demás participantes le parece angustiosamente cercana: " hay una parte de mí que dice... ya po, yo dije esto, y es como si tuviera que cumplirlo. Por eso también me angustia pensar en definirme de alguna forma, no sea que después se transforme en una sentencia." Esto, que le sucede en distintos ámbitos de la vida, le produce especial inquietud dado que esta promesa está directamente relacionada con los parámetros de normalidad que hasta ahora le eran familiares. Al igual que lxs demás participantes y las exponentes de la Teoría Queer, Sebastián desearía "no tener que encasillarme para sentirme normal".

Me resulta particularmente interesante la relación que Varinia y Sofía establecen con la categoría lingüística *asexual*. Varinia dice, por ejemplo, que "Para mí la asexualidad no es una etiqueta, sino una cierta pertenencia... más intuitiva que racional, porque no se

trata de tener argumentos para tomar una decisión, sino de experimentar alivio y sentir que por ahí va la cosa". Para Sofía, "simplemente hizo click, me hizo sentir bien. Esa palabra fue como un lugar donde me sentí auténtica, libre, cómoda, y dije 'esto es' ". Su aproximación es casi corporal, desde la sensación y no desde la descripción: me recuerda a algunas metáforas poéticas o literarias, o al arte abstracto, que tocan una fibra íntima de lectores y observadores aunque carezcan de sentido en lo estrictamente representacional. Esta forma de sentir casi de forma física el latido de la experiencia puesto en una palabra constituye un aspecto que ha sido pasado por alto en las discusiones sobre las posibilidades y limitaciones de las prácticas basadas en el lenguaje.

En general, me atrevería a proponer que la relativa facilidad con que mis coautorxs pueden detectar los riesgos del abanderamiento identitario estático tiene que ver con que la asexualidad es una etiqueta nueva, que se encuentra aún en el lado más difuso e indeterminado de la disidencia y no se ha cristalizado en un significado unívoco. Esa maleabilidad permite que sea mucho más fácil cuestionarse esa categoría que la de lesbiana o gay, por ejemplo, que ya están asociadas a una construcción estable de significados, afianzada en el imaginario social. El carácter "poroso" de la asexualidad representa un arma de doble filo: es una ventaja en tanto facilita el ejercicio de constante apertura, y a la vez plantea una dificultad, porque en esa laxitud se produce el espacio para la negación y la invisibilización, incluso de parte de otros colectivos de la disidencia sexual.

Identidad Performada

Varixs participantes parecen tener una idea bastante clara de cómo se ve el estereotipo de asexual que podría emerger en el relato dominante, ya sea porque realmente se han visto enfrentadxs a este discurso o porque lo proyectan desde sus propias identificaciones adquiridas. Mariana se siente muy lejos de la caricatura de " una persona fría, 'autista', que no se relaciona con nadie (...)Yo soy lo contrario del estereotipo que podrían tener: súper amistosa, alegre, extrovertida. Con mis amistades y la gente que quiero soy muy intensa, cariñosa". Varinia, por su parte, también se desmarca: "tengo un comportamiento y aspecto físico que se sale del estereotipo que la mayoría de la gente podría imaginarse al pensar en alguien asexual: soy pechugona, me arreglo, me gusta la ropa". En su teoría, la reacción de otrxs ante su asexualidad ha sido agresiva precisamente porque su corporalidad y expresión estética son normalmente asociadas con una sexualidad activa, lo que genera una expectativa que luego se ve defraudada. Curiosamente, Sebastián se apega al guión dominante que ellas perciben cuando cuenta que "me siento distinto a la gente del grupo de asexuales (...) No en el tema de la asexualidad, sino en cómo son, en las cosas que les gustan. Como que todos son otakus, hay otros que son muy aislados... yo soy un weón más normal, po."

Más allá del fantasma de este estereotipo, otra reflexión común -explícita o no- se refiere a las complejidades de performar (en el sentido propuesto por Combs y Freedman, 2016) aquello que *no* se siente o que *no* se desea. Al definirse desde la ausencia de algo (y algo intangible, por lo demás), la asexualidad queda invisibilizada tras la premisa que expone Sofía: " la gente asume por defecto que eres hétero y cis, a menos que demuestres lo contrario". Otras identidades disidentes tienen, para bien y para mal, una performance característica que les sitúa visiblemente fuera de la norma, pero, como afirma Max, el caso

de la asexualidad es más difuso: "la asexualidad no tiene que ver realmente con la presencia o ausencia de relaciones sexuales en específico, hay gente que no tiene sexo sin ser asexual y hay personas asexuales que sí lo tienen por la razón que sea. Es difícil pensar en la performance de una ausencia de sensación ". Para unx asexual, este "demostrar" se reduce a la posibilidad de declararlo explícitamente, algo que le obliga a encontrarse constantemente defendiendo y argumentando su vivencia, como le sucede a Mariana, o al menos le enfrenta a la incómoda situación de tener que "andar mostrando el currículum", como dice Sebastián. Sofía, por su parte, se aproxima a esta problema sin titubeos al decidir "salir del closet" y comunicarle su identificación asexual a lxs demás no sólo mediante palabras, sino también a través del símbolo del anillo negro. Esto último es particularmente interesante, pues difícilmente alguien fuera de la comunidad reconocerá el significado detrás de ese gesto. En el acto de contarlo y usar el anillo, Sofía está construyendo su promesa identitaria no sólo en la performance hacia otrxs, sino también hacia sí misma como otro, a sí misma en el rol de la espectadora internalizada (Combs y Freedman, 2016). Esto es algo que está dentro de la reflexión que la lleva a decidir hacerlo, y así lo enuncia: "dejar que otros pensarán que soy hétero cuando no lo soy, lo sentía un poco como traicionarme".

El peso del discurso científico/psicológico

La ciencia, como institución que en buena medida contribuye a moldear los criterios socio-culturales de normalidad y anormalidad mediante el señalamiento de lo patológico, ha permeado en lo público y lo privado hasta hacerse prácticamente omnipresente desde la

época moderna. Así, casi cualquier relato que desea posicionarse como válido invoca de un modo u otro ciertos principios o cierta estética tomada del discurso científico. Así, no resulta extraño que Dante (un hombre cuya narrativa identitaria además se construye en una relación estrecha con el paradigma de la ciencia) hable de una necesidad de investigar la información disponible para comprobar "que efectivamente esto era así como lo había leído, una orientación y no una patología o algo malo", para validar su propia sensación de que la asexualidad no le causa ningún malestar. En este caso, la ciencia -desde la escasa investigación existente- se convierte en una aliada para desmarcarse del registro de lo "desviado". Ya en el terreno de la psicología, y específicamente de la psicología clínica, Emil y Max relatan vivencias en las que la figura del terapeuta aparece como un aliado que ofrece desde la disciplina herramientas de des-patologización, autovalidación y resistencia. En ambos casos, el ejercicio clínico invita a lxs consultantes a apropiarse de una plataforma que a menudo es considerada como dispositivo de disciplinamiento para abrir, flexibilizar y generar un diálogo donde sus vivencias no estén subordinadas a un discurso ajeno que pretenda determinarles desde categorías prefabricadas. Después de algunas malas experiencias, Emil consiguió una terapia que tenía sentido para él gracias a profesionales comprometidxs desde lo personal con la comunidad LGBTIAQ+, y "con ellos descubrí la tremenda diferencia que hace una psicología más versátil, más abierta, más dispuesta a aprender y más empática". En el caso de Max, que había pasado por experiencias de patologización en otros ámbitos como la salud mental y el género, también recurrió a un espacio terapéutico explícitamente situado desde una perspectiva de género y diversidad que propone y facilita la reflexión sin imponer sus propios significados.

En la otra cara de la moneda, la experiencia de Mariana resalta por la forma en que el discurso normativo de la psicología aparece como un monólogo sordo que se abalanza sobre ella para invalidar y patologizar su voz, con todo el peso que le presta su status de "ciencia". El uso de explicaciones pseudo-biológicas y de palabras técnicas, así como la prescripción de un tratamiento que Mariana no buscaba, se configuran como herramientas para situar la interpretación del terapeuta en una jerarquía superior y que resulta muy difícil desafiar. Pese a que Mariana no tenía ningún problema en su relación sentimental ni tampoco vivió nunca un conflicto interno relacionado con su identidad asexual, esa sola sesión "me hizo sentir pésimo y logró durante un tiempo instalarme algo así como una duda... si te lo dice un profesional, alguien que se supone que sabe de lo que está hablando... ¿sería que de verdad había algo mal conmigo o con mi relación?".

VIII . REFLEXIONES FINALES

Como se planteó al comienzo de la investigación, lo que pretende una metodología de conocimiento situado como las Producciones Narrativas no es llegar a determinar caracterizaciones, definiciones ni categorías que cierren los temas que abordan o que fijen significados objetivados. Por el contrario, se busca expandir las posibilidades de aproximación al fenómeno mediante la articulación de los relatos vivenciales de lxs participantes, los referentes teóricos y los discursos socioculturales contextuales, además de la propia narrativa de quien investiga. El resultado de este esfuerzo es una construcción colectiva que difícilmente se presta para la elaboración de conclusiones axiomáticas, pero sí para desarrollar algunas reflexiones (mi metanarrativa de este proceso, si se quiere).

Respondiendo a la pregunta de investigación, en el encuentro con lxs participantes emergieron narrativas identitarias relacionadas con la sensación de ser "anormal": culpa, sufrimiento, autorechazo. Surgieron también narrativas de resistencia, donde los relatos dan cuenta de los esfuerzos de estas personas por articular y/o sostener interpretaciones de su vivencia que les permitan existir sin "pasarle aplanadora a lo que sienten", como dice Varinia.

En las narrativas se perfilan algunas experiencias vitales que van moldeando la identificación asexual y los significados que se entretajan con la vivencia sensorial y subjetiva de lxs participantes: específicamente, la tonalidad afectiva que haya teñido la experiencia de "ser diferente" o "no ser normal" en su mundo relacional parece tener gran impacto en la posibilidad de desarrollar una narrativa que articule de forma coherente y

constructiva los aspectos *ídem e ipse* de la identidad en lo que se refiere a la asexualidad. Como todo componente identitario, la interpretación que la persona hace de su experiencia encarnada en tanto asexual se construye constantemente en la interacción con los otros, reales e internalizados, y en consecuencia es susceptible de mutar. En los relatos aquí presentados, el elemento relacional juega un rol clave no sólo en el rumbo que toma inicialmente la narrativa identitaria relacionada con la vivencia asexual (de defecto, de rareza, de simple diferencia, etc), sino también en las posibilidades de resignificación de la misma. El relacionarse con las historias de otros en el contexto de la comunidad asexual, el discurso patologizante o liberador de unx terapeuta, la validación o condena de una pareja u otras personas son experiencias relacionales que van marcando y participando en (aunque no determinando) las vueltas y giros del devenir identitario.

Por otra parte, la existencia y disponibilidad de un relato alternativo al discurso normativo que les permita validar su experiencia ante sí mismos aparece como un recurso clave para integrar la vivencia asexual en una narrativa que resulte coherente y generativa para la persona. El disponer de palabras para hacer inteligible su experiencia surge como una necesidad que provoca angustia al punto de forzarse a buscar algún relato que le permita interactuar con el mundo, aunque sea desde el déficit o aunque no lo sienta auténtico. El descubrimiento del concepto de asexualidad y de una comunidad de personas con una experiencia similar habilita la posibilidad de enfrentarse a los discursos dominantes con una promesa propia, que puede sostenerse precisamente porque es un algo definido lingüísticamente y puesto en el mundo, y no una sensación indescriptible: en resumen, la promesa de la identificación con la asexualidad (como propuesta de orientación sexual) es capaz de sostener y proyectar una narrativa identitaria funcional porque *habla el idioma de*

la norma, aunque se desvíe de ella. La presencia de un piso lingüístico para pensar la propia experiencia permite que la persona entre en diálogo con los otros, apropiándose así del rol de co-autora de la trama en lugar de verse obligada a concentrarse en performar una identidad ajena para complacer a un público severo (ya sean personas concretas o la internalización de la norma cultural). Como tan certeramente expresa Sofía, contar con las herramientas para narrarse en sus propios términos la libera de quedar sujeta a las palabras de otros. Al respecto, no puedo dejar de notar que precisamente aquellos participantes que no hablan de un sufrimiento interno causado por su "anormalidad" son precisamente los más jóvenes (Max, Sofía, Mariana y Dante), que crecieron en una cultura más abierta a la diversidad sexual no binaria y tuvieron la posibilidad de conocer tempranamente no sólo la asexualidad, sino muchas otras etiquetas y comunidades, mientras que los que se ven/vieron más afectadxs por la culpa, negación y patologización interiorizada de su experiencia son los mayores (Jasmine, Sebastián, Emil y Varinia,), que sólo conocieron el concepto de asexualidad *después* de haber adquirido una promesa identitaria insostenible y tras haber sufrido intentando infructuosamente acomodarse a las categorías que estaban disponibles.

El acceso a un mundo conceptual y a una comunidad que valide su sentir, aunque sólo sea ante el yo-como-otro, habilita una trinchera de resistencia que si bien no subvierte radicalmente la lógica de lo normativo, entrega la posibilidad de empujar sus límites para luchar por un espacio en el mundo. Lxs participantes parecen coincidir con Butler en que las clasificaciones lingüísticas son necesariamente las armas con que se pelea esta batalla. La sexualidad obligatoria es un mandato tan central y naturalizado que no tiene sentido ignorar su rol constitutivo en nuestras propias subjetividades, por lo que incluso ante nosotros mismxs necesitamos el salvoconducto de una identidad alternativa explícita que

nos permita cuestionarlo. Lo interesante es que, por seductora que sea la trampa de una identidad fija e incuestionable, en todas las producciones narrativas se manifiesta un grado importante de reflexión crítica y cuestionamiento hacia las clasificaciones en general, y hacia encasillarse en la nomenclatura de asexual en particular. No parecen encontrarse en riesgo de permitir que esta categoría lingüística se rigidice y se convierta en dogma para ellxs. Aunque puede tratarse de una simple coincidencia, el nivel de profundidad de sus reflexiones, su disposición crítica y su apertura a una idea dinámica e inclusiva de la identidad sexual me lleva a pensar que, dado que el dispositivo de la sexualidad ha sido posicionado como la piedra base y referente central de la experiencia humana, el hecho de tener una vivencia alejada de los significados disponibles les obligó a ahondar en sus identidades, sensaciones, pensamientos, vínculos y relación con la norma.

El trabajo presentado tiene, evidentemente, defectos y limitaciones. Muchas de ellas se relacionan con el hecho de que lxs participantes provienen de una única agrupación: la comunidad virtual que durante la mayor parte de esta investigación se denominaba Asexuales Chile⁷, cuyas actividades e interacciones se desarrollan casi exclusivamente en distintas plataformas *online* como Facebook, Instagram, Discord, Whatsapp y Telegram. Esta decisión se basó en la dificultad que supone encontrar personas que se identifiquen dentro del espectro asexual en otros contextos debido a la casi nula visibilidad de este grupo identitario, pero tiene algunas implicancias inevitables. En primer lugar, limita la posibilidad de participación a aquellas personas que tengan una presencia virtual relativamente activa, lo que podría conllevar algunas restricciones en cuanto al nivel

⁷ A principios de 2020 cambió su nombre a Asexuales + Arromántiques Chile

educacional y capacidad socioeconómica de lxs voluntarixs. Por otra parte, aunque este grupo cuenta con algún grado de diversidad etaria, lo cierto es que en su gran mayoría está integrado por personas jóvenes. El hecho de que la mayor de las personas que quiso participar en el estudio tenga 38 años no quiere decir, desde luego, que no exista gente de más edad en la agrupación, pero decididamente los mayores de 30 constituyen una minoría y tienden a participar menos. La vivencia que definimos aquí como "asexualidad" no es algo nuevo (recordemos que ya Kinsey se había encontrado con algo similar), pero dado que esta comunidad se construye desde sus inicios en torno al encuentro virtual por medio de AVEN, no resulta descabellado hipotetizar que las personas mayores de 40 años difícilmente tendrán acceso a conocer siquiera la existencia de la categoría. Como resultado, al no contar con más diversidad generacional el estudio queda privado de una veta especialmente rica e interesante, que deberá quedar postergada para futuros desarrollos investigativos. También es necesario mencionar que las personas que llegan al grupo Asexuales Chile comparten una inquietud por ahondar en sí mismos, por descifrar sus vivencias y compartirlas con otros; dado lo invisible del colectivo, es realmente difícil llegar a esta agrupación si no es por medio de una búsqueda activa. También muchas de ellas, aunque no todas, se unen al grupo desde una posición de activismo por la disidencia sexual y de género. En consecuencia, aparece en la mayoría de las narrativas un nivel de *insight* y capacidad de cuestionamiento (en algunos casos incluso con argumentos anclados en la Teoría Queer y otros referentes académicos) que, por interesante y fructífero que sea, quizás deja fuera la posibilidad de adentrarse en otras formas de aproximarse a la propia diferencia.

Debo ofrecer también una explicación respecto del tema del arromanticismo, que se yergue como un área novedosa y plena de posibilidades para la investigación. Este concepto apareció en varias de las Producciones Narrativas, a veces de forma bastante saliente, y mantuvo su posición en ellas a través del proceso de edición conjunta por decisión de lxs participantes, que lo consideran un aspecto central de su identidad. Pese a ello, tomé la decisión de excluir los aspectos relacionados con el arromanticismo de la discusión realizada por medio del análisis narrativo. La razón para ello es que el arromanticismo, pese a aparecer en estrecha proximidad con la asexualidad en los contenidos de la comunidad, está definido por la misma AVEN (y así se considera también en Asexuales Chile), como un fenómeno independiente de la ausencia de atracción sexual. Lo que la comunidad asexual internacional propone a través de AVEN es que las atracciones sexual y romántica se pueden dar en todas las combinaciones posibles: una persona completamente asexual puede experimentar fuerte atracción romántica, y por el contrario, existen heterosexuales, homosexuales, pansexuales, etc., que experimentan atracción sexual pero *no* comparten la experiencia del enamoramiento y la atracción romántica. La diferencia puede estribar en que, como estos últimos cumplen con el mandato cultural del sexo como meta relacional, no necesariamente se lo cuestionan o sienten la necesidad de acogerse a una categoría especial que describa su vivencia. Considero, en consecuencia, que la discusión sobre el arromanticismo debería ser abordada en otras investigaciones explícitamente dedicadas a ese fenómeno, a pesar de que haya emergido y mantenido su presencia en las narrativas identitarias de mis coautorxs por la importancia que guarda en sus relatos particulares.

Finalmente, me gustaría volver sobre la disciplina que nos convoca. Para alguien ajeno al tema, el lenguaje de las disidencias sexuales y de género puede sonar como una sobre elaboración innecesaria y absurda; más aún cuando hablamos de identidades que se escapan del binomio hétero/homo y masculino/femenino. Las categorías que no responden a la lógica dominante del dispositivo de la sexualidad moderna pueden fácilmente desestimarse, con desprecio y violencia en el peor de los casos, con un diagnóstico o una sonrisa condescendiente en el mejor. A los profesionales de la subjetividad también nos ocurre, por posmodernos o críticos que queramos pensar que somos. Como dice Judith Butler, las dimensiones de normatividad social son constitutivas de nuestro desarrollo, y acechan en nuestros puntos ciegos para volver a tomar el timón. Pero nosotros no podemos, o no deberíamos, entregarnos a la comodidad de esas certezas dadas. No estamos hablando de "simples" distinciones lingüísticas: se trata del cuerpo, sensaciones, experiencias y significados de personas reales que ocupan un lugar en el espacio y que están sujetos a dispositivos de control social... como la psicología. Parafraseando a Donna Haraway: la clínica, como la investigación, requiere situarse desde una epistemología que sea a la vez una política y una ética.

Cuando alguien se presenta como asexual, o con cualquier otra categoría identitaria disidente, oprimida y/o invisible, no está proponiendo una simple categoría lingüística, sino que está dándole existencia en el mundo relacional a su experiencia sensible. Los significados y relatos que se entrelazan para conformar la narración de la identidad, lejos de ser abstracciones, se alzan como partes vivas de la experiencia, dolorosas, liberadoras, paralizantes o triunfales. Los relatos *son encarnados*, poseen una cualidad sensorial y emocional para el sujeto que paradójicamente resulta difícil poner en palabras. Como toda

cosa viva, estos relatos son vulnerables. El discurso de la psicología tiene el poder con que lo inviste su status de disciplina asociada a las ciencias; si el relato es algo vivo, el discurso de la psicología clínica es parte de una maquinaria que, si se pone en piloto automático, es capaz de arrasar con los frágiles seres que tiene delante. Desde la posición del psicólogo clínico, nos encontramos al mando de esa máquina: estamos en una posición de poder, lo queramos o no, y necesitamos plantearnos constantemente reflexiones críticas que nos mantengan despiertos al volante.

Aunque las Producciones Narrativas surgen como una metodología de investigación feminista ligada a la psicología social, sostengo que el ejercicio al que invita puede ser también un acto clínico, en tanto se trata de conectarse en el diálogo con un otro desde la dimensión corporal y discursiva para explorar aspectos de su subjetividad. La Producción Narrativa exige (a quienes participan directamente, pero también a quien se involucra como lector) *situarse* en un doble significado: situarse al asumir una posición política y ética, y también detenerse en un lugar específico, centrarse y sumergirse en los matices y texturas de la experiencia particular de *esta* comunidad, de *estas* personas. Hacerlo así nos obliga a alejarnos de la comodidad de las certezas académicas para abrir un diálogo real con ese otro que en la cotidianidad puede llegar tan fácilmente a convertirse en el *objeto* de nuestro saber. En eso consiste el aporte de este enfoque investigativo: las Producciones Narrativas no pueden, ni pretenden, representar la realidad ni entregar prescripciones, pero en lugar de ello permiten una proliferación de miradas, cuestionamientos y rupturas de sentido indispensables para que la práctica clínica respire aire fresco; para que nuestra disciplina no se cierre en sí misma y se rigidice, sino que mantenga la lucidez necesaria para sostener nuestra propia promesa identitaria de ejercer una psicología crítica.

REFERENCIAS

- Bassi, J. (2015). *Formulación de proyectos de tesis en ciencias sociales. Manual de supervivencia para estudiantes de pre y posgrado*. Santiago: El Buen Aire.
- Blanco, J. (2006). Promesa e ipseidad: la crítica de Ricoeur al reduccionismo. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 32(2), 213-237.
- Bogaert, A. (2004). Asexuality: Prevalence and associated factors in a national probability sample. *Journal of sex research*, 41, 279–287.
- Brecher, E. (1973). *Investigadores del sexo*. México: Grijalbo.
- Brotto, L., & Yule, M. (2017). Asexuality: Sexual orientation, paraphilia, sexual dysfunction, or none of the above?. *Archives of sexual behavior*, 46(3), 619-627.
- Bruner, J. (2004). The Narrative Creation of Self. En L. Angus, & J. MacLeod, *The Handbook of Narrative and Psychotherapy*. Londres: Sage Publications.
- Brunet, I., & Santa María, C. (2016). La economía feminista y la división sexual del trabajo. *Culturales*, 4(1), 61-86.
- Butler, J. (1990). *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. Nueva York: Routledge.
- Butler, J. (1993). Critically queer . *Journal of Gay and Lesbian Studies.*, 1(1), 17-32.
- Butler, J. (2010). *Cuerpos que importan: Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2018). *Resistencias*. México: Paradiso Editores.

- Catri, F. (2016). Revisión narrativa de la asexualidad en la especie humana como una orientación sexual. *Apuntes de Psicología*, 34(1), 5-18.
- Chasin, C. (2013). Reconsidering asexuality and its radical potential. *Feminist Studies*, 39(2), 405-423.
- Chasin, C. (2017). Considering asexuality as a sexual orientation and implications for acquired female sexual arousal/interest disorder. *Archives Of Sexual Behavior*, 46(3), 631-635.
- Combs, G., & Freedman, J. (2016). Narrative therapy's relational understanding of identity. *Family Process*, 10(10), 1-14.
- Dow, K. (2006). The Unaccountable Subject: Judith Butler and the Social Conditions of Intersubjective Agency. *Hypatia*, 21(2), 81-103.
- Drescher, J. (2015). Out of DSM: depathologizing homosexuality. *Behavioral Sciences*, 5(4), 565-575.
- Errázuriz, P. (2017). ¿Pasaporte para amar? Un corsé para el deseo. *Liminales: escritos sobre psicología y sociedad*, 1(9), 99-112.
- Foster, A., & Scherrer, K. (2014). Asexual-identified clients in clinical settings: Implications for culturally competent practice. *Psychology of Sexual Orientation and Gender Diversity*, 1(4), 422-430.
- Foucault, M. (2007). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008b). *Historia de la sexualidad, volumen 1. La voluntad de saber* (2° ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (2008a). *Historia de la Sexualidad, volumen 2. El uso de los placeres* (2° ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Freud, S. (1948). Una Teoría Sexual. En *Obras Completas* (pp. 779-832). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Gergen, K. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.
- Gupta, K. (2017). "And now i'm just different, but there's nothing actually wrong with me": Asexual marginalization and resistance. *Journal Of Homosexuality*, 64(8), 991-1013.
- Halperin, D. (1998). Forgetting Foucault: acts, identities and the history of sexuality. *Representations*(63), 93-100.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Khayatt, D. (2002). Toward a Queer Identity. *Sexualities*, 5(4), 487–501.
- Kosinski, A. (2016). Una manera de responder ¿quién soy? la identidad narrativa de Paul Ricoeur. *Avatares Filosóficos*. (2), 213-221.
- Laitinen, A. (2002). Charles Taylor & Paul Ricoeur on self interpretations and narrative identity. En R. Huttunen, H. Heikkinen, & L. Syrjälä, *Narrative Research: Voices of Teachers and Philosophers* (págs. 57-71). Jyväskylä R. Huttunen, H. Heikkinen, & L. Syrjälä: SoPhi.
- MacNeela, P., & Murphy, A. (2015). Freedom, invisibility, and iommunity: A qualitative study of Self-Identification with asexuality. *Asexuality. Archives Of Sexual Behavior*, 799-812.

- Marcus, S. (2005). Queer theory for everyone; a review essay. *Signs*, 3(1), 191-218.
- McInnis, C., & Hodson, G. (2012). Intergroup bias toward "Group X": Evidence of prejudice, dehumanization, avoidance and discrimination against asexuals. *Group Processes and Intergroup Relations*, 15(6), 725-743.
- network, A. v. (2001-2019). *General FAQ*. Recuperado el 18 de julio de 2018, de <https://www.asexuality.org/?q=general.html>
- Nilson, H. (1998). *Michel Foucault and the games of truth*. Londres: Macmillan Press.
- Pasad, A., Segarra, P., & Villanueva, C. (2019). Situated knowledges through feminist objectivity in organization studies: Donna Haraway and the partial perspective. En R. M. Pullen (Ed.), *Routledge focus on women writers in organization studies: rethinking culture, organization and management (en prensa)*. Nueva York, Routledge.
- Preciado, P. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe S.A.
- Rich, A. (1980). Compulsory heterosexuality and lesbian existence. *Signs: journal of women in Culture and society*, 5(4), 631-660.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Sierra, A. (2009). Una aproximación a la teoría queer: el debate sobre la libertad y la ciudadanía. *Cuadernos del Ateneo*(26), 29-42.
- Szuster, D. (2009). ¿Sexualidad normal/sexualidad patológica? Análisis de la concepción de sexualidad dicotómica del psicoanalista Otto Kernberg. *Revista de Ciencias Sociales*, 4((126-127)), 157-168.

Troncoso, L. Galaz, C., y Álvarez, C. (2017). Las producciones narrativas como metodología de investigación feminista en Psicología Social Crítica: Tensiones y desafíos. *Psicoperspectivas*, 16(2), 20-32

Vallejo-Nájera, J. (1987). *Mishima o el placer de morir*. Barcelona: Planeta.

Van Houdenhove, E., Enzlin, P., & Gijs, L. (2017). A Positive approach toward asexuality: some first steps, but still a long way to go. *Archives Of Sexual Behavior*, 46(3), 647-651.

White, M. (2002). *Reescribir la vida*. Barcelona: Gedisa.

White, M., & Epston, D. (1993). *Medios Narrativos para Fines Terapéuticos*. Buenos Aires: Paidós.

Yule, M. B. (2017). Human Asexuality: what do we know about a lack of sexual attraction? *Current Sexual Health Reports*, 9(50).

ANEXOS

DOCUMENTO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Narrativas Identitarias en Personas Asexuales

I. INFORMACIÓN

Usted ha sido invitado(a) a participar en la investigación Narrativas Identitarias en Personas Asexuales. Su objetivo es explorar las narrativas identitarias que emergen en personas chilenas adultas que se auto-identifican dentro del espectro asexual. Usted ha sido seleccionado(a) por pertenecer al porcentaje de la población adulta chilena que se identifica como perteneciente al espectro asexual.

La investigadora responsable de este estudio es la Ps. Liliana Mera Adasme, perteneciente al programa de Magíster en Psicología Clínica de Adultos de la Universidad de Chile. La investigación es patrocinada por CONICYT, beca de Magíster Nacional 2018 folio 22180462.

Para decidir participar en esta investigación, es importante que considere la siguiente información. Siéntase libre de preguntar cualquier asunto que no le quede claro:

Participación: Su participación consistirá en al menos una entrevista presencial con la investigadora, de entre una y dos horas de duración, a realizarse en la RM o la V región, en algún espacio público o privado convenido entre ambas partes; cualquier encuentro adicional podrá realizarse presencialmente o mediante videollamada. Durante dichas entrevistas se abordará el tema de su identificación dentro del espectro asexual, su involucramiento en la comunidad asexual y aspectos biográficos relacionados con su pertenencia a este grupo de la disidencia sexual. Posteriormente, se le solicitará realizar la revisión y edición de un texto relacionado con los contenidos compartidos durante la(s) entrevista(s). Las conversaciones sostenidas durante el o los encuentros podrían ser grabadas (audio); en ese caso, dicha grabación se podrá interrumpir y/o retomar en cualquier momento.

Riesgos: Esta investigación no supone riesgos físicos ni de otro tipo para los participantes.

Beneficios: Usted no recibirá ningún beneficio directo, ni recompensa alguna por participar en este estudio. No obstante, su participación permitirá generar información para mejorar la visibilidad y comprensión de la vivencia de las personas pertenecientes al espectro asexual desde las ciencias sociales.

Voluntariedad: Su participación es absolutamente voluntaria. Usted tendrá la libertad de contestar las preguntas que desee, como también de detener su participación en cualquier momento que lo desee. Esto no implicará ningún perjuicio para usted.

Confidencialidad: Todas sus opiniones serán confidenciales, y mantenidas en estricta reserva mediante el uso de seudónimos. En las presentaciones y publicaciones de esta investigación, su nombre no aparecerá asociado a ninguna opinión particular ; diversas circunstancias pertenecientes a su biografía que puedan permitir su identificación (ocupación, ciudades/comunas de residencia, nombres de instituciones educativas, etcétera) también serán cambiadas en el texto final si usted así lo desea. Los datos serán guardados por la investigadora responsable en un dispositivo local de uso estrictamente personal ubicado en su domicilio particular y se mantendrán almacenados exclusivamente durante el tiempo necesario para realizar su análisis y finalizar la investigación, estableciendo como plazo máximo para su destrucción el mes de Diciembre de 2020. Por otra parte, el texto co-producido por investigadora y participantes (Producción Narrativa) forma parte del cuerpo mismo de la investigación, por lo que será publicado junto con ésta.

Conocimiento de los resultados: Usted tiene derecho a conocer los resultados de esta investigación. Para ello, se le contactará para hacerle llegar vía correo electrónica las conclusiones del estudio y cualquier otro elemento del producto final que sea de su interés. En lo que respecta a la Producción Narrativa de la que será co-autor(a), usted podrá guardar una copia apenas se llegue a una versión final. Por otra parte, en las etapas finales de la investigación se le consultará si desea que el texto que le corresponde sea entregado a la comunidad Asexuales Chile para fines de activismo y visibilización. Esto último es estrictamente voluntario.

Datos de contacto: Si requiere mayor información, o comunicarse por cualquier motivo relacionado con esta investigación, puede contactar a la investigadora Responsable de este estudio:

Liliana Mera Adasme
Teléfonos:+56 9 86984134
Correo Electrónico: lmeraa@gmail.com

II. FORMULARIO DE CONSENTIMIENTO INFORMADO

Yo,, acepto participar en el estudio Narrativas Identitarias en Personas Asexuales, en los términos aquí señalados.

Declaro que he leído (o se me ha leído) y (he) comprendido, las condiciones de mi participación en este estudio. He tenido la oportunidad de hacer preguntas y estas han sido respondidas. No tengo dudas al respecto.

Firma Participante

Firma Investigadora Responsable

Lugar y Fecha: _____

Correo electrónico para la devolución de la información _____